

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DEL TUTOR
EN APUROS



se

Kerry, un joven chapado a la antigua, es el fideicomisario de la herencia de Desere, una joven algo alocada, que nunca ha reparado en gastos. El fideicomiso está a punto de llegar a su fin, y Perry Mason deberá demostrar que su cliente no es un estafador. Todo se complica cuando un hombre aparece muerto en el campo de golf.



Erle Stanley Gardner

El caso del tutor en apuros

Perry Mason # 75

ePUB r1.0

Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the troubled trustee*

Erle Stanley Gardner, 1965

Traducción: M. Gimenez

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALVARADO Eduardo: Juez magistrado del tribunal que juzga el caso Dutton.

BAILEY Stevenson: Ayudante del fiscal del distrito, sagaz acusador.

BURGER Hamilton: Fiscal del distrito, contra quien Perry Mason contiende en el tribunal, haciéndole como de costumbre, tragar el polvo.

DRAKE Paul: El detective que nunca duerme y jamás come, riel amigo y colaborador de Perry Mason, aunque gruña a veces.

DUTTON Kerry: Consejero financiero, muy experimentado, que por amor a una bella joven se ve metido en un gran apuro, y a punto de ser condenado a la cámara de gas.

ELLIS Desere: La bella joven por quien sufre Dutton todas sus desdichas. Una cabeza loca, rodeada de tipos con barba.

FULTON Tom: Agente de Paul Drake, y su mejor colaborador.

HEDLEY Fred: El novio barbudo de Desere Ellis, con muchas ideas en la cabeza y poco dinero en el bolsillo.

HEDLEY Rosanna: Madre de Fred, y auténtico apoyo del muchacho.

HOLBROOK George: Un caballero que vive cerca de un campo de golf, muy aficionado a la televisión, y no consiente que llamen cuñada a la hermana de su mujer.

MASON Perry: Famoso abogado criminalista, cuyos casos terminan siempre de la manera más inesperada posible.

PALMER Rodeer: Un avisado negociante del petróleo, que queda preso en sus propias redes.

READER Jarvis: Magnate de una empresa petrolífera, con pocos escrúpulos y un avión a su disposición.

STREET Della: Secretaria particular de Perry Mason, muy graciosa y avispada.

TRAGG: Teniente de la sección de Homicidios de Los Ángeles, admirador de Perry Mason a pesar suyo.

Prólogo

Todo aquel que esté familiarizado con las principales figuras de la medicina legal habrá oído mencionar sin duda el nombre del doctor Leopoldo Breiteneker, de Viena.

Mi buen amigo el doctor Lemoyne Snyder, que a la vez es abogado y médico y se ha especializado en el campo de la medicina forense, y cuya obra, «Investigación del Homicidio», es uno de los libros más autorizados en este tema, estudió y colaboró con el doctor Breiteneker en Viena. Y fue él quien me habló, alabándola, de la habilidad de aquél.

Muy pocas personas aprecian la importancia de la medicina legal y menos aún las ramificaciones del tema.

El hombre de la calle piensa sólo en la medicina legal en su relación con la investigación de los asesinatos, pero dicha ciencia no sólo abarca un amplio campo sino que el mismo se ensancha constantemente.

Un experto en medicina legal tiene que contestar preguntas vitales, casi a diario, de las que mucho depende.

Un hombre fuma en cama. Arde la casa y el cadáver queda completamente quemado, e imposible de reconocer. ¿Sufrió dicho individuo un ataque al corazón, dejó caer el cigarrillo y ésta fue la causa del fuego? ¿O se intoxicó cuando murió por sofocación o por las llamas?

El experto médico legal puede dar respuesta a tales preguntas, respuesta que puede tener suma importancia cuando está en juego la cuestión del seguro.

Se halla un cadáver en la cama. ¿Trasladaron el cuerpo? ¿Se produjeron heridas antes o después de la muerte? ¿Cuál era la dirección de la bala en la herida? ¿Cuál era el orificio de entrada y

cuál el de salida? ¿A qué distancia se hallaba la pistola del cuerpo en el momento del disparo? ¿Fue asesinato o suicidio?

Muchas veces en que no han sido llamados a investigar los expertos de la medicina legal se dieron respuestas erróneas a tales preguntas. Pero el experto en medicina legal no sólo contesta a estos interrogantes sino que puede demostrar la veracidad de sus deducciones. El reconocimiento internacional del doctor Breiteneker quedó de manifiesto cuando fue enviado por U Thant (ONU) al Congo, en 1962, para aclarar las circunstancias de la muerte de tres miembros de la Cruz Roja Internacional, y otra vez en 1964, cuando el mismo U Thant le llamó para que investigase el asesinato de un oficial inglés en el conflicto chipriota.

Y puesto que se trata de uno de los más importantes expertos en esta importante ciencia, dedico este libro a mi amigo,

LEOPOLDO BREITENECKER, M. D.

Profesor y actual Decano de la Facultad de Medicina en la
Universidad de Viena.

Erle Stanley Gardner

Capítulo 1

Al entrar Perry Mason en su oficina, obsequió a Della Street con una simpática sonrisa y le preguntó:

—¿Hay algo de importancia en el correo, Della?

La joven señaló el montón de cartas sobre la mesa de trabajo de Mason.

—Lo corriente, gente que solicita.

—¿Que solicita qué?

—Bueno, gente que desea que dé usted conferencias, que escriba cartas de recomendación, que envíe un artículo para una subasta pública...

—¿Algo nuevo?

Della Street hizo rodar sus ojos en una exagerada pantomina de interés apasionado.

—Si desea que Gertie, nuestra romántica recepcionista, se aplique en su trabajo, será mejor que reciba inmediatamente a Kerry Dutton.

—¿Quién es Kerry Dutton? —quiso saber Mason.

—Un joven caballero, muy elegante. Tiene un perfil como de camafeo, es moreno, cabello ondulado, ojos gris acerado, una boca con bastante encanto, y probablemente mide treinta y seis de pecho y treinta de cintura. Gertie está ya loca por él. No consigue apartar la vista hacia otro lado.

—¿Qué quiere?

—Esto es un misterio —contestóle la eficiente secretaria de Perry Mason—. Su tarjeta le presenta como consejero de inversiones. Desea verle para un asunto muy personal y urgente.

—No tengo interés en realizar ninguna inversión. Ni...

—Un asunto profesional —le interrumpió la joven.

—Mi especialidad son los casos de asesinato y los procesos. ¿Para qué demonios necesito yo a un consejero en inversiones?

—Le hice algunas preguntas... —explicó Della.

—¿Y no pudo sacar en claro qué quería?

—No, sólo que se trata de un asunto de inversiones, pero muy personal, y que debe ser llevado a cabo con gran secreto y mucho tacto.

—Bien, le veré, aunque sólo sea para que Gertie aparte de él su romántica mirada —accedió Mason. Tras una leve pausa, añadió—: ¿Qué edad representa, Della?

—Unos treinta y uno o treinta y dos.

—Y supongo que lleva los zapatos muy brillantes, las uñas manicuradas, la corbata impecable y su aspecto es un dechado de perfecciones.

—¿No es así como se supone que debe ir un consejero en inversiones? —replicó Della.

De pronto, Mason pareció pensativo.

—Bueno, tal vez esté haciéndole a ese individuo objeto de una injusticia. Hágale pasar, Della, y veremos qué quiere.

Della Street asintió, salió del despacho y regresó unos instantes después precediendo a Kerry Dutton.

—El señor Dutton, el señor Mason —les presentó.

Perry Mason miró las aceradas pupilas del recién llegado, después lo estudió rápidamente de pies a cabeza y se levantó para estrecharle la mano.

—¿Qué tal, señor Dutton?

—Es un gran honor para mí —le correspondió Dutton—, señor Mason. Sólo lamento no haber pedido hora por anticipado, pero el asunto es de extrema urgencia.

—Cuénteme en términos generales de qué se trata —le invitó Mason—. Supongo que ha venido a consultarme profesionalmente, ¿verdad?

—En efecto.

—Bien, mi profesión es muy distinta de la suya. Dudo mucho que pueda servirle en algo. Probablemente está usted perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder a mí.

—Usted defiende a los criminales, ¿no? —inquirió Dutton.

—Sí.

—Entonces es por esto que le necesito.

—¿Quién es el criminal? —se extrañó Mason.

Dutton se llevó el índice, significativamente, contra su pecho.

Mason estudió la expresión del otro con ojos fijos y penetrantes.

—¿Ha sido arrestado y está bajo fianza?

Dutton meneó la cabeza.

—No me han arrestado. Por esto acudo a usted. Me gustaría no ser arrestado.

—¿Cometió un desfalco?

—Sí.

—¿A quién desfalcó?

—A Desere Ellis. Fue con su cuenta.

—¿Cuánto?

—En cierto modo, un cuarto de millón de dólares.

Mason movió la cabeza enérgicamente.

—Todo individuo tiene derecho a ser juzgado. Y todo individuo tiene derecho a un abogado que le represente, pero el abogado no es socio en el crimen. Según se desprende de los hechos, a juzgar por su declaración, si yo fuese su abogado, no sólo le diría que no puede rehuir el arresto sino que yo mismo cogería el teléfono para llamar a la policía.

—Un momento. Aún no conoce los hechos.

—Conozco lo bastante, según su propia admisión.

—¿Puedo contarle la cosa a mi manera?

Mason consultó su reloj de pulsera.

—Puedo concederle dos minutos, pues estoy muy ocupado. Además, su caso no me seduce... ni su tipo tampoco.

Dutton enrojeció.

Mason no le invitó, por su parte, a sentarse, por lo que el visitante tuvo que continuar de pie.

—Templeton Ellis, padre de Desere, era uno de mis clientes —comenzó a explicar Dutton—. Falleció hace cuatro años. Cuando murió, Desere tenía veintitrés años y se relacionaba con unas personas a las que su padre no aprobaba. Bien, el señor Ellis dejó un testamento con un fideicomiso^[1]. Yo era el albacea testamentario. Desere cobraría el dinero que yo juzgase conveniente para cubrir

sus necesidades y podía recibir incluso parte del capital si yo lo creía aconsejable. A mí se me daba completa libertad para el manejo de los fondos y el derecho a invertir y reinvertir, sin tener que dar la menor explicación de mis gestiones.

—Entiendo —asintió Mason—. Le dejó a usted todo el poder y autoridad.

—Sí. Lo hizo para proteger a su hija de sí misma.

—¿Y qué hizo —arguyó Mason— para proteger a su hija de usted?

—Nada.

El silencio de Mason fue sumamente elocuente.

—Bien —continuó Dutton tras una pausa—, el depósito de la herencia ascendía a cien mil dólares. Durante estos cuatro años yo le he entregado a Desere, aproximadamente, ciento diez mil.

Mason frunció el ceño.

—Creí que había confesado haber desfalcado un cuarto de millón de dólares.

—Sí, en cierto modo.

—No lo entiendo.

—El padre de Desere quería que yo guardara intactas las acciones que dejó, si bien tenía poder para vender y comprar.

—De acuerdo. Usted compró y vendió.

—Un montón de acciones, entre las favoritas del padre de Desere, era bastante malo, de la *Steer Ridge Oil and Refining Company*. Las vendí sin permitir que lo supiese nadie. También vendí otras acciones dudosas, que el señor Ellis conservaba más por motivos sentimentales que por negocio. Dividí el dinero que obtuve en tres partes aproximadamente iguales. Un tercio lo invertí en valores fijos; el otro en acciones con las que esperaba ganar y el último tercio lo empleé en especulaciones de fincas, en comunidades que creía iban a prosperar. De todo esto saqué buen provecho, que puse a mi nombre; un provecho de un cuarto de millón de dólares.

—¿Y los impuestos? —interrogó Mason.

—Puse los bienes que devengan intereses a mi nombre. Y pagué los impuestos de los beneficios del capital con aquéllos.

—¿Y respecto a las contabilidades anuales?

—Jamás llevé ninguna ni me las ha pedido la beneficiaria.

—¿No ha querido nunca saber qué ha sido del dinero?

—Cree saberlo. Piensa que ella ha agotado los fondos. Le he entregado más de dos mil dólares al mes durante el período en que funciona, por así decirlo, el fideicomiso.

—¿No ha ahorrado nada la señorita Ellis? —preguntó el abogado.

—¿Ahorrado? ¡Cielos, no! Lo ha gastado todo y seguramente debe tener algunos pagarés en circulación. Es una mecenas de todas las causas perdidas y perjudiciales.

Mason captó la mirada de Della Street.

—Entiendo —dijo.

—Espero que sí —Dutton parecía ansioso.

Mason estudió un instante a su visitante.

—Usted es culpable de toda clase de violaciones legales —espetóle al fin—. Ha mezclado fondos ajenos con los suyos; ha desfalcado bienes; ha defraudado a su cliente y ha traicionado su confianza.

—Exactamente —reconoció Dutton—. Sin embargo, creo que era lo que tenía que hacer.

—¿Y para qué me necesita en todo esto? —Mason sentía cierta curiosidad.

—Dentro de tres meses concluye el fideicomiso. Entonces tendré que hacer un balance y entregarle todo el dinero a Desere.

—Y a lo que entiendo, usted no podrá realizar la restitución.

—¿Restitución? —Dutton estaba sorprendido—. Vaya, tengo el depósito intacto. Simplemente, he puesto los valores a mi nombre.

Mason le contempló pensativamente.

—Siéntese —le invitó de repente.

—Gracias —dijo Dutton, obedeciendo.

—Supongamos que me cuenta cuál es exactamente la idea —le sugirió Mason.

—He tratado de hacer lo que he podido para proteger los intereses de Desere. Cien mil dólares no es mucho dinero, según cómo se mire, y según cómo, sí lo es. Cuando falleció su padre, las personas con las que Desere se reunía llevaban pelo largo, barba, uñas sucias... en fin, eran idealistas de izquierdas, y la consideraban

a ella como una heredera. Se aprovechaban de su dinero de todos modos, la dominaban y la consideraban como un negocio. La joven procuraba vivir de acuerdo con los ideales de esa gente, pero ellos no la respetaban. Aceptaban su dinero, pero mirándola siempre como una advenediza. Ella es una joven muy sensible que se sentía vejada, sola y ávida de ser aceptada por dicho grupo. Y su padre pensó que los cuatro años del fideicomiso eran suficientes para que meditase.

—¿Y fue para protegerla de esos tipos que su padre creó el fideicomiso?

—Sí. Quería protegerla de sí misma. Indudablemente, la idea de su padre fue que yo no le diese mucho dinero, que la sujetase y no le dejase despilfarrar tontamente la herencia, obligándola a buscar otra clase de amistades. En realidad, su padre ya procuró sujetarla antes de su muerte.

—¿Y usted por qué no lo ha hecho?

—Porque habría sido un error por mi parte —replicó Dutton—. Me di cuenta de que ella representaba una enorme cantidad de dinero para esos individuos y que se haría un intento para explotarla con el solo fin de asegurarse un provecho financiero. Deseé que sus amigos pensasen que el fondo del depósito estaba exhausto. Si, por otra parte, yo lograba amontonar suficientes beneficios de los que ella nada supiera, a fin de poder entregarle dinero de forma liberal, ella lo gastaría y entonces los probables buscadores de fortuna la considerarían una pobretona y al final se vería postergada por el grupo «beatnik».

—¿Y por esto se ha arriesgado a ir a la cárcel? —se admiró Mason.

—Deseo que usted me libre de ir a la cárcel —articuló Dutton espaciadamente—. Aunque haya mezclado los fondos del depósito con los míos, siempre los he mantenido en mi nombre como fideicomiso sin revelar el de la beneficiaria.

—¿Y de haberse muerto usted?

—Gozo de buena salud. No tengo intenciones de morirme en un futuro próximo.

—Cada semana fallecen varios centenares de personas —le recordó Mason— en la cosecha roja de las carreteras. Y ninguna de

las personas difuntas tiene intenciones de morir todavía.

—A mí no es fácil que me maten en un fin de semana —sonrió Dutton.

—Es usted joven —declaró Mason tras mirarle atentamente.

—Depende de cómo se mire. Yo me considero maduro. Tengo treinta y dos años.

—¿Y Desere?

—Cumplirá veintisiete dentro de unos meses.

—¿Cuando empezó usted a cuidarse de este fideicomiso todavía no había cumplido usted los treinta?

—Exacto —afirmó Dutton, ruborizándose.

—Y dígame... —le espetó Mason de improviso—, ¿la quiere mucho?

—¡Cómo! —Dutton se incorporó, muy erguido en el sillón.

—Tiene usted todavía una larga carrera por delante —prosiguió el abogado—. Aparentemente, posee una notable aptitud para la profesión que ha elegido. A fin de proteger a Desere Ellis y conseguir que no cayese víctima de los cazadores de fortuna, usted ha arrojado por la borda su profesión, sin que al parecer haya ganado nada con ello. Ahora está en el despacho de un abogado, y los abogados no suelen ser ingenuos, por lo que opino que será mejor que me cuente la verdadera historia.

Dutton lanzó un suspiro, miró a Della Street un momento con embarazo, y al final admitió:

—Sí, la amo. La he amado siempre y no quiero que ella sepa cómo está el asunto.

—¿Por qué?

—Porque jamás me considerará en un sentido amoroso. Su actitud hacia mí es como... bueno, como si yo fuese ya un hombre mayor. Una especie de hermano suyo o de tío. Yo no hablo su mismo lenguaje, no me mezclo con la plebe que la rodea. Y actualmente, sólo ve en mí al tutor de su dinero. Cree que yo soy su «persona de confianza».

—¿Tantos éxitos tuvo usted ya cuatro años atrás —inquirió Mason— para que el padre de Desere pensara que los asuntos financieros de su hija estarían mucho mejor en las manos de usted que en las de algún banquero más viejo y con más experiencia?

Dutton vaciló.

—Adelante —le animó Mason.

—Bueno... su padre quería... ¡Ejem! Yo le gustaba. Pensaba que podía ejercer una buena influencia en su hija, ya que ésta sólo se juntaba con unos cabezas huecas. Tiraba el dinero a tontas y a locas.

—¿Y su padre confiaba en que si ella le veía a usted constantemente en relación con la herencia llegaría a enamorarse de usted?

—Sospecho que ésa, en parte, fue su idea. Repito que quería protegerla contra sí misma, y tal vez sí pensó que podía llegar a enamorarse de mí. Por supuesto, sabía lo que yo siento por ella. En realidad, como todos los planes que traza el hombre, la cosa ha salido al revés. Desere me considera como un tutor, nada más. También se ha acentuado la diferencia de nuestras respectivas edades.

—¿Y hace cuatro años que está usted enamorado de ella?

—Cinco.

—¿Y jamás se lo ha dicho?

—¡Claro que sí! Antes de esos, cuatro años.

—¿Qué le contestó?

—Que me compadecía. Que lo que yo sentía seguramente no era más que un espejismo. Que para mí no podía ser sino una hermana menor y que si yo persistía en mi loca idea no me vería nunca más. Y esto rompería también nuestra amistad.

—¿Y usted aceptó su negativa? —quiso saber Mason.

—Sí, pero sigo esperando.

—¿Sabía su padre que se estaba muriendo?

—Sí, lo sabía. Los médicos le dieron ocho meses de vida. Fueron demasiado optimistas. Duró seis.

—¿Y usted cree ahora que el testamento y el fideicomiso no han logrado el objetivo previsto?

—Exactamente han conseguido el efecto contrario —declaró Dutton—. Durante unos meses, Desere se sintió tan vejada y colérica que apenas me hablaba. Creyó que su padre la había repudiado, que intentaba dominar su vida aun después de muerto. Bueno, Desere es como una potranca salvaje. No acepta las

restricciones. Halla un obstáculo y trata de saltarlo. Si ve un semáforo rojo quiere cruzar, y si se ve acorralada, muerde y patalea. Después de ser leído el testamento, pensó que su padre la había atrincherado en un rincón, por lo que empezó a morder y a pegar puntapiés.

—¿Naturalmente, a usted? —apuntó Mason.

—Exacto.

—Y usted creyó que desfalcando el fondo del fideicomiso, todo iría bien.

—No intenté realizar bien las cosas sino impedir que ella las hiciese mal.

—¿Cómo?

—Ella sería el objetivo de los cazadores de fortuna si conocían la verdad. Tal como es, ya hay a su alrededor un movimiento *beatnik*. En realidad, existe un tipo que quiere casarse con ella y «manejar» los pocos miles de dólares que queden, según ellos, a la terminación del depósito.

—Y usted no aprueba al «beatnik» como marido de Desere, ¿verdad? —sonrió Mason.

—¡Si se casa con ella —gruñó Dutton— no sé qué haré... pero alguien matará a ese tipo!

Mason contempló a su interlocutor atentamente.

—Quizá debiera mostrarse un poco más agresivo en sus asuntos románticos.

—Ya he aguantado bastante tiempo —objetó Dutton.

—Y sin resultado durante estos cuatro años —puntualizó Mason.

—Cinco —le corrigió Dutton—. Pensé que a medida que Desere se hiciese mayor nuestra diferencia de edad disminuiría. Quiero que deje de pensar en mí como un hermano mayor... mucho mayor.

—De acuerdo —asintió Mason—. Me alegro de que se haya franqueado conmigo. Y ahora quiero que haga usted tres cosas. Primera, entrégume un cheque por mil dólares, como pago anticipado de mis servicios. Segundo, firme una declaración de depósito, sin fecha, nombrando todas las acciones y valores que están a su nombre, pero que usted retiene como albacea testamentario de Desere Ellis. No necesita contárselo a ella necesariamente, sino demostrar que dichos bienes los retiene sólo

en su calidad de albacea del testamento, de forma que si muriese estuviera sólidamente protegida.

—¿Y tercera? —le instó Dutton.

—Procurar que la señorita Ellis venga a verme. Quiero hablar con ella.

—¿Por qué?

—Alguien tiene que comunicarle que a la conclusión del fideicomiso le espera más dinero del que cree. Y alguien, asimismo, tiene que explicarle por qué. Si se lo dice usted, hará un mal papel. Si se lo digo yo, tal vez consiga colocarle a usted en una postura heroica.

—¡Oiga! —le atajó Dutton—. ¡Usted no puede manifestarle los sentimientos que albergo hacia ella! ¡No puede...!

—No sea tonto —le interrumpió Mason, a su vez—. No dirijo ninguna agencia matrimonial, sino un despacho de abogado. Usted me paga para que yo le salve de un lío y voy a salvarle. Su vida amorosa no es asunto mío, excepto en lo que concierne a nuestro trato.

Dutton extrajo un talonario del bolsillo y empezó a rellenar un cheque.

Capítulo 2

Mason penetró en su despacho a la mañana siguiente y halló a Della Street abriendo la correspondencia. Estuvo unos momentos contemplándola con mirada apreciativa.

—Gracias —le dijo bruscamente.

—¿Por qué? —la joven levantó la vista, asombrada.

—Por esto. Por ser tan completamente eficiente, por formar parte de mi despacho y... por todo.

—Gracias —le correspondió la joven, muy dulce la mirada.

—¿Algún progreso? —quiso saber Mason.

—¿En qué?

—Vamos —sonrió Mason—. No trate de echarme tierra a los ojos. En el romance, claro.

—¿El caso Dutton?

—Sí.

—Nada —contestó ella—. A un hombre hay que darle tiempo.

—Tal vez no tenga tanto como piensa —refutó Mason, sentándose en el sillón de los clientes y contemplando la grácil figura de su secretaria, que continuaba abriendo sobres y distribuyendo las cartas en tres pilas: las urgentes en la esquina izquierda del despacho, las que requerían respuesta personal en el centro y las de asuntos rutinarios a la derecha.

—¿Quiere un consejo? —le preguntó Della, de repente.

—Por esto he sacado a relucir el asunto —sonrió Mason.

—Usted no puede jugar a Cupido.

—¿Por qué?

—Porque no tiene la figura. Lleva demasiada ropa y le faltan el arco y la flecha.

—Continúe —la invitó Mason.

—A veces —Della Street escogía cuidadosamente sus palabras, como si se tratase de una lección aprendida—, una mujer está muy cerca de un hombre largo tiempo, viéndole tal como él se presenta y, a menos que él la aborde directamente, no le contempla como una posibilidad romántica.

—¿Y en tales circunstancias...?

—En tales circunstancias, la naturaleza le dio al macho la prerrogativa de tomar la iniciativa, y si no es bastante hombre para tomarla, es muy posible que la chica jamás le considere una posibilidad romántica.

—Adelante.

—Pero lo que definitivamente lo estropearía todo sería que otra persona tomase la iniciativa en favor de este individuo.

—Longfellow, creo, dijo esto mismo en el poema de John Alden y Priscila —comentó Mason.

Della Street asintió.

—De acuerdo —aprobó Mason—, ya he sido advertido. Usted quiere que conserve mi actitud masculina muy en reserva, ¿eh?

El teléfono sonó en la mesa de Della Street.

La joven sonrió, lo cogió y contestó:

—Sí, Gertie. Un momento. Espera. Veré... —se volvió hacia Perry Mason—. Desere Ellis está en la oficina exterior.

—Échele una ojeada, Della —le aconsejó el abogado.

—Un momento. La acompañan un tal Hedley y una señora Hedley, al parecer madre e hijo.

—¿Vienen juntos los tres? —se extrañó Mason.

Della Street asintió.

—Según me susurró Gertie en forma confidencial, la madre es una mujer muy delicada, con una boca como una ratonera y ojillos de mona, y el hijo es un auténtico «beatnik» con barba y una actitud felina, que le ha puesto la carne de gallina a la pobre Gertie. Ya sabe usted cómo es ésta y cómo le gusta evaluar a los clientes.

—Y generalmente acierta —observó Mason—. Dígale a Gertie que me envíe a los tres.

Della Street pasó el mensaje. Después se dirigió a la puerta de comunicación y la mantuvo abierta.

Hedley fue el primero en entrar, un joven de poderosas espaldas,

con una barbita puntiaguda, ojos tranquilos aunque desdeñosos, una camisa deportiva que dejaba ver un pecho peludo, unos pantalones muy arrugados y sandalias. Sin calcetines. Llevaba también una chaqueta al brazo.

Detrás suyo apareció su madre, una mujer de cincuenta años, menos alta que su hijo. Era un poco regordeta y poseía una nariz puntiaguda a cada lado de la cual relucían unos ojillos pardos, según observó Mason. Aquellos ojillos se clavaron en Della Street y luego recorrieron el resto de la estancia.

En último lugar entró Desere Ellis, algo más alta de lo normal, piel muy tostada, cabello color miel, ojos azules y una buena figura... aunque parecía una joven insignificante.

—¿Cómo están ustedes? —les saludó el abogado—. Yo soy Perry Mason.

El joven se inclinó ligeramente y tendió una mano.

—Me llamo Fred Hedley. Ésta es mi madre, Rosanna. Y ésta mi prometida, la señorita Ellis.

Mason asintió.

—Siéntense, por favor.

Los tres obedecieron. Desere miró a Della Street.

—Es mi secretaria particular —le explicó Mason—. Toma notas en todas las entrevistas, lleva adelante mis asuntos y es mi mano derecha.

Fred Hedley se aclaró la garganta pero fue su madre la que tomó la iniciativa.

—A Desere le dijeron que viniera a verle a usted. Suponemos que se trata del fideicomiso.

—Comprendo —dijo Mason, sin comprometerse.

—Nos gustaría saberlo de fijo —agregó la señora Hedley.

—¿Por qué quieren saberlo? ¿Y qué es lo que desean saber?

—El motivo por qué Desere tenía que verle a usted —explicó Fred Hedley.

—¿Quién se lo comunicó?

—Su albacea, Kerry Dutton.

Los ojos de Mason se encontraron con los de Hedley.

—¿Le conoce? —preguntó.

—Le conozco —asintió Hedley con voz fría. Luego añadió—: Es

un bobo, un bolsista. Un advenedizo.

—Es amigo mío —le defendió Desere Ellis—, y mi padre confiaba mucho en él.

—Tal vez demasiado —observó la señora Hedley.

—Bueno —explicó Desere—, mi padre pensó que yo no era de fiar con el dinero. Se trataba de una bonita suma y papá nombró albacea a Kerry, de forma que yo pudiera disponer de dinero durante cuatro años, sin despilfarrar la herencia. Creo que papá tenía mucho miedo a mi afición al juego.

—Ya —observó Mason. Luego preguntó—: ¿Tiene alguna predilección en el juego, señorita Ellis?

La joven se echó a reír con nerviosismo antes de responder.

—Creo que esto pensaba papá. O quizá que yo sentía predilección por todos los juegos.

—La razón de que estemos aquí —intervino la señora Hedley— es porque creemos que el albacea se opone a la idea de una dotación.

—¿Una dotación? —se asombró Mason.

—Idea de Fred —añadió la mujer—. Desea fundarla...

Fred Hedley levantó la mano.

—No hay por qué contarle los detalles al señor Mason.

—Creo que debe conocerlos.

—Entonces, se los diré yo —Hedley se volvió al abogado—. Pongamos una cosa en claro, señor Mason: no soy ningún visionario. No soy un tonto. Voy siempre con un grupo de poetas y artistas pero soy, esencialmente, un tipo realista.

Exaltado con el tema se levantó de la silla, se inclinó hacia delante y colocó las manos sobre la mesa de Mason.

—Lo malo de nuestra civilización —prosiguió— es que no puede desarrollarse por sí misma. Por lo contrario, tiende a desaparecer. Opino que comenzamos a comprender que cada país necesita desarrollar unos genios; pero en el nuestro esto es imposible porque el genio no puede desarrollarse. Se muere de hambre. Miremos a los artistas, los poetas, los escritores que conozco, y que podrían convertirse en genios. No quiero decir, señor Mason, que nadie tenga que desarrollarlos. Lo único que necesitan es que les dejen solos, para que libremente puedan manifestar su talento.

—¿Y no pueden? —inquirió suavemente Mason.

—No pueden —replicó Hedley— porque no pueden ganarse la vida mientras tanto. Se mueren de hambre. No es posible desarrollar nada con el estómago vacío... salvo el apetito.

—¿Tiene usted una idea? —quiso saber Mason.

—Quiero dotar a los poetas, los escritores, los artistas, los pensadores... sobre todo los pensadores.

—¿Qué clase de pensadores?

—Los políticos.

—¿Qué clase de políticos?

—Vamos, señor Mason. Trata usted de ponerme en un brete. Probablemente, debido a la barba. Cree que soy un imbécil. No es cierto. Me junto con los barbudos, pero no me dejo arrastrar por la corriente. Continúo muy frío... aunque quiero hacer algo.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Quiero «pensar».

—Usted motejó a Dutton de advenedizo —le recordó el abogado—. ¿Por qué?

—Porque lo es.

—¿Y qué es un advenedizo?

—Un hombre que no pertenece a su clase. Que posee una mentalidad muy estrecha; que está como arropado en un concepto convencional de hacer dinero. Los tiempos cambian. Todo el mundo ha cambiado. Ya no es posible hacer nada con el tipo de pensador convencional, ni en arte, ni en literatura, ni en poesía... ni en política.

—¿Y proyecta usted financiar esta idea? —le preguntó Mason a Desere Ellis.

—Me gustaría —confesó la joven—, pero no veo cómo. Según ya les he dicho a los Hedley, el dinero de papá se ha evaporado. Me gustaría no haber sido tan extravagante. A veces, incluso me gustaría que Kerry Dutton se hubiese mostrado más firme conmigo y hubiese actuado como quería papa...

—¿En qué sentido? —inquirió Perry Mason.

—No dándome dinero para que yo lo dilapidase.

—¿Usted lo dilapidó?

—Oh —ella esbozó un leve gesto—, he viajado continuamente

por Europa y otros sitios, he comprado coches nuevos, muchos trajes, y he vivido fastuosamente. Una vez que se empieza a gastar, el dinero desaparece muy de prisa, señor Mason.

—¿Y Dutton le entregaba el dinero?

—Creo que la idea era que él retuviese el depósito que dejó papá y me diese a mí lo suficiente para mis gastos hasta que concluyese el fideicomiso.

—¿Entonces, no tiene usted nada?

—Entonces no tengo nada —afirmó ella—. Y tendré que considerar seriamente de qué viviré.

—¿Le reconvino usted a Dutton? —quiso saber Mason.

—¿Reconvenirle? —rió ella—. Le reconvine muchas veces.

—¿Por darle tanto dinero?

—Por no darme bastante. Le pregunté cómo sabía él ni nadie si yo viviría hasta que el fideicomiso terminara y por qué no podía vivir de acuerdo con mi capricho, y cuando llegara el momento de la liquidación de la herencia, cruzar el puente.

—Si quiere conocer mi opinión, señor Mason —terció Fred Hedley—, es difícil manejar un depósito. Y más aún un fideicomiso como éste. El padre de Desere reconocía la tendencia manirrota en su hija y quiso defenderla contra la misma. Si Dutton hubiese observado esta regla, ahora tendríamos mucho más dinero para nuestra fundación.

Mason sonrió con afabilidad, aunque la sonrisa no estaba en sus palabras cuando observó:

—Pero yo no la pedí.

—¿Pedir qué?

—Su opinión —le aclaró el abogado.

Fred Hedley enrojeció.

—Bien —exclamó la señora Hedley—, aquí estamos. ¿Qué tiene usted que comunicarnos, señor Mason?

—Nada.

—¿Nada?

Mason extendió sus manos hacia los visitantes, en gesto de impotencia.

—¿Pues por qué hemos venido? —inquirió Fred Hedley.

—Pensé que ustedes me lo dirían «a mí» —confesó Mason.

Los tres visitantes se miraron mutuamente.

—Kerry Dutton me llamó anoche —se decidió a hablar Desere Ellis—. Me dijo que se acercaba el momento de la terminación del depósito, que le había contratado a usted como abogado suyo y que no estaría mal que yo viniese a verle.

—¿Sugirió que trajese usted a sus amigos?

—No, esto rué idea mía.

—Vaya —volvió a intervenir la señora Hedley—, ¿por qué necesita un abogado si el fideicomiso ha concluido, no hay dinero y lo único que tiene que hacer es entregar el balance? Que lo haga y Desere le dará un recibo.

—Oh, en esta clase de asuntos hay muchas triquiñuelas legales —le explicó Fred—. Comprendo que pueda necesitar a un abogado, pero no por qué ha querido que viniera a verle Desere.

—Tal vez no pensó que vendrían ustedes tres —observó Mason.

—Tal vez no —admitió Hedley—. Naturalmente, nosotros creímos, por la forma como lo dijo Dutton, que usted nos anunciaría algo. Me figuré que tal vez quedasen unos quince mil dólares, y aunque son pocos para llevar adelante mi plan, tal vez podremos dar algunos pasos en la buena dirección. Desere tendrá que hacer algunos sacrificios, pero los tendrá que hacer de todos modos. Personalmente, opino que es una vergüenza que Desere haya tirado tanto dinero en frivolidades cuando podría haber servido para un objetivo más útil.

—¿Entonces, calculan que pueden quedar quince mil dólares? —preguntó Mason.

—¿En el depósito? Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, conocemos la cantidad inicial. Sabemos también lo que Desere ha ido cobrando y podemos imaginarnos cuál ha sido el interés.

—¿Cuánto ha estado usted recibiendo durante los doce últimos meses? —le preguntó Mason a la joven—. Creo que no es ningún secreto.

—Claro que no —accedió ella—. He tenido cuanto he querido —se echó a reír aunque mirándole astutamente—. Pero usted ya lo sabe como abogado de Kerry.

—Sólo mantuve con él una observación preliminar —se excusó Mason—. No entramos en detalles.

—¿Prepara usted una cuenta?

—Aún no.

—Bien —agregó ella—, durante los cuatro años he recibido unos dos mil dólares mensuales. Pero los dos últimos meses, Kerry insinuó que haría un balance al final del fideicomiso, y de sus palabras deduje que tal vez quedasen unos quince mil dólares, tal vez un poco más, ya que Kerry insinuó en una ocasión que habría una sorpresa para mí.

—¿No le pidió que fuese más explícito? —inquirió Mason.

—Nunca le pregunto nada —replicó la joven, pensativamente—. Me llama por teléfono, me envía cheques y... no lo aprueba.

—¿El qué?

—Para empezar, a los Hedley —admitió ella—. Y también lo que hago.

—Bueno, ¿ha gastado usted dos mil dólares al mes?

—Últimamente no —declaró la muchacha, para añadir al cabo de un instante—: Estoy en estos momentos muy asustada.

—¿A qué se refiere?

—He tratado de ahorrar un poco.

—Si dejases tu apartamento y vivieses con más frugalidad, el dinero que aún queda podría utilizarse para la iniciación de la fundación de Fred —la amonestó la señora Hedley.

—Estoy sin dinero —replicó Desere Ellis—, pero emplearé lo poco de que dispongo en seguir un curso de secretaria a fin de poder ganarme la vida. Ya me he divertido bastante.

Fred Hedley la miró sorprendido.

—¿O sea que vas a unirte al rebaño? ¿Vas a convertirte en otra «advenediza»?

—O sea que voy a capacitarme para afrontar las responsabilidades de la vida.

—Serás un simple tornillo en una maquinaria burocrática —le reprochó Fred—. No tardarás mucho en perder todo contacto con tus amigos, que son pensadores originales, y te convertirás en otra esclava de la sociedad. Estarás, sencillamente, al otro lado de la línea.

Mason sonrió.

—No desprecie a las secretarias, señor Hedley —le recriminó—. Son perlas de gran valor y puedo asegurarle que es muy difícil hallar una buena. En la actualidad hay que estar riñéndolas constantemente. La señorita Street es mi mano derecha y estaría perdido sin ella.

—¡Esclavas! —repitió Fred Hedley—. La dignidad humana tiene derecho a ser algo más que una maquinaria.

—La dignidad significa una gran cosa —le aseguró Mason—. Y vale mucho —se volvió hacia Desere Ellis—. No sé por qué el señor Dutton le pidió que viniese a verme. Pero voy a representar al señor Dutton y me gustará mantener alguna vez una entrevista con usted.

Mason puso una nota de énfasis en el «usted».

La joven asintió.

—Pero ahora actúo como abogado del señor Dutton —añadió Mason—, y no estoy en posición de descubrir nada respecto a nuestras relaciones ni sus asuntos. En mi entrevista con usted, quisiera que él estuviera presente.

—Caramba —exclamó la muchacha—, no necesita mantener el asunto de modo tan confidencial en lo que respecta al fideicomiso. Es una cosa muy clara. Llevo un libro de gastos. Sé con toda exactitud lo que tenía y lo que he gastado.

—¿No hubo nuevas inversiones? —sugirió el abogado.

—No creo. Papá dejó la herencia en acciones y bonos. Kerry ha tenido que ir vendiendo para sufragar mis gastos, pero ha habido algunos dividendos, que aumentan el valor del total. Esto forma parte del estado de cuentas que yo he llevado... una especie de comprobación.

—Nosotros hemos calculado los bonos y las acciones —agregó Hedley—, imaginando los dividendos, el pago de los intereses y los precios de venta.

—Comprendo —murmuró Mason. Luego preguntó—: ¿Cuándo proyecta emprender su curso de secretaria, señorita Ellis?

—Mañana.

Mason asintió en aprobación y, con su largo silencio, indicó que no tenía nada más que decir.

Hedley se puso de pie, siendo imitado por Desere. La señora

Hedley titubeó un momento y luego se levantó lentamente de su butaca.

—Gracias por haber venido —les agradeció Mason.

Della Street mantuvo abierta la puerta y los tres visitantes desfilaron.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mason se volvió a su secretaria con una expresión preocupada.

—Probablemente esté violando la ética profesional. Sí, temo haberme dejado arrastrar por la misma corriente que le ha obligado a Kerry Dutton a cometer sus desdichadas operaciones ilegales.

—¿Quiere decir que se ha enamorado de la chica? —se burló Della Street.

—Creo que siempre se siente la tentación de jugar a ser la providencia. Aquí hay una mujer que ha malversado su existencia y, a su entender, todo el dinero que le dejó su padre. Está relacionada con unos radicales que escriben poemas intelectuales, predicando opiniones políticas con experiencia limitada y menos conocimiento, y ahora está a punto de regenerarse.

—Bueno, ¿qué quiere hacer? —preguntó Della Street—. ¿Decirle la verdad?

Mason reflexionó unos instantes y al cabo contestó:

—No soy la conciencia de mi cliente... solo su abogado.

Capítulo 3

Fue a la mañana siguiente cuando Della Street le entregó a Perry Mason el periódico doblado al llegar aquél al despacho.

—¿Qué es esto? —preguntó el abogado—. ¿La página financiera?

—Exacto.

—¿Qué pasa?

—Léalo —le indicó ella—. A menos que yo esté equivocada, hay motivos para inquietarse.

Mason leyó el artículo que le señaló la joven.

«Anoche se supo que la *Steer Ridge Oil and Refining Company* ha encontrado un pozo de petróleo en un nuevo territorio de la zona de Crystal Dome. Los valores de la compañía habían estado declinando constantemente y, según Jarvis Reader, presidente de la misma, la noticia de este descubrimiento provocará una gran alza. El nuevo pozo se halló en un campo que anteriormente fue abandonado por una de las mayores compañías petrolíferas como improductivo».

Mason lanzó un prolongado silbido.

—Della, póngame en comunicación con nuestro cliente, Kerry Dutton.

—Tengo su número —asintió ella—. Pensé que podría querer llamarle.

Descolgó el aparato y añadió por el micrófono:

—Dame una línea exterior, Gertie.

Poco después sus dedos marcaron en el numerador.

Sostuvo el teléfono junto a su oído unos segundos, con las cejas enarcadas. Le hizo un leve gesto a Mason y volvió a aguardar otros diez segundos.

Al final, devolvió el teléfono a su horquilla.

—¿No contesta? —quiso saber Mason.

—No contesta.

—Llame a mi corredor de bolsa, Della. Dígale que quiero cincuenta acciones de la *Steer Ridge Oil and Refining*.

Della Street efectuó la llamada y transmitió la orden.

—Quiere hablar con usted en persona, jefe —dijo luego.

—Póngame —asintió Mason.

El abogado alzó el teléfono de su mesa.

—Sí, Steve, ¿qué hay?

—¿Sabes algo en particular o es una intuición por el artículo de esta mañana en el diario?

—Bueno, un pico de cada. ¿Por qué?

—No sé nada de las acciones de esta *Steer Ridge* —confesó el bolsista—. Ha sido un escopetazo. Aparentemente, alguien ha hecho subir las acciones estos últimos días, y han trepado al cielo. Hace poco apenas valían nada.

—¿Qué sabes de la compañía? —inquirió Mason.

—No mucho. Durante una temporada iba muy bien; luego, los accionistas comenzaron a pelearse entre ellos. Pudo ser un combate por la gerencia. El presidente es un sujeto llamado Jarvis Reader. Un fulano muy raro, un jugador con buen ojo, mas que a pesar de esto enredó a la compañía en una serie de inversiones en terrenos, que sólo tenían tierra y poco más. Bajo su mandato las acciones han bajado mucho. Y recientemente, alguien intentó obtener unos poderes. Bien, siempre que unas acciones bajan, la gerencia trata de dar alguna noticia que provoque el alza. Ahí tienes un buen motivo para el artículo del periódico; aunque puede existir realmente un nuevo pozo y los que estaban enterados del asunto han mantenido la noticia en silencio a fin de poder adquirir acciones. También puede ser sólo un rumor. ¿Acaso sabes algo concreto?

—No —le aseguró Mason—. Esperaba que tú me lo dijese.

—Yo ya te he dicho lo que sé.

—De acuerdo. Cómprame cincuenta acciones en el mercado, al precio que sea. Quiero ser accionista de la compañía.

—Es tu capricho —bromeó el bolsista—. Pero te aconsejo que no te ilusiones sólo por esta noticia. Estas acciones han sido basura.

Mucha gente que las conservó durante años las ha ido vendiendo durante el pasado; incluso muchos han aceptado una pérdida.

—Tú vigila, por si acaso —le recomendó Mason—. Y si empieza a ocurrir alguna novedad, comunícamelo.

El abogado colgó el aparato y miró a Della Street.

—¿Qué pensará nuestro cliente?

—Esta es una buena pregunta —reconoció aquélla—. Afirmó que poseía poder para vender y comprar, pero la beneficiaria «cree» que posee un montón de estas acciones, y que están en alza. Naturalmente, debe estar comprometiéndose ya con toda clase de fundaciones «beatniks».

De pronto sonó el teléfono de la mesa de Della Street.

—¿Sí, Gertie? —unos momentos y añadió—: Un momento. Le pondré línea —se volvió a Perry Mason y le informó—: Fred Hedley. Asegura que es un asunto de la mayor importancia y que sabe que usted querrá hablar con él. Tiene que comunicarle algo de suma importancia.

Mason vaciló un momento, asintió y cogió el teléfono.

Della Street pulsó el botón para pasar la comunicación de línea.

—Hola —saludó Mason—. Perry Mason al habla.

La voz de Fred Hedley sonó tan excitada que las palabras se atropellaron en su garganta.

—¡Señor Mason! ¡Señor Mason! ¡Tengo una noticia estupenda! ¡Algo muy grande! ¿Ha visto la página de finanzas del diario de esta mañana?

—¿Sobre qué?

—¡Lo han conseguido! La *Steer Ridge Oil and Refining Company* ha encontrado un nuevo yacimiento.

—¿Es Fred Hedley quien habla? —preguntó Mason.

—Sí, señor Mason. ¿Se acuerda de mí? Estuve en su despacho con Desere Ellis y mi madre. Soy el que pretende establecer la fundación.

—¡Oh, sí! —exclamó Mason—. ¿Y qué tiene que ver con su fundación la *Steer Ridge Oil and Refining Company*, señor Hedley?

—Todo. Parte de las acciones del depósito de Desere Ellis son precisamente de esta compañía. Y ahora están en alza.

—Bien, muy interesante —admitió fríamente Mason—. ¿Cómo

sabe que todavía están en el depósito?

—Tienen que estar. Esas eran las acciones que el padre de Ellis quiso que se conservasen, y venderlas sólo como último recurso.

—¿Es una condición del fideicomiso?

—Lo ignoro —Hedley hablaba ya con cierta irritación en la voz—. Usted debería saberlo. Usted representa a ese tipo.

—No estoy familiarizado con los términos del fideicomiso, en lo referente a las acciones —declaró Mason—. Por lo que me ha dicho pensé que usted sí y de aquí mi pregunta. Ustedes, en realidad, me dijeron que todo había sido distribuido, excepto unos quince mil dólares. Lo cual significa que ha habido que vender varias acciones.

—No de la *Steer Ridge* —replicó confiado el joven—. Hubo una especie de asamblea de apoderados y la semana pasada un sujeto llamó a Desere para que le otorgase un poder. Y ella le envió a Dutton. Lo cierto es que las acciones suben como la espuma y que valdrán miles, cientos de miles de dólares.

—No sé qué diferencia tiene eso para usted —replicó Mason, imperturbable.

—Significa simplemente que ahora dispondremos del dinero necesario para llevar adelante nuestro plan. Desere podrá respaldarme financieramente y yo llevaré a cabo la dotación. Será una de las mayores maravillas del mundo del arte, señor Mason, ¿no lo comprende? ¡Dios mío, aquí hay genios en potencia que se mueren de hambre y se ven obligados a trabajar en rutinas comerciales, sólo porque no pueden esperar hasta que la sociedad reconozca su talento! Vamos a crear los futuros Rembrandts. Esto es, no serán tan recargados como Rembrandt, sino auténticos creadores en el verdadero sentido de la palabra. Vamos a desarrollar grandes genios. Poetas. Emanciparemos el arte y el talento americano.

—¿Le ha contado a Desere lo que ocurre? —le interrumpió Mason en lo más florido de su discurso.

—Todavía no he podido localizarla, pero espero ser el primero en comunicarle la noticia. Hoy ha empezado a ir a la academia, ¿recuerda? Para el cursillo de secretaria.

—Sí —asintió Mason—. Bueno, muchas gracias por haberme llamado.

—¿No sabe dónde puedo ponerme en contacto con Kerry Dutton? —preguntó Hedley.

—No.

—Me gustaría hablar inmediatamente con él, por si aún no sabe el acontecimiento.

—¿No tiene su dirección?

—No tuve interés en pedírsela. Francamente, Mason, creo que su cliente es bobo, y que ha manejado el fideicomiso como un loco.

—¿Cómo hubiera debido hacerlo?

—Hubiera debido conservar bastante dinero, a fin de que Desere pudiera batir realmente un récord. De haber tenido cuidado, y haber procurado que ella gastase mucho menos, Desere hubiese podido vivir sólo con los intereses de las acciones, y el fondo habría quedado intacto.

—Muy bien —le cortó Mason—. Gracias por haberme llamado, pero no tengo permiso para dar la dirección de mi cliente. Creo que lo mejor sería que usted llamara a la señorita Ellis, que ésta llamase a Dutton y que éste me llamase a mí.

—Bien, si es esto lo que quiere —se conformó Hedley—. Sólo trataba de hacerle un favor.

—Le agradezco su interés. Adiós.

Y el abogado colgó.

Della Street, que había estado escuchando la conversación, tomando apuntes en taquigrafía, levantó la mirada del cuaderno.

—Bien, ya está. La grasa parece que ya está toda en el asador.

—Cuidado, hay que simpatizar con el punto de vista de Dutton —le recordó Mason—, a pesar de la irregularidad del caso. Sin embargo, si se produce un batacazo en el orden legal, seguramente podremos conservarlo sano y salvo. Estaba asistido de todos los derechos al vender todas las acciones que quisiese e invertir el dinero en otras. No tenía, en cambio, ninguno a engañar a su beneficiaria, y hubiera debido entregarle las cuentas. No tenía derecho a mezclar sus fondos con los del depósito. Pero opino que cuando la señora Hedley averigüe que las acciones de esa compañía se vendieron hace un año, va a haber un pequeño alboroto y yo me veré en el centro del mismo.

—Me parece que ésta es su mejor declaración de la semana —

afirmó Della Street—. ¿Qué le diremos a Desere?

—Lo mismo que a todo el mundo —anunció Mason—. Estamos representando a Dutton. A nadie más. No podemos dar ninguna información. Que se pongan ellos en contacto con nuestro cliente, y éste ya me llamará.

—Sí, cuando se entere de la noticia —observó Della Street—. Bueno, entonces querrá subirse al monte más alto.

—¿Cómo sabe que ya no está en él? —inquirió Mason.

La secretaria contempló a su jefe un momento y al final asintió:

—Exacto. No lo sabemos.

Capítulo 4

—Della, escriba el número de Kerry Dutton, su dirección y el número de teléfono en una tarjeta, por favor —le rogó Mason a su secretaria poco después del almuerzo—. Y llame a Paul Drake a su agencia de detectives. Pregúntele si puede venir un instante. Asimismo, llame a mi corredor de bolsa y asegúrese de que ya soy accionista de la *Steer Ridge Oil and Refining Company*.

—Si hay algo entre bastidores —observó Della Street—, los enterados han tenido ciertamente una magnífica ocasión para comprar acciones.

—Por esto quiero ser accionista, Della —sonrió Mason—. Como tal, estoy autorizado a proteger mis intereses.

Della Street relleno la tarjeta con la dirección y el teléfono de Kerry Dutton; llamó a la agencia de detectives Drake, que estaba en la misma planta que el despacho de Mason, y unos momentos más tarde, la llamada especial de Paul Drake sonó en la puerta del despacho particular del abogado.

Paul Drake, director de la agencia de detectives Drake, era tan alto como Perry Mason, ancho de hombros y de buen aspecto, aunque siempre trataba de reducir su apariencia.

Llevaba trajes muy severos y conducía un coche que tenía de tres a cinco años de edad... de una de las marcas más populares, tratando por todos los medios de borrar su personalidad.

—Hola, cariño —le espetó a Della, saludó a Mason y se repantigó muellemente en el recargado sillón reservado a los clientes. Encendió un cigarrillo. Luego dijo—: Bien, dispara.

—Paul —empezó Perry Mason—, esto es para mí. Quiero encontrar a un cliente.

—¿Un cliente escurridizo?

—Tal vez.

—¿Te debe dinero?

—No.

—¿Testigo de algo importante?

—No.

—¿Testigo de algo en favor de uno de tus clientes y deseas su testimonio?

—No.

—¿Entonces, qué?

—No puedo decírtelo —confesóle Mason.

—¿Crees que se ha largado?

—Quizá.

—¿Y qué decirle si lo encuentro?

—Nada. Sólo necesito saber dónde está.

—¿Y supongo que no he de dejar ningún rastro?

—Trata de no dejar ninguna pista que conduzca a mí. Por lo demás, puedes ir tan lejos como quieras. Supongo que si hay que localizar con rapidez a un sujeto, es imposible hacerlo sin dejar alguna pista. Tendremos que arriesgarnos.

—¿Empiezo ahora? —inquirió Drake.

—Sí —Mason le entregó la tarjeta con la dirección de Dutton.

—¿Hay prisa?

—Sí. No obstante, tengo otra cosa. Esto es algo que podrás hacer de manera rutinaria. Quiero que averigües algo sobre Jarvis Reader, presidente de la compañía *Steer Ridge Oil and Refining*.

—Hay un artículo respecto a él en el diario —observó Drake—. Parece que esta compañía prospera.

—¿Lo leiste?

—Sí. No hay que fiarse mucho de esta clase de noticias, aunque creo que las acciones están ya por las nubes.

—¿Posees alguna, Paul?

—Los detectives no se enriquecen comprando y vendiendo acciones. No se enriquecen, punto.

—De acuerdo —opinó Mason—. Empieza a moverte ahora mismo y comunícame lo que sepas. Manténme informado.

Menos de quince minutos después de haberse marchado Paul Drake, sonó el teléfono de la mesa de Della Street y la joven

contestó:

—Bien, dile que espere un momento, Gertie. Veré si el señor Mason puede recibirle —apartó la cara del auricular—. Hablando del ruín de Roma... Jarvis Reader está en la oficina exterior.

—¿Quiere verme? —se extrañó el abogado.

Ella asintió.

—Que pase, Della.

—Dile que el señor Mason le recibirá, Gertie —habló la secretaria por el aparato—. Yo salgo a buscarle.

Della Street dejó un momento el despacho para regresar poco después con un caballero de aspecto poderoso, aunque con los hombros caídos, de más de cincuenta años. Poseía un rostro muy ajado, ojos pardos muy móviles, pupilas grises y modales belicosos.

—Hola. ¿Usted es Mason?

—¿Y usted Reader? —sonrió el abogado.

—Exacto.

—¿En qué puedo servirle?

—Según tengo entendido, representa usted a Kerry Dutton.

—¿Quién se lo dijo?

—No importa. Quiero una respuesta directa. ¿Representa, sí o no, a Kerry Dutton?

—El señor Dutton ha retenido mis servicios para representarle en un asunto. Sí.

—¿En un asunto?

—Exacto.

—Bueno, pues hay varios asuntos.

—¿Como por ejemplo?

—He sabido —continuó Reader— que Dutton declaró que yo era un estafador; que mi dirección de la compañía la llevaba para servir mis objetivos; que no sé nada de petróleo; que me hallaba particularmente interesado en hacer que la gente invirtiera su dinero en nuestras acciones, a fin de poder seguir yo al frente de la empresa, con un buen sueldo.

—¿Cuándo oyó todo esto que me explica? —quiso saber Mason.

—Hace tiempo, pero no hice nada por el momento porque preferí aguardar la ocasión propicia de poder demostrar que Dutton era un embustero. Bien, mi dirección ha quedado ahora vindicada y

estoy seguro de que Dutton desearía poseer aún las veinte mil acciones que vendió hace tiempo.

—¿Vendió? —repitió Mason.

—Sí. Fue entonces cuando efectuó sus declaraciones. Vendió las acciones a un comprador y le advirtió que seguramente llegarían a no tener ningún valor; que yo nada sabía del negocio petrolífero; que estaba adquiriendo terrenos sin valor y estériles en cuanto al petróleo, con el fin de deslumbrar a la gente y poder yo continuar disfrutando de un sueldo mayúsculo, tener una buena cuenta bancaria, un avión y demás.

—Si realmente intenta usted querellarse contra mi cliente —le atajó Mason—, será mejor que no hable conmigo, ni a mí me interesa seguir hablando con usted. Busque un abogado y haga que se entreviste conmigo si quiere llegar a un arreglo.

—¡No necesito ningún abogado! —tronó Reader—. Al menos, no por ahora. No deseo querellarme ni estoy profiriendo amenazas. Simplemente, quiero que le diga a Dutton que aceptaré sus excusas... si las hace públicas en un periódico.

—¿Por qué no se lo dice usted?

—No logro encontrarle. Es difícil de atrapar.

—¿Lo ha intentado?

—Sí, lo he intentado. Quería ser el primero en darle la noticia de ese nuevo pozo antes de que lo leyese en los diarios. Pero no he conseguido localizarle. Después, dieron la noticia por radio y los periódicos la han propalado. Y ahora él ya lo sabe todo y yo soy la última persona del mundo a quien debe querer ver.

—Sólo para satisfacer mi curiosidad —observó Mason— y no para referirme a ninguna reclamación que usted pueda formular contra el señor Dutton... ¿fueron amigos antes?

—¡Amigos! —Reader se llevó un dedo a la garganta—. Oh, sí, muy amigos. Ese tipo ha hecho cuanto ha podido por amargarme la vida.

—Quiero decir si ya se conocían.

—Claro que le conocía.

—¿Hace mucho?

—Desde que pasó a ser fideicomisario de esa herencia. Fui a verle y procuré que invirtiese más dinero en la *Steer Ridge Oil*. Se

echó a reír. Estoy seguro que ahora lamenta no haber seguido mis indicaciones. Actualmente, aquel depósito valdría una verdadera fortuna. No, con quien sí mantuve estrecha amistad fue con Templeton Ellis. Éste tenía fe en mí. En realidad, fue uno de mis primeros valedores. Puso dinero en la *Steer Ridge* en cuatro ocasiones diferentes, y dejó un buen puñado de acciones... y sólo porque comenzaron a bajar, ese fatuo de albacea las vendió. No sólo las vendió, sino que tuvo que pregonar a los cuatro vientos que la dirección de la compañía se hallaba en malas manos, que nadie de la empresa entendía una palabra de pozos petrolíferos y que yo estaba gastando todo el dinero en terrenos que nadie querría ni para plantar patatas.

Reader efectuó una pausa y continuó:

—Bien, hay algo más que usted debe saber si Dutton es su cliente. La beneficiaria del testamento piensa que todavía se hallan en el depósito las veinte mil acciones de la *Steer Ridge*.

—¿Por qué piensa usted que ella lo cree así? —deseó saber Mason.

—No lo pienso, lo sé. Le diré algo más. Dutton estará frenético por poder recuperar sus acciones. Estará dispuesto a pagar el precio que sea. Y personalmente, procuraré que no logre sus propósitos. Cuando le vea, díglele que sé todo lo que está haciendo. Y también que Rodger Palmer, que está tratando de obtener las acciones y un poder, no logrará nada. He olvidado más cosas respecto a la dirección de una compañía de lo que estos pájaros saben... Díglele también al señor Kerry Dutton que si está dispuesto a comprar una página de un periódico para ofrecermé sus disculpas, tal vez le sacaré del compromiso. Pero hasta entonces, que puede cocerse en su propia salsa.

Mason sonrió.

—Creo que es preferible que todo esto se lo diga usted a la cara, señor Reader.

—Lo haré si le echo la vista encima.

Reader giró sobre sí mismo, en dirección a la puerta de la antesala y luego añadió:

—Y cuando Desere Ellis descubra que las acciones están vendidas, se desencadenará el infierno.

—Puede salir usted por ahí —le indicó Della Street, señalándole la puerta excusada.

Reader vaciló un instante y al final exclamó:

—Gracias. Prefiero salir por donde entré.

Y cruzó el umbral hacia la oficina exterior.

Capítulo 5

Eran las siete y media. Mason y Della Street estaban ya ultimándolo todo para marcharse, y el primero se dirigía a la puerta cuando el teléfono que no figuraba en el listín sonó con estridencia.

—Es el teléfono privado —observó Mason—. Será Paul Drake.

Della Street asintió, corrió al aparato y lo descolgó.

—¿Sí, Paul?

Luego le hizo un gesto a Mason, el cual cogió la extensión de su mesa.

—Hola, Paul. ¿Qué hay de nuevo?

—Ese tipo, Dutton, es un verdadero problema.

—¿Qué le pasa?

—Que es muy escurridizo y no hay modo de hallarle.

—No creí que fuese fácil, de lo contrario no te estaría pagando cincuenta dólares por día para que le busques.

—Buenos, pues es muy difícil hallarle. Alguien más le está buscando y sospecho que se trata de un alguacil con una citación.

—¿Y crees, en consecuencia, que Dutton se esconde por esto?

—Se está ocultando por algo.

—¿Dónde estás ahora, Paul?

—En una cabina telefónica al otro lado de la calle, frente a una estación de servicio a cuatro bloques del apartamento de Dutton. Creo que, de todas formas, voy a encontrar su pista. Y mientras esperaba pensé oportuno saber si tenías algunas instrucciones nuevas para mí.

—Dime algo más.

—Bueno, estoy casi convencido de que ese tipo no intenta volver a su domicilio. Fuera le está esperando ese individuo. He mirado el número de matrícula de su coche. Se trata de un tal Rodger Palmer.

Por la forma cómo actúa parece un alguacil. Está muy ansioso por ver a Dutton y posee mucha paciencia. Se halla delante del edificio. Asimismo, la chica de la centralita dijo que Dutton ha entrado y salido hoy varias veces, llevando siempre una voluminosa cartera.

—¿Entrando y saliendo? —repitió Mason.

—Entrando y saliendo.

—Podría ser que estuviera sacando cosas y metiéndolas en el portaequipajes de su coche.

—Podría ser —asintió Drake—. Me figuré que habría comprado gasolina por ahí, por lo que he estado en varias estaciones, y por fin no sólo tuve suerte sino algo más. Encontré el sitio donde adquiere siempre la gasolina y le lavan el auto. Éste se halla ahora allí. Le ordenó al empleado que le cambiara el aceite, que le diese un buen repaso y que comprobase los neumáticos... porque iba a emprender un largo viaje.

—¿No dijo adónde?

—No, pero el auto está allí y yo he puesto un muchacho de los míos.

—Quiero saber todos los movimientos de Dutton, Paul. Estoy envuelto en algo con él —agregó Mason—, y a lo mejor me hallo resbalando sobre hielo, éticamente hablando. Mucho depende de la clase de individuo que sea.

—Bueno, lo que sí puedo asegurarte es que se trata de un individuo muy escurridizo.

—De acuerdo, continúa como hasta ahora. Síguele y averigua a dónde se dirige.

—¿Hasta dónde he de seguirle?

—Adonde vaya.

—¿Y si sale de la ciudad?

—Sal tras él, Paul.

—Probablemente necesitaré ayuda.

—De acuerdo.

—¿Y si adquiere un pasaje de avión y sale volando para Brasil?

—Entérate del número del vuelo, ponte en comunicación con tu corresponsal de allá y que le localicen en cuanto aterrice.

—En otras palabras, que el límite es el cielo.

—Exacto. Pero por lo que me has dicho del coche, seguramente

intenta salir en automóvil.

—Y quieres que no le pierda de vista, ¿eh?

—Quiero que te pegues a él como el engrudo —asintió Mason.

—Está bien —suspiró Drake—. Te mantendré informado. Al menos necesitaré un ayudante. Llamaré para que me manden uno.

Mason colgó y miró a Della Street con una profunda arruga en la frente.

—¿Hasta qué punto está usted enredado en esto, jefe? —inquirió Della—. ¿Mucho?

—Bueno, pues... Dutton afirma que desfalcó dinero del depósito de la beneficiaria. Tal como dice, ha hecho una restitución; y por su forma, la operación fue técnicamente legal dentro de los términos del fideicomiso, siempre y cuando me haya dicho la verdad respecto al mismo. Pero el modo como actúa no coincide con la historia que me largó. A menos que tenga usted un compromiso para esta noche, Della, iremos a comer algo y volveremos aquí. Creo que se producirá algún suceso inesperado en este asunto. Seguiremos en contacto con la oficina de Paul Drake y les diremos dónde estamos.

Della Street sonrió.

—Si me promete un buen bistec con patatas, cebollas y ensalada, le haré compañía hasta medianoche.

—Doblaré la ración —puntualizó Mason—. Conozco precisamente el sitio más adecuado para esta clase de comidas.

Capítulo 6

A la mitad de la cena, el camarero se acercó a la mesa.

—¿Puede recibir una llamada, señor Mason?

—Sí, se lo dije al «maitre» cuando llegamos.

El camarero asintió y enchufó el teléfono. Mason lo cogió y oyó la voz de Paul Drake.

—¿Dónde estás, Paul?

—En la oficina me han dicho dónde estabas tú —le reprochó el detective—. Yo, mientras tanto, me hallo sentado en mi coche masticando una barra de caramelo para que el estómago no se me pegue a la espalda. Estoy hambriento.

—¿Y del asunto?

—Bueno, ya tengo a Dutton.

—¿Adónde se ha ido?

—Por ahora a ninguna parte. Está sentado en un auto, vigilando.

—¿Qué vigila?

—Siguió a un individuo que va ataviado como un «beatnik».

—¿Alto, ancho de espaldas, barba puntiaguda?

—Ese es el muchacho.

—¿Y en dónde le espera?

—En los apartamentos Doberman de Locks Street. ¿Significa esto algo para ti?

—Significa mucho —repuso Mason—. Ahí es donde vive Desere Ellis, y el chico de la barba seguramente está con ella.

—¿Y Dutton hace de vigilante?

Mason meditó un instante.

—No —dijo al fin—. Probablemente, Dutton está esperando hasta asegurarse de que no haya moros en la costa y hablar con la muchacha. Probablemente ha decidido contarle algo importante y

quiere estar seguro de no verse interrumpido. El «beatnik» se llama Fred Hedley. Pretende pasar por intelectual y es un gato muy frío. Desea que Desere Ellis sea la diosa de un grupo de artistas, poetas y escritores. La diosa... pagana. Bueno, todo esto es confidencial. Si mis sospechas son exactas, Paul, Dutton estará ahí esperando hasta que Fred se largue. Y entonces subirá al apartamento.

—¿Y después?

—Cuando Dutton vuelva a salir —continuó Mason—, síguele como una sombra. ¿Tienes ya algún relevo?

—Tuve una pequeña dificultad en conseguir un muchacho de confianza pero por fin lo he logrado y está ya en camino hacia aquí. Mis chicos andan hoy muy atareados. Bueno, los mejores. Continuaré yo al frente de esto, porque el muchacho a quien envié antes manifestó que no había podido hallar la pista de Dutton. No me gustan los fallos, y me figuré que hallaría el rastro si empleaba en ello el tiempo necesario. Por esto comencé a recorrer las gasolineras.

—Sírvete del relevo —le aconsejó Mason—. Muéstrale a Dutton y tú vete a cenar. Pero asegúrate de que tu empleado sea de los buenos.

—El que viene es magnífico —ponderó Drake.

—Nosotros seguiremos en este restaurante media hora más —le explicó el abogado—. Luego subiremos al despacho y esperaremos allí tu llamada. Procura llamar a las diez y media, porque nos marcharemos poco después de esa hora.

—De acuerdo, entendido —se despidió Drake.

Mason dejó el aparato y le relató a Della Street las novedades.

La joven hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —quiso saber Mason.

—Pasa que Desere Ellis está o ha estado encaprichada de Fred Hedley y las cosas no van como debieran. Lo siento por Dutton.

—¿Por qué?

—Bueno, Dutton está esperando a que Hedley se marche a casa. Tan pronto como lo haga, subirá al apartamento de Desere Ellis, con lo cual la muchacha sabrá intuitivamente que aquél estaba en la calle aguardando la marcha de Hedley. Esto le dará cero en conducta a Dutton en lo que se refiere a la chica. Se lo daría

respecto a cualquier mujer. Sí, una mujer quiere que un hombre sepa obrar con ímpetu y valentía, no que se escude en las sombras y espere hasta que no haya moros en la costa para moverse.

—Bien —señaló Mason—, es posible que Dutton no tema enfrentarse con Hedley sino que piense contarle a Desere todo el asunto y no quiera que el «beatnik» se entere del estado financiero de la joven.

—En este caso, la madre de Hedley entrará en la pintura y las cosas irán más de prisa —opinó Della Street—. Vaya, si llega a figurarse que hay más dinero en el depósito de lo que creían.

Mason levantó su copa.

—Brindaré al estilo mejicano —anunció—: «Salud, dinero y amor... sin suegras»^[2].

—¿Qué es esto? —se interesó Della Street.

—Es un brindis que los caballeros mejicanos suelen dirigirse en la intimidad de sus casinos —le explicó Mason.

—¿Y qué quiere decir?

—La traducción es: salud, dinero y amor... sin suegras.

Della Street estalló en una bulliciosa carcajada.

—El que inventó este brindis debía conocer a la señora Hedley.

—O a alguna mujer muy semejante —asintió Mason.

Terminaron de cenar placenteramente y estaba firmando Mason la nota cuando de nuevo se acercó el camarero con el teléfono. Lo enchufó.

—Una llamada de emergencia, señor Mason.

—Sí... ¿qué hay? —preguntó el abogado ya por el aparato.

—Será mejor que vengas aquí en seguida, Perry —le suplicó la angustiada voz de Paul Drake.

—¿Dónde es «aquí»?

—La dirección de antes, los apartamentos Doberman. Si quieres proteger a tu cliente, ven al momento. No te demores.

—De acuerdo.

—Te estaré esperando delante del inmueble. En la Locks Street.

—Llegaremos inmediatamente —le prometió Mason.

Acto seguido asió a su secretaria por el brazo.

—Emergencia —le dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Paul no me lo dijo. Sólo que deseaba que yo fuese allá, lo antes posible, si quiero proteger a mi cliente. Vamos, rápido.

Mason le hizo una seña al «maitre», quien a su vez le hizo otra al portero y al cabo de un instante el coche del abogado se hallaba a la puerta del restaurante. En aquel mismo momento Mason y su secretaria llegaban a la calle.

Mason, conductor experto, procuró evitar las señales de tráfico, pero éste era denso y tardaron unos veinte minutos en llegar al lugar indicado.

Drake les estaba aguardando en la acera.

—Bueno, demasiado tarde —refunfuñó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntóle Mason.

—Ese tipo de la barba —comenzó a contar Drake— salió, se metió en su coche y arrancó. Tal como tú habías previsto, Dutton no le siguió. Saltó de su auto y corrió escaleras arriba. Bien, ignoro si Hedley sabía que Dutton le esperaba y quiso tenderle una trampa o si Hedley se olvidó algo, pero apenas llevaba Dutton arriba cinco minutos cuando regresó Hedley, aparcó el auto, y subió al apartamento, como un repartidor del correo.

—¿Y qué pasó?

—Muchas cosas —replicó Drake—. Una mujer se asomó a un balcón del tercer piso y empezó a llamar a gritos a la policía. Supongo que alguien telefoneó... Bien, llegó un coche-patrulla casi en el instante en que Dutton salía del apartamento. Echó a correr, pero al divisar el coche de la policía se detuvo y continuó andando como si fuese de paseo, mientras los «polis» saltaban del auto y penetraban como flechas en el edificio.

—¿Y luego...?

—Dutton salió pitando con el coche y...

—Basta, Paul. Ordené que Dutton fuese seguido.

—Lo está siendo. Ya tenía aquí el relevo. Creí preferible informarte yo mismo porque el relevo apenas vio nada. Además... todo ocurrió tan de repente...

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Bueno, hablé con unos policías cuando salieron de la casa. Me contaron que Hedley estaba arriba, pero no en muy buen estado. Creo que tendrá la nariz hinchada un par de días, y había sangre en

su camisa. También tenía un ojo a la funerala y por la forma como hablaba cuando bajó, parecía tener los labios muy abultados y como tumefactos. Por lo que pude averiguar, Hedley fue quien empezó el jaleo. Encontró a Dutton en el apartamento de la joven, hubo algunas palabras, Hedley comenzó a propinar puñetazos... y el combate fue a un solo asalto.

—Y Hedley se llevó la peor parte, ¿eh?

—Pues, ciertamente, no se llevó la mejor. No es que Dutton sea un luchador temible, pero Hedley parecía como si lo hubiesen metido dentro de una lavadora.

—¿Qué hicieron los policías?

—Le soltaron, pero por lo que oí están seguros de que él fue quien inició la pelea.

—¿Qué dijo Hedley?

—Que iba a demandar a Dutton por asalto y falta de ética... o algo así. Sin embargo, los policías no parecieron demasiado impresionados y le contestaron al joven que sería mejor que regresase al apartamento de la señorita Ellis, a fin de reparar los daños causados, pues de lo contrario se vería en un mal paso.

Mason se volvió hacia Della Street, la cual sonreía ampliamente.

—Bien, Della, supongo que las cosas se están poniendo tal como quería usted, y puesto que la crisis ha pasado y que Dutton está siendo seguido, podemos dar por finalizada la jornada.

—Y gracias —repuso Della Street, ruborizándose—, por la magnífica cena.

—¡Cena! —exclamó Drake—. Esa maldita barra de caramelo me está repitiendo en el estómago.

—Te sugiero —le recomendó Mason— el restaurante donde hemos estado nosotros. Sirven un asado con patatas, cebollas y ensalada, que es delicioso. Y, naturalmente, puesto que aún estás de servicio, el gasto irá a cargo mío.

Paul Drake parecía angustiado.

—Hace un par de horas me habría comido el hígado de un caballo. Pero ahora, con el gusto de ese maldito caramelo en la boca, no quiero nada más que un vaso de leche caliente y seguramente más tarde un poco de bicarbonato.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Mason se detuvo en la oficina de Paul Drake, de camino hacia su propio despacho.

—El señor Drake estuvo en su despacho a verle a usted para un asunto importante —le informó la recepcionista—. Telefoneó a la señorita Street, la cual le comunicó que usted no tardaría en llegar, por lo que se quedó a aguardarle.

—Ahora iré para allá, pero antes dígame, ¿qué hay de nuestro cliente?

La chica de la centralita telefónica sonrió y contestó:

—Bueno, se supone que yo no debería decírselo a nadie, pero el señor Drake recibió una llamada desde Ensenada, Méjico, poco antes de telefonar a la señorita Street.

—Vaya —comentó Mason—, no serían malas vacaciones.

El abogado seguía sonriendo cuando recorrió el pasillo y empujó la puerta de sus oficinas.

—Buenos días, Della. Hola, Paul, ¿cómo te encuentras? He estado reflexionando que trabajamos demasiado. ¿Qué os parecería, amigos, unas cortas vacaciones de un par de días, digamos por ejemplo en... Ensenada, Méjico? Sí, es una maravillosa población mejicana, con comida deliciosa, grandes langostas, «caquama» o tortuga gigante del Golfo, enchiladas, carne con chile, fríjoles fritos, cerveza mejicana...

—¡Diantre! —le interrumpió Della Street—. Le está poniendo los dientes largos a Paul. Desde anoche que sufre acidez de estómago.

—Mala cosa —se condolió Mason.

Drake meneó pesarosamente la cabeza.

—Cuando me ocupo de un caso como éste ya sé las dificultades con que puedo enfrentarme. Es como el cirujano que vive

constantemente bajo tensión y usualmente sufre del corazón a los cincuenta y cinco años. Un detective tiene que alimentarse la mayor parte del tiempo con bocadillos y bicarbonato de sosa... ¿Cómo demonios sabes lo de Ensenada, Perry?

—Estuve en tu oficina antes de entrar aquí. Tu telefonista me dijo que habías tenido una llamada desde Ensenada.

—Bueno —rezongó Drake—, mi muchacho perdió a Dutton.

—¡Lo perdió!

—Exacto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por una hora.

—¿Qué sucedió?

—El chico que me relevó fue quien le siguió —explicó Drake.

—¿Y qué más?

—Bueno, Dutton salió del edificio de apartamentos cuando llegaban los policías. Durante unos momentos, condujo el coche indolentemente; luego, al cabo de diez o quince minutos se detuvo en una estación de servicio y...

—¿No me contaste que el coche estaba repasado y aprovisionado? —le atajó Mason con impaciencia.

—Sí, le llenaron los tanques en el garaje de costumbre, pero esta vez sólo estaba interesado en el teléfono. Fue a la cabina y marcó un número. Mi hombre tuvo que esconderse para no ser visto. Desde el otro lado de la calle utilizó los prismáticos pero no consiguió captar el número marcado. De todos modos, Dutton debió equivocarse, o el número comunicaba, porque volvió a colgar de inmediato. Esperó unos segundos y volvió a marcar.

—¿Qué ocurrió esta vez?

—Mi agente pensó que la conversación era sumamente importante. Por esto, se decidió a correr algún riesgo.

—¿Qué hizo?

—Se acercó a la cabina mientras Dutton estaba allí, actuando como si quisiera hacer una llamada, Dutton lo alejó con el gesto, pero mi agente llevaba uno de esos magnetófonos de bolsillo y un poco de cinta adhesiva. Últimamente, los usamos con frecuencia, siempre con buen resultado. Tenía aparcado el coche detrás de la cabina y ostensiblemente retrocedió hasta él. Pero lo que en

realidad hizo fue pegar el magnetófono a la parte posterior de la cabina, con la cinta adhesiva, tras lo cual montó en su coche y arrancó. No fue muy lejos, sino que se detuvo en un lugar desde donde podía seguir vigilando a Dutton. Cuando éste salió de la cabina, después de la última llamada, tenía el aspecto de la persona a quien se le ha pegado fuego a la casa. Mi agente decidió que ya retiraría más tarde el magnetófono o que podría llamar pidiendo que alguien fuese a retirarlo y siguió a Dutton.

—Muy bien hecho —aprobó Mason.

—Pero Dutton comenzó a conducir como un loco. Atravesó tres semáforos rojos a toda velocidad, seguido por mi hombre, el cual esperaba que un agente de tráfico les detendría a los dos, y en el cuarto cruce, Dutton estuvo a punto de chocar. El cruce quedó bloqueado, Dutton consiguió pasar y mi agente se vio embotellado en el tráfico.

—¿Y pasando como un loco por las luces rojas, Dutton no vio que era seguido?

—Probablemente —admitió Drake—. Incluso pudo estar tratando de eludir la persecución, pero por lo que le pareció a mi agente, lo que Dutton quería era llegar a algún sitio con toda urgencia, sin importarle nada más por el momento.

—Adelante —le apremió el abogado.

—Cuando mi hombre lo perdió y se convenció de ello, volvió a la cabina telefónica y recogió el magnetófono. Lo puso en marcha y escuchó la conversación grabada. Claro está, sólo la parte de Dutton. En realidad, fue muy breve y precisa.

—¿Qué fue lo que oyó?

—Dutton comenzó formulando una pregunta: «¿Qué hay de nuevo? Ya sabe quién habla». Esperó la respuesta y añadió: «He llamado al otro número y me dijeron que lo llamase a usted aquí... Bien, pagaré más de cinco mil si actúa usted de buena fe». Hubo un silencio, durante el cual evidentemente le dieron instrucciones a Dutton, y entonces éste pidió: «Repítamelo... ¿El séptimo hoyo del Club de Golf Barclay?... ¿Por qué allí?... Sí, casi es la hora... Sí, tengo una llave...». Colgó, y no hay nada más.

—¿Siguió esta pista tu agente? —quiso saber Mason.

—Sí, se dirigió al Club de Golf Barclay. Allí se necesita llave

para entrar y como mi agente no la tenía, no pudo pasar al interior del campo, pero vio dos o tres coches aparcados, y uno de ellos era el de Dutton. Comprobó la matrícula.

—¿Qué más?

—Esperó en un sitio desde donde pudiera volver a seguir a Dutton cuando saliera. Cuando llegó allí eran las diez y diez.

—¿Cuánto tuvo que aguardar?

—Unos doce minutos.

—¿Y después?

—Después, Dutton salió a las diez y veintidós y se dirigió al sur. Mi hombre lo siguió, con los faros apagados, lo cual resulta condenadamente arriesgado. Pero Dutton se detuvo poco después y salió del auto. Mi hombre le pasó, luego fingió tener ciertas dificultades con un neumático, saltó del coche y esperó a que Dutton volviera a pasarle. Bien, nuestro cliente siguió hasta la frontera y continuó hasta Ensenada. Ignoraba por completo que era seguido. Para en el Siesta de la Tarde. Se ha inscrito con el nombre de Frank Kerry.

—No necesita tarjeta de identidad ni nada por el estilo mientras no vaya más allá de Ensenada, ¿verdad, Paul? —inquirió Mason.

—Exacto. Pero si quiere ir más abajo de Ensenada tendrá que proveerse de una tarjeta de turista o pasaporte, o cualquier otro permiso de entrada.

—¿Le vigila aún tu muchacho?

—Sí. Está haciendo lo que puede. Naturalmente, un solo hombre no es gran cosa para un servicio de veinticuatro horas seguidas...; ¿quieres que le envíe un relevo?

Mason reflexionó unos instantes.

—Tal vez, Paul —dijo al fin—. Y creo que ha llegado el momento de representar el papel del tío holandés.

—¿De qué? —se extrañó Paul Drake.

—De solucionar todo esto antes de que me pille la trampa —le aclaró Mason—. Al fin y al cabo, Dutton es mi cliente pero... Bueno, he de insistir en que se entregue a la policía.

—¿Y luego qué?

—Luego... —sonrió Mason—, procuraré quitarle el dogal del cuello.

El abogado se volvió a Della Street.

—¿Qué le parece si coge un par de cuadernitos, muchos bolígrafos, una cartera, y me acompaña a Ensenada? Creo que esta vez conseguiremos una bonita historia.

Capítulo 8

Mason y Della Street dejaron atrás Tijuana y emprendieron la alargada, recta y nueva carretera de Ensenada.

—La antigua carretera era mucho más espectacular —comentó Mason.

—¿Verdad que sí? Pero hoy en día todo se sacrifica a la velocidad. Sin embargo, es agradable saber que no habrá que luchar con tantas curvas. Jefe, ¿piensa de veras que Dutton desfalcó el dinero?

—No lo sé. Tal como actúa, temo que desee dejarme en la estacada.

—¿De qué forma?

—Se ordenará su detención y yo me veré metido en el ajo, asegurándole a todo el mundo que todo saldrá bien; que tengo confianza en mi cliente, que conozco todos los hechos, que le aconsejé y que él no cometió ningún delito. Que a su debido tiempo todo será explicado.

—¿Y luego? —le instó Della Street.

—Y luego, poco después, volverá a ocurrir quizá que nuestro cliente sea difícil de encontrar.

—¿Quiere decir de Ensenada?

—Ensenada puede ser sencillamente la primera parada. Sólo estará ahí el tiempo suficiente para desprenderse del registro de su automóvil y demás documentos comprometedores. Probablemente, abandonará el coche donde pueda ser hallado y regresará a Estados Unidos; allí cogerá un avión para Brasil u otro lugar cualquiera y a mí me dejará aquí para dar toda clase de explicaciones.

—¿Cree que pertenece a esa clase de clientes?

—No, no lo creo.

—¿Después qué?

—Bien, Della —replicó Mason—, después... ésta es la razón de este viaje.

Llegaron a Ensenada y se abrieron paso por la calle principal, muy frecuentada. Mason preguntó la dirección del Siesta de la Tarde.

—¿Conoce de vista al agente de Drake? —le preguntó Della, cuando llegaban delante del motel.

—El me conoce a mí —respondió Mason.

El abogado salió del coche y se despezó y bostezó antes de ayudar a su secretaria a descender.

Los dos se dirigieron hacia la oficina del motel, pero poco antes de llegar allí, Mason miró de nuevo hacia el coche. Entonces divisó a un individuo que iba a su encuentro.

El individuo le guiñó un ojo a Mason, se puso un cigarrillo entre los labios, buscó en sus bolsillos y al fin dijo:

—Perdone, ¿tendría una cerilla?

—Tengo algo mejor —contestó el abogado—. Un encendedor «Zippo».

El abogado prendió la llama y la sostuvo delante del cigarrillo.

—En la unidad diecinueve —le informó el detective de Paul Drake—. No ha salido, a menos que lo haya hecho mientras yo telefoneaba a Los Ángeles. Su «Chevrolet» está allí, con la matrícula OAC 777.

—Perfectamente —aprobó Perry Mason—. Entraremos y hablaremos con él. Vigile un poco más, ¿eh? Tal vez lo necesitemos como testigo... ¿Cómo se encuentra? ¿Muy apurado?

—Lo peor de esto es tener que continuar despierto, señor Mason. Llevo en pie toda la noche y sentado en el coche me da sopor. No hago más que dar cabezadas.

—Bien, tal vez podrá largarse dentro de quince minutos —le manifestó Mason—, o le enviaremos un relevo. Paul Drake se puso en contacto con un tipo de San Diego esta mañana, y ya está en camino.

—¡Estupendo! No me quejo, sólo trato de mantenerme despierto, pero a veces esto es lo más difícil de nuestra profesión.

—De acuerdo —decidió Mason—, vamos a entrar.

El abogado le hizo una señal a Della.

Había un largo sendero que conducía a la oficina, y luego, mediante un rodeo, a las distintas unidades del motel. Por doquier crecían palmeras y plátanos.

Mason, ignorando el cartel que indicaba la oficina, guió a Della Street hasta la unidad ocupada por Kerry Dutton.

—Cuando yo llame a la puerta —le dijo Mason a Della Street—, usted diga: «Toallas».

El abogado llamó.

—Un momento después, Della Street, gritó:

—¡Toallas!

—Adelante —exclamó una voz masculina, al tiempo que giraba la manilla de la puerta.

Mason cruzó el umbral, seguido por la joven.

Kerry Dutton les contempló boquiabierto, sin poder pronunciar palabra.

—Cuando represento a una persona —comenzó a decir Perry Mason—, me gusta cumplir con lo pactado, y para ello necesito conocer todos los hechos. Supongamos que ahora me cuenta algo más respecto a su problema.

Los ojos de Dutton se pasearon de uno a otro de sus visitantes.

Mason se hundió en una butaca, le indicó a Della Street que le imitase en la otra, y dejó la cama para Dutton.

Las piernas de éste le condujeron a ella y pareció vacilar antes de dejarse caer sobre la colcha.

—¿Bien...? —le apremió Mason.

Dutton movió la cabeza.

—¿Qué pasa? —inquirió el abogado.

—No es lo que piensa.

—¿Hasta dónde es falso lo que me contó?

—Casi todo lo que le dije es verdad —replicó Dutton—. Fue lo que no le dije... ¡Oh, de qué sirve ahora esto!

—Tal vez de nada —reconoció Mason—, pero de nada sirve tratar de engañar a un abogado. Más pronto o más tarde, todos los hechos salen a relucir, y si el abogado está a oscuras, se halla en completa desventaja.

Dutton se limitó a menear de nuevo la cabeza.

—Mire —prosiguió Mason—, por muy legales que hayan sido sus primeros actos, usted se colocó en una situación falsa al huir de Estados Unidos. En California, una huida se considera como una prueba de culpabilidad, y a un fiscal se le permite presentar esta evidencia en un proceso criminal.

Dutton iba a alegar algo cuando se produjo una llamada a la puerta.

Dutton miró a Mason y a Della Street con gran aprensión en su rostro.

—¿Espera visitas? —quiso saber Mason.

Dutton se levantó de la cama, fue hacia la puerta y se detuvo en seco.

Se repitió la llamada, esta vez de manera más perentoria.

—Será mejor que vea quién es —sugirióle Mason.

Dutton, entonces, abrió la puerta.

Aparecieron dos individuos, uno con uniforme de policía y el otro de paisano.

Este último paseó su mirada por los ocupantes de la estancia, inclinó la cabeza, saludando, y dijo:

—Espero que la señorita quiera perdonarme. Soy el jefe de policía de Ensenada. ¿Puedo preguntar cuál de ustedes dos es el señor Kerry Dutton, de Los Ángeles?

—¿Y el motivo de esta petición? —intervino Mason.

El jefe de policía le estudió con sus astutas pupilas.

—No creo tener el honor de conocerle, señor.

—Soy Perry Mason, abogado, y ésta es mi secretaria, la señorita Della Street.

El jefe de policía volvió a inclinarse deferentemente.

—Es un placer conocerle, señor, y lamento tener que interferirme en lo que seguramente es una conferencia profesional, ¿verdad?

—Exacto —le informó el abogado—. Estoy conferenciando con mi cliente y mi secretaria se disponía a tomar algunas notas. Si pudiese concedernos media hora, estoy seguro de que mi cliente estará dispuesto entonces a ponerse a su servicio.

Los ojos del jefe de policía parecieron sonreír, pero no su boca.

—Esto es lo que yo llamaría una buena razón, señor Mason, pero

por desgracia el asunto que aquí me trae es muy urgente —se volvió hacia Dutton—. Señor Dutton, es con el mayor sentimiento por mi parte que debo de comunicarle que a partir de este momento se halla usted bajo la custodia de la policía.

—¿De qué se le acusa? —volvió a intervenir Mason.

—Poseo un mandamiento de arresto por asesinato en primer grado, extendido contra el señor Kerry Dutton, por lo que aquí se le declara forastero indeseable. Y en calidad de tal, le escoltaremos inmediatamente a la frontera, a fin de que abandone México sin más preámbulos.

—¡Asesinato! —Mason estaba estupefacto—. ¿Quién es la víctima?

—Temo que tendrá que esperar a que el señor Dutton llegue a la frontera para poder saberlo, señor. Mi deber, oh, un deber muy desagradable, sólo es conducirlo hasta allí.

—¿Y en la frontera...?

—En la frontera —sonrió el policía—, estoy seguro de que habrá otros policías de su país esperándole. ¿Qué haría usted si fuese policía de Estados Unidos y supiese que un hombre a quien desea arrestar va a ser deportado como forastero indeseable?

—Este procedimiento me parece un poco precipitado —objetó Mason.

—Sin duda lo es —reconoció el jefe—, pero en nuestro país cumplimos con nuestro deber de acuerdo con nuestras leyes, tal como en su país las cumplen de acuerdo con las suyas. Es decir, nosotros no nos metemos con ustedes ni queremos que ustedes se metan con nosotros. Y ahora debo rogarle que deje de entrometerse en este asunto, por favor.

—Soy abogado —repitió Mason—. Mi cliente está acusado de un crimen y yo exijo el derecho a representarle y consultar con él.

El jefe sonrió.

—¿Es usted abogado en Estados Unidos, verdad?

—Sí.

—¿Y en México?

Mason vaciló.

—En México —añadió el jefe de policía—, a los abogados los llamamos «licenciados». Lo cual significa que tienen una licencia

concedida por el Gobierno mexicano para practicar su profesión. ¿Tiene usted, acaso, esta licencia, señor Mason?

Mason sonrió ampliamente.

—Está bien, es su país, sus costumbres y su prisionero.

—Gracias —el jefe se inclinó con exageración—, y no hay ya motivo por el que deba usted demorarse más tiempo aquí, señor Mason.

—¡Pero mi cliente está acusado de asesinato! —insistió el abogado—. ¿Por qué su abogado no puede consultar con él?

El jefe de policía se encogió de hombros.

—Usted posee una licencia de su país —contestó—. Allí, podrá hablar con su cliente siempre que lo desee. Aquí sólo está acusado de visitante indeseable. Y nosotros no deseamos tener aquí a visitantes indeseables, como tampoco los desean ustedes en su país.

—¿Por qué se le considera indeseable? —volvió Mason a la carga.

—Porque es un fugitivo de la justicia de Estados Unidos —sonrió el jefe—. Lo cual le torna indeseable como visitante en México.

—¿No existen procedimientos legales para la deportación? —inquirió Mason.

—Sólo los procedimientos necesarios para el traslado a la frontera. En México hacemos justicia lo más de prisa posible.

Mason contempló a Dutton, y luego de nuevo al jefe de policía.

—Tenga cosido el buzón.

El jefe enarcó las cejas.

—Temo no haber entendido lo que usted, señor Mason, acaba de decir.

—Perdone —se excusó Mason—, ha sido un poco de jerga neoyorquina.

Pero Dutton sí había entendido que tenía que mantener la boca cerrada.

—Oh, sí, ustedes, los norteamericanos, siempre hablan así... Bien, señor, ahora usted y su encantadora secretaria deberían dejarnos solos. Y si me lo permiten, puedo recomendarles el restaurante de aquí. Hallarán un servicio excelente y la comida sin comparación. Como turistas, deseamos que siempre gocen de gran felicidad.

—Como turistas sí, pero, ¿y cómo abogados?

El jefe de policía volvió a levantar sus hombros.

—Por desgracia no es usted abogado en México. Si residiese en mi país y cumpliera con todos los requisitos, no hay duda de que lograría poseer una licencia, pero mientras tanto...

Y terminó su incompleta frase con otro significativo encogimiento de hombros.

Luego, el jefe de policía mantuvo la puerta bien abierta.

Mason cogió del brazo a Della Street y juntos salieron del cuarto en sombras al patio, que estaba lleno del rumor de las blancas palomas, el perfume de las flores y la belleza del paisaje casi tropical.

Capítulo 9

Mientras Perry Mason con Della Street iba bajando por el sendero que rodeaba las unidades, el detective de Drake corrió frenéticamente hacia ellos.

Mason aligeró el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Llamé a Drake para informarle de todo, y ahora está al teléfono. Tiene que comunicarle a usted algo urgente. Dice que es muy importante y me ordenó que fuese a buscarle a usted. No se retirará del aparato hasta que usted se ponga.

Mason le hizo una seña a Della Street, y apresuró la marcha bajo las palmeras y los plátanos, en tanto el detective trotaba a su lado y Della Street no intentaba igualarles, quedándose rezagada.

En la cabina, donde el aparato estaba descolgado, Mason cerró la portezuela y luego dijo por el micrófono:

—¿Hola?

—¿Perry? —le preguntó la excitada voz de Paul Drake.

—Sí, el mismo.

—Bien, hay novedades. No sé hasta qué punto serán perjudiciales para tu cliente, pero son muy malas.

—¿Asesinato?

—Sí. ¡Caramba, ya lo sabes!

—La policía fue a buscar a Dutton mientras estaba yo con él.

—Bueno, esto es todo lo que sé —le contó Drake—. Un aficionado al golf, muy temprano, halló un cadáver en el siete del Club Barclay. Había recibido un disparo.

—¿Hallaron el arma? —quiso saber Mason.

—Lo ignoro. No sé gran cosa. Se intentó impedir la identificación de la víctima, y por lo visto, el intento ha tenido éxito

hasta este momento. No había nada en los bolsillos del muerto. Ni siquiera un pañuelo. Cortaron las etiquetas del forro de la chaqueta. El corte se realizó limpiamente con una navaja muy afilada o una cuchilla de afeitar. Todavía no se ha determinado oficialmente la hora de la muerte, pero podría ser precisamente cuando mi agente siguió a Dutton hasta el club de golf. Esta hora entra dentro del límite general que oficialmente se atribuye a la hora del crimen. Cuando hayan realizado la autopsia detallada, es posible que quieran colgarle el muerto a Dutton. Bien, en realidad tengo entendido que la hora del crimen la han fijado entre las nueve y media y las dos y media de anoche.

—De acuerdo —asintió Mason—. Y dime una cosa: ¿tu agente no pudo penetrar en el club porque no tenía llave, verdad?

—Exactamente. Hay que pasar por el edificio para llegar a los prados.

—Debe de haber algún sendero —insinuó Mason.

—Naturalmente. No he estado allí todavía.

—A esa hora de la noche —reflexionó Mason—, el hombre asesinado probablemente tuvo que entrar con una llave. Y, por supuesto, Dutton también.

—Sí, es miembro del club.

—De acuerdo, probablemente también el otro. Consigue fotografías de los periódicos y empieza a dedicarte a los jugadores que suelen ir allí con regularidad y...

—Estamos ya atrasados —le comunicó Drake—. La policía tiene ya a cinco detectives interrogando a todos los miembros cuyas fichas demuestran que van allí a jugar con regularidad. Poseen fotografías del muerto y están tratando de efectuar la identificación.

—¿Has visto alguna fotografía?

—No, tengo sólo una descripción general de la víctima.

—Dispárala.

—De unos cincuenta y cinco años —le informó Drake—, pelo oscuro, anchas y poderosas espaldas, un poco encorvado, ojos negros, de un metro ochenta de estatura, un peso de ochenta kilos, manos velludas y muñecas muy fuertes y gruesas.

—¿No tenía ninguna llave encima?

—Ni llaves, ni dinero, ni cuchillo, ni pañuelo, ni pluma, ni

bolígrafo... ni nada.

—Paul —reflexionó Mason—, ¿no me hablaste de un tipo que tú tomaste por un alguacil, el cual estaba esperando a Dutton para entregarle unos documentos?

—Sí, exacto, pero... ¡diantre, Perry, podría ser el mismo! La descripción concuerda.

—¿Reconocerías a ese tipo si le vieses?

—Claro, seguro.

—No te acerques al depósito de cadáveres —le advirtió Mason—. Procura en cambio echarle una ojeada a las fotos de la policía.

—Bueno, Perry —Drake parecía preocupado—, lo mejor sería ir a la policía. Ésta es una prueba que un detective privado no puede retener.

—Tú no puedes identificar positivamente a un cadáver con una sola fotografía —le recordó Mason—. Tendrías para ello que ver el cuerpo.

—Bien, estabas hablando de fotos de la policía.

—Sí. Y ahora hablo de fotografías de los periódicos. Della y yo regresaremos lo antes posible. Dejaré aquí mi coche. Tengo un amigo, un tal Muñoz, que nos llevará en avión a San Diego. Tú dispón que Pinky nos espere en el aeropuerto Tri-City con un buen bimotor para trasladarnos a Los Ángeles, y no hagas nada hasta nuestra llegada. Puedes ir a recibirnos al aeropuerto de Tri-City.

—Pero si la semejanza de las fotos de los periódicos es bastante grande —gimió Drake—, tendré que informárselo a la policía. En un caso de asesinato, me retirarían la licencia si no lo hago.

—¡Tú y tu maldita licencia! —gruñó el abogado.

—¡Yo y mis garbanzos! —se quejó Drake—. Bien, cuando llegues a Diego habrá un bimotor esperándote.

—Procuraré llegar lo antes posible —replicó Perry Mason, tras lo colgó el teléfono.

Capítulo 10

Pinky Brier, el famoso aviador, condujo el bimotor hasta el aeropuerto Tri-City con la majestad de un águila.

Un Paul Drake muy preocupado, que les había estado aguardando con ansiedad, surgió de entre las sombras de la tarde al encuentro de Perry Mason y Della Street, cuando descendieron del aparato.

—¿Dejaste tu coche? —preguntó Drake al abogado.

—Sí, allí. Ya lo recogeré luego. Ahora estamos corriendo contra reloj.

—Contra reloj y contra una condición que no te gustará —gruñó Drake.

—¿Qué pasa ahora?

—He visto la fotografía de los periódicos.

—¿Y qué?

—Perry, creo que el muerto es el tipo que yo tomé por un alguacil; tal vez lo sea o tal vez no, pero de todos modos, él era quien merodeaba por delante del edificio donde vive Dutton.

—¡Pero tú no puedes efectuar una identificación positiva por una fotografía de esta clase! —le recordó Mason.

—De acuerdo, no puedo, pero creo estar lo bastante seguro como para comunicarle al teniente Tragg que tal vez pudiera ayudarle a identificar el cadáver si me acompaña al depósito.

—Bien, si le identificas —repuso Mason—, tendrás que manifestarle al teniente Tragg dónde y cuándo lo viste.

—Exacto.

—Lo cual —añadió Mason— pondrá a nuestro cliente en un verdadero apuro.

—Tu cliente ya está en un verdadero apuro —opinó el detective.

—Pero tú le pondrás en un apuro mucho mayor.

—¿Crees que es posible que su apuro sea mayor todavía? —se burló Drake—. Ya verás en qué situación se encontrará cuando preste declaración mi agente Fulton. Recuerda que éste le estaba siguiendo. Que colocó un magnetófono contra la cabina telefónica y que, por tanto, grabó una parte de la conversación en la que Dutton quedó citado con alguien en el séptimo hoyo del Club Barclay. Y no olvides que es allí donde fue hallado el cadáver.

—¿Tu agente está todavía en Ensenada? —quiso saber Mason, reflexionando.

—No, viene ya para acá. Y cuando llegue sabrá cuál es su deber. Informará a la policía, y ésta le confiscará la cinta magnetofónica.

—¿Quién la tiene?

—Él. En el portaequipajes de su coche. En esto también tú tienes cierta responsabilidad, Perry. No puedes suprimir pruebas. Puedes representar a tu cliente, a pesar de la evidencia que haya en contra suya, pero no puedes suprimir las pruebas en un caso de asesinato.

—De acuerdo —asintió Mason—, hagámosle frente a todo esto antes de que nos veamos ahumados. Llama al teniente Tragg. Luego, Pinky nos llevará al aeropuerto de Los Ángeles, y Tragg se nos reunirá allí.

—Chico, tenemos ya coches diseminados por todo el país —comentó Drake, pesaroso—. El tuyo está en Ensenada; el mío tendrá que quedarse ahora aquí, en el Tri-City.

—Alquilaremos coches si nos hacen falta —le consoló Mason—, pero estamos luchando contra el tiempo. Della llevará tu coche a Los Ángeles.

—¿Qué te contó tu cliente? —se interesó Drake.

—Nada.

—Creo que la única línea de defensa que puedes adoptar es que tu cliente invoque el derecho que tiene todo hombre a matar cuando es atacado. Tu cliente fue allí a verse con ese tipo. Por lo que sea, éste le estaba extorsionando. Y la sangría era dura. Bien, se enredaron las cosas, riñeron y Dutton tuvo que matarle para salvar su vida. La policía halló cinco mil dólares en billetes de cincuenta en posesión de tu cliente, cuando lo arrestaron en la frontera. Y piensan que este dinero estaba destinado a satisfacer las exigencias

del chantajista.

—Esto es lo que «ellos» piensan —replicó Mason—. ¿Pero cómo saben que Dutton no pensaba huir con este dinero?

—Están convencidos de que es una cantidad destinada a pagar una extorsión. Bueno, tal vez sepan algo que ignoramos nosotros.

—Seguro —afirmó el abogado—. En este caso hay muchas cosas que yo ignoro, lo cual me tiene atado de manos. La mejor defensa será la verdad, pero en este caso aún no sé cuál es ni dónde está, y estoy seguro de que mi cliente se negará a decírmela.

—¿Por qué?

—Existe la posibilidad de que esté protegiendo a alguien, o al menos intentándolo.

—Una mujer, ¿verdad?

—Vamos —le urgió Mason—, busquemos un teléfono.

Cuando lo encontraron, Mason llamó al departamento de Policía de Los Ángeles y preguntó por el teniente Tragg.

—Creo que está usted al frente de la investigación del crimen del Club Barclay —comenzó a decirle Mason.

—¿Lo ha leído en el diario?

—Me lo han dicho.

—Sí, sí —refunfuñó Tragg—, y supongo que tiene usted alguna información relacionada con este caso y que tras unas horas de reflexión ha decidido que era demasiado peligroso retenerla por más tiempo y ahora ha decidido colaborar con nosotros.

—Esto es una injusticia por su parte, teniente —sonrió Mason por el teléfono.

—Sí, siempre soy muy injusto con usted —se quejó amargamente Tragg.

—En realidad, acabo de llegar de México en avión. He estado hablando con Paul Drake y éste me ha comunicado que, a juzgar por la foto aparecida en los periódicos, le parece que él vio al individuo asesinado en algún momento de anoche.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —quiso saber el teniente con avidez, formulando sus preguntas como latigazos.

—No tan de prisa —le calmó Mason—. Todavía no está seguro de que sea la misma persona.

—Pues será mejor cerciorarse, y cuanto antes mejor —le

conminó el teniente Tragg—. Si Paul Drake posee alguna información que pueda ayudarnos a resolver este caso, será mejor que cuanto antes la ponga en nuestras manos.

—Esto es, precisamente, lo que nos proponemos hacer —asintió Mason—. Ahora alquilaremos un avión particular y nos dirigiremos a Los Ángeles. Espérenos usted en el aeropuerto dentro de media hora. Así iremos todos juntos al depósito. Si resulta ser la misma persona, Drake estará encantado de proporcionarle a usted toda la información que pueda.

—Tenemos a un sujeto sospechoso de ser el criminal —observó el teniente Tragg—. Supongo que existe una remota posibilidad, oh, muy remota, una entre un millón, de que el mismo sea cliente suyo, ¿verdad, Mason?

—¿La víctima?

—No, el sospechoso.

—Bueno, depende de quién sea éste —repuso Mason, con cautela.

—Su nombre es Kerry Dutton. Un joven que tiene un brillante porvenir como consejero bursátil.

—¿Y cómo está relacionado con el asesinato? —inquirió Mason.

—Primero responda a mi pregunta —le atajó Tragg—. ¿Existe esa remota posibilidad de que sea cliente suyo?

—Es cliente mío —admitió el abogado.

—Vaya, esto explica muchas cosas. ¿Dónde está usted ahora? Mason se lo comunicó.

—¿Piensa poder estar aquí dentro de veinticinco o treinta minutos?

—Sí, tenemos a punto un bimotor.

—De acuerdo, pues, ya pueden ponerse en marcha. Yo iré a recogerlos en persona al aeropuerto con un coche-patrulla, y exijo un ciento por ciento de colaboración, ¿entendido, Mason? Un ciento por ciento de colaboración. No se trata de un juego de niños sino de un asesinato.

—Bien, nos veremos en el aeropuerto —terminó Mason, colgando el teléfono.

—¿Está muy mal la cosa? —preguntó Drake, inquieto.

—Todo lo mal que sabe ponerlas Tragg cuando no le salen bien

las cuentas.

—¿Y si esta vez le salen bien?

—Entonces, estarán aún peor para mi cliente.

—Bueno, siempre hay una ventaja en proporcionarle a la policía la información que uno posee —meditó Drake—. Al menos, no te cogen de sorpresa.

Le dieron a Pinky el tiempo necesario para tomarse una taza de café y volaron a Los Ángeles, donde el teniente Tragg ya les estaba esperando.

—Empecemos a hablar —les propuso.

—Antes tenemos que ir al depósito —le recordó Mason—. Aún no estamos seguros de que se trate del mismo individuo.

—Por el camino, pueden contármelo todo —insistió el teniente —, y así, si se trata de la misma persona, no habremos perdido tiempo; si no lo es, olvidaré todo cuanto me hayan contado.

—Lo siento, pero es imposible —se resistió Mason—. Es cuestión de mi deber profesional hacia mi cliente.

—Bien, entonces bajo tales circunstancias, muchachos, prepárense a correr. Iremos muy, pero que muy de prisa. Será mejor que se aten los cinturones de seguridad porque les harán falta. Y procuren que no les vuele el sombrero.

El trayecto hasta el depósito se realizó en un tiempo récord. El teniente Tragg y el funcionario que le acompañaba abrieron la marcha hacia la silenciosa y espaciosa sala cuyos muros mostraban una serie de cajones metálicos, impersonales, como formando un inmenso archivador.

El funcionario conocía el número de memoria. Tiró del asa y abrió el cajón deslizante.

Drake estudió el cadáver durante diez segundos.

—Bien —se impacientó Tragg—, ¿lo es, sí o no?

Drake miró a Mason, se encogió de hombros y se volvió al teniente.

—Lo es.

—De acuerdo. Empecemos ya, bastante tiempo hemos perdido... Demasiado.

—Yo tenía la obligación de seguir a Kerry Dutton... ayer —comenzó a explicar Paul Drake.

—Adelante.

—Y alguien más hacía lo mismo.

—¿Quién?

—Este tipo —respondió el detective, señalando la forma inmóvil de la losa.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Le tomé por un alguacil de un juzgado.

—¿Estaba siguiendo a Dutton?

—Le esperaba. Bueno, rondaba por el apartamento de Dutton, y yo, no sé por qué, le tomé por un alguacil, como ya he dicho.

—¿Qué le dio esta idea?

—La forma como actuaba.

—De acuerdo —se conformó el teniente Tragg—. No quiero tener que ir tirándole de la lengua, porque el tiempo es oro. Estamos tratando de resolver un caso y no queremos acusar a un inocente, pero sí queremos encontrar al culpable.

—No puedo decirle gran cosa —continuó Drake—, aunque sí puedo darle el número de matrícula del automóvil del difunto. También busqué su nombre en la licencia.

El rostro de Tragg se iluminó.

—¿Cuál es el número?

Paul Drake sacó un cuadernito y le dio al teniente el número y las señas de Rodger Palmer. Tragg corrió al teléfono y aulló los datos recibidos, a fin de que comprobasen la matrícula del auto del difunto y fuesen telegrafiadas las huellas del pulgar para comprobar la identidad de aquél.

Cuando hubo terminado volvió al sitio donde le aguardaban Mason y Drake.

—¿Por qué estaba usted siguiendo a Kerry Dutton? —inquirió.

Drake comenzó a decir algo, pero de pronto captó la mirada del abogado y titubeó.

—Por encargo de Perry Mason.

—No empecemos con rodeos como siempre —se enfadó el teniente.

—No hay ningún rodeo —intervino Mason—. Es la respuesta exacta. Paul Drake no sabe nada más.

—Bien, entonces se lo preguntaré a usted. ¿Por qué contrató a

Paul Drake para que siguiera a Dutton?

—Esto es algo que no estoy en libertad de revelar —se negó Mason.

—Revelará usted todo lo que sepa respecto a este asesinato —masculó el teniente Tragg— o se encontrará metido hasta el cuello en agua hirviente.

—Yo revelaré todo lo que sepa relacionado con el «asesinato» —subrayó Mason significativamente.

—Bien, pues, lo que usted sabe de Dutton entra de lleno en lo que nosotros sabemos de este asesinato.

—No estoy seguro de ello —se opuso Mason—. En realidad, ordené que Paul Drake siguiese a Dutton, porque yo estaba preocupado respecto a mi responsabilidad en el asunto.

—Seguro que sí —gruñó Tragg—. Ordinariamente, no hace usted que una agencia de detectives siga a sus propios clientes.

—Algunas veces sí.

—Ahora le haré una pregunta muy importante y quiero que la conteste con toda claridad —continuó Tragg—. Mientras sus detectives estaban siguiendo a Kerry Dutton, ¿se dirigió éste a la vecindad del club de golf Barclay?

Hubo unos momentos de silencio.

—Creo que debo contestar a esta pregunta —respondió Mason, cautelosamente—. Puedo asegurar que sí.

—¡Claro que sí! —Tragg estaba resplandeciente—. ¿A qué hora?

—¿A qué hora, Paul? —repitió Mason.

—De las diez y diez a las diez y veinte —informó el detective.

—Bueno —agregó Mason jovialmente—, para que no tenga que ir tirándonos de la lengua, añadiré que antes de que Dutton se dirigiese al club de golf sostuvo una conversación telefónica con alguien y, aparentemente, concertó una cita con dicha persona en el club.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue a una cabina telefónica y llamó a alguien. Uno de los agentes de Drake le estaba siguiendo. Colocó un magnetófono por la parte exterior de la cabina y lo dejó allí. Se trata de un magnetófono nuevo, muy sensible. Después, cuando Dutton se marchó, el agente regresó a la cabina y recogió el aparato, lo hizo

funcionar, y de esta manera se enteró de que Dutton se había dirigido al club Barclay.

—¿No pudo seguir a Dutton cuando éste dejó la cabina?

—No, mi cliente conducía como un loco, y cruzó por delante de tres semáforos rojos y una señal de alto. Por tanto, ante la imposibilidad de seguirle, prefirió regresar a la cabina, recoger el magnetófono y escuchar la cinta. Así fue como se enteró de la cita de Dutton en el club Barclay.

—¿Y el agente de Drake fue hacia allá?

—Sí, inmediatamente.

—¿Y estaba el coche de Dutton delante del club?

—Exacto. El de Dutton y dos o tres más.

—¿Era uno de éstos el mismo cuya matrícula me ha dado usted?

—el teniente Tragg se dirigió a Paul Drake al formular su cuestión.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaremos —respondió el detective.

Sonó el teléfono... con un ruido estridente en aquella sala del eterno silencio.

Tragg corrió hacia el aparato.

—Sí... Tragg al habla.

Escuchó unos instantes y después se extendió por su rostro una amplia sonrisa.

—De acuerdo... Perfectamente —sonrió, tras haber colgado—. Ya tenemos identificado el cadáver. Se llamaba Rodger Palmer. Fue empleado de Templeton Ellis hasta que éste falleció; después pasó a trabajar para la *Steer Ridge Oil and Refining Company*. ¿Concuerdan estas actividades con lo que ustedes saben?

—Templeton Ellis —Mason escogía sus palabras con todo cuidado—, era el padre de Desere Ellis. Kerry Dutton es el tutor y fideicomisario del dinero que la joven tiene que recibir, de acuerdo con el testamento de aquél. Parte de las acciones, según creo, que estaban incluidas en el total pertenecían a la *Steer Ridge Oil and Refining Company*.

Tragg se volvió hacia Drake.

—¿Cómo se llama su agente, el que grabó la cinta?

—Tom Fulton.

—¿Dónde está ahora?

—Viene hacia aquí desde Ensenada.

—¿Adónde irá cuando llegue?

—A mi oficina.

—Quiero verle tan pronto como llegue —exigió el teniente Tragg—, y deseo estar completamente seguro de que no le ocurrirá nada a la cinta. Es una prueba del caso y la necesito.

—La tendrá usted —le prometió Perry Mason.

—Obtener datos de ustedes dos —se quejó el pobre teniente— es como tener que extraer una muela con unas tenazas, pero de todos modos gracias por su colaboración.

—Hemos cumplido con nuestro deber —sonrió Mason.

—¡Y un cuerno! —refunfuñó Tragg—, pero gracias de todos modos. Es un mal asunto no poder identificar un cadáver.

—Pero a pesar de no haberlo identificado, usted ya tenía a Kerry Dutton como sospechoso, ¿verdad?

—Sólo lo arrestamos —sonrió Tragg— para interrogarle.

—En México me comunicaron que estaba bajo arresto —manifestó Mason— y que existía un mandamiento contra él, con la acusación de asesinato en primer grado.

—Vaya, vaya... —murmuró Tragg.

—¿No pidieron su extradición?

—No es posible pedir la extradición de alguien sin formular una acusación.

—¿Y ahora está arrestado?

—Está en custodia para ser interrogado —rectificó el teniente.

—Es mi cliente —le recordó Mason—. Y quiero verle.

—Si se le acusa de algo podrá hablar con él. Tan prontamente como sea acusado tendrá derecho a llamar a su abogado.

—¿Dónde está ahora? —quiso saber Mason.

—Le seré franco —contestó el teniente—. Por lo que sé, entre aquí y allí.

—¿Lo cual significa...?

—En Tecate —sonrió Tragg—. Era mucho más fácil arrestarle allí que en Tijuana. Sí, siempre que los mexicanos nos entregan a alguien expulsado de su país por indeseable, lo hacen en Tecate.

Mason se volvió hacia Paul Drake.

—Bien, Paul, vámonos a la oficina. Della Street ya habrá llegado con tu coche.

—Y será mejor que no se muevan de allí —observó el teniente Tragg—. Si Kerry Dutton desea hablar con usted, le diremos que le llame allí.

—Allí estaré —le prometió Perry Mason.

Capítulo 11

Perry Mason y Paul Drake hallaron el coche de éste en el aparcamiento del edificio donde estaban radicadas sus respectivas oficinas.

—¿Fulton, Paul? —dijo de pronto, Mason.

—¿Qué hay con él?

—Ya sabes lo que hay. Tenemos que ponernos en contacto con tu agente.

—Está viniendo desde Ensenada. La policía debe estar acechándole y se apoderará de la cinta grabada.

—Lo sé —concedió Mason—. Pero tenemos que verle nosotros antes que la policía.

Drake meneó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —añadió Mason—. ¿Es que no podemos?

—Naturalmente —suspiró Drake—. Yo tengo que pensar en mi licencia. No podemos jugar al escondite con la policía en un caso de asesinato. Tú eres abogado y debes saberlo.

—Paul, soy abogado, sí —Mason articuló las palabras lentamente, dándoles un énfasis particular—. Y poseo una licencia para ejercer mi profesión, como tú la tuya. No pienso suprimir ninguna prueba. Tú tampoco. Ni vamos a amañar ninguna evidencia, pero yo represento a un cliente. La policía está tratando de acusar a dicho cliente de asesinato en primer grado. Y en estos casos suelen moverse de prisa. Y con toda seguridad poseen algunas pruebas de las que nosotros nada sabemos. Bien, tengo que averiguar qué pruebas son. Es mi deber. Tu agente será un testigo del fiscal. Esto no podemos impedirlo, pero sí debemos obtener sus informes lo antes posible. Tú le pagas a él y yo a ti. ¿Qué clase de coche lleva? ¿Y qué ruta tomará?

—Esto no me gusta —rezongó Paul Drake.

—No tiene por qué gustarte. Yo sé lo que hago. No te pido que violes la ley.

—Bueno —accedió Drake a regañadientes—, hay una estación de servicio en el cruce de Melwood y Figueroa. Es muy grande, con gran cantidad de bombas y empleados, y todos mis agentes, cuando salen o regresan a Los Ángeles, suelen detenerse en ella para darle un repaso al coche. Para un detective es muy importante no andar nunca falto de gasolina cuando se está siguiendo a alguien. El tipo que está al frente de la gasolinera conoce a todos mis agentes. Y sé que también conoce a Tom Fulton. Le preguntaremos si ha pasado ya por allí. Si ya ha pasado, esto significará que Tom intentó telefonar a mi oficina y los «polis» ya lo tienen a estas horas. En caso contrario...

—Paul, allí hay una cabina. Llama. Drake obedeció, y una vez hubo telefonado volvió a salir, meneando la cabeza.

—No ha pasado todavía. Ni es posible predecir cuándo llegará. Ese chico ha estado despierto toda la noche y desde Ensenada aquí el trayecto es largo. Supongo que tiene derecho a dormir un poco.

—La policía vigilará tu oficina, Paul, y no me gusta correr riesgos. Tendremos que ir a esa estación de servicio y aguardar. Bien, iremos los dos. Será lo mejor. Probablemente, el teniente Tragg habrá puesto también a alguien que vigile mi oficina. Puede temer que deseemos mantener a Fulton alejado de la circulación. Vamos, Paul.

Drake condujo por entre el denso tráfico hacia la gasolinera. Al llegar, se dirigió al encargado.

—Esperaremos un poco por aquí —le dijo.

—Todavía no ha llegado —le informó aquél, mirando con curiosidad a Perry Mason.

—Tenemos que apresurar las cosas —le explicó Drake—. Es un testigo y nosotros...

—...queremos que se ponga en contacto con la policía lo antes posible —terminó Mason.

—Está bien, allí podrán aparcar —el encargado les señaló un lugar algo apartado de la estación—. Pónganse cómodos. ¿No saben si tardará mucho?

—No lo creo —repuso Drake.

El detective hizo retroceder el coche hacia el espacio indicado, desde donde tenían una buena vista de la gasolinera.

—¿Quieres que llame a Della Street y le diga dónde estamos? —se ofreció Drake.

—No, prefiero que todo el mundo esté en ascuas algún tiempo —Mason movió negativamente la cabeza.

Transcurrió una hora y media, y de repente Paul Drake asió el brazo del abogado.

—Ahí viene, Perry. Y recuerda que no debemos hacer nada que la policía pueda tirarnos en cara.

Mason abrió los ojos candorosamente... tal vez demasiado.

—¡Claro que no, Paul! Sólo estamos colaborando con la ley. Llámale.

Mientras un empleado llenaba el tanque del coche de Fulton, Drake le llamó por señas.

—Caramba, hola, señor Drake. ¿Qué hace aquí?

—Esperándole.

—Diantre, lo siento. Antes de salir de Ensenada cerré un poco los ojos. Tuve miedo de no poder conducir teniendo sueño y...

—No importa —le interrumpió Drake, comprensivo.

—Veo que está con usted el señor Mason, ¿eh? —parpadeó el agente de Drake.

—Sí, quiere hacerle unas preguntas.

—Adelante.

—¿Perdió usted anoche a Dutton cuando le estaba siguiendo? —empezó a interrogarle el abogado.

—Sí. Iba como loco. No hizo caso de las señales de tráfico y yo por poco no me estrellé al querer seguirle. Bueno... le perdí.

—¿Y cómo volvió a encontrarlo? —siguió Mason.

—Fui a la cabina telefónica donde había colocado un magnetófono de transistores y escuché la grabación de la cinta.

—¿Y entonces...?

—Entonces me enteré de que Dutton se dirigía al club de golf Barclay, donde debía reunirse con alguien en el séptimo hoyo. Todo esto ya se lo comunicué al señor Drake.

—Pero ahora quiero que el informe sea oficial —le explicó el

abogado—. ¿Usted no le vio al llegar allí?

—No inmediatamente. Pero sí vi su coche.

—¿Intentó penetrar usted en el club?

—Probé si la puerta estaba abierta.

—¿Y bien?

—Estaba cerrada.

—¿Y se quedó esperando?

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo?

—Doce minutos.

—¿Y después?

—Después, él salió.

—¿Estaba muy excitado?

—Sí, o al menos eso me pareció. Iba muy de prisa. Sabía exactamente lo que quería hacer.

—¿No se fijó en usted?

—Yo estaba acurrucado dentro de mi auto. En el asiento posterior, precisamente.

—¿Había otros coches?

—Casi media docena.

—¿No tomó los números de matrícula?

—No. Divisé el auto de Dutton y como era éste el que yo estaba siguiendo no presté atención a los demás. Nadie me lo dijo...

—Está bien —le interrumpió Mason—. Nadie le reprocha nada. ¿Pero no podría describir los otros coches?

—Pues eran... sólo eran coches ordinarios.

—¿No había ninguno distinto, deportivo o muy grande?

—No, por lo que recuerdo, todos eran mediocres. Juzgué que pertenecerían a los empleados que dormían en el club. No había muchos... cuatro o cinco a lo sumo.

—De acuerdo, no nos queda mucho tiempo y tenemos que llegar al fondo de la cuestión —le apremió Mason—. Dutton salió, se metió en su coche y arrancó.

—Sí.

—¿Usted le siguió?

—Sí.

—¿Ocurrió algo?

—Una vez. Empecé a seguirle con las luces apagadas. De repente, Dutton detuvo el coche y retrocedió. Yo no pude hacer otra cosa que continuar adelante.

—¿Y volvió a perderle?

—No. Poco después detuve el coche, lo aparté a un lado de la calzada, saqué un gato portátil y fingí estar arreglando un neumático. No le perdí de vista ni un momento.

—¿Desde qué distancia?

—Cosa de trescientos metros.

—¿Tenía los faros encendidos?

—Sí.

—O sea que usted no le veía a él pero sí distinguía los faros.

—Exacto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Bajó del coche, no sé qué hizo, volvió a subir y arrancó de nuevo.

—¿Y usted?

—Le dejé pasar. Después, cuando ya estuvo bastante lejos, arranqué a mi vez a toda velocidad. En un caso así, el sujeto no suele esperar que un coche al que le están cambiando un neumático cobre vida de repente.

—¿Hasta dónde le siguió usted?

—Hasta la frontera y luego a Ensenada.

—¿Hizo muchas paradas?

—Una vez, para tomarse un bocadillo y una taza de café.

—¿Y qué hizo usted?

—Me quedé fuera, en mi coche, esperándole. La cafetería tenía buen aspecto, y hubiese dado mi paga de dos semanas por una buena taza de café. Sí, la boca se me hacía agua, pero no me atreví a que pudiera reconocerme.

—¿Piensa que sabía que usted le seguía?

—No. Me quedé rezagado un buen rato, después le pasé un par de veces, sin perderle de vista por el retrovisor; también me detuve delante de un parador como si esperase que me sirvieran café, y tan pronto como pasó volví a la carga.

—Bien, respecto a la cinta magnetofónica —Mason cambió de tema—. ¿La tiene usted?

—Sí.

—La policía la quiere.

—Lo suponía. Ya pensaba preguntarle a Drake qué debía hacer con ella.

—Vaya a la oficina —le ordenó el abogado—. No le diga a nadie que nos ha visto ni a Drake ni a mí, a menos que se lo pregunten específicamente. Si le interroga la policía, no mienta. Cuénteles que yo le estaba aguardando a usted y que le he ordenado llevar esa prueba rápidamente al teniente Tragg, porque éste estaba esperándola con ansiedad.

—¿No he de nombrar al señor Drake?

—No, a menos que se lo pregunten específicamente. Si le preguntan si ha hablado con alguien, dígales que conmigo. Y si le preguntan si me acompañaba alguien conteste que Paul Drake, pero no dé ninguna información voluntariamente. Por lo demás, muéstrese colaborador.

Fulton asintió.

—Y ahora dígame —añadió Mason—, ¿por qué detuvo Dutton el coche y retrocedió? ¿Tiene alguna idea?

—No, pero efectué una comprobación con mi cuentakilómetros —repuso Fulton.

—¿Ah, sí? —Mason se mostró súbitamente interesado.

—Sí. Cuando se paró estaba en Crenmore, exactamente a dos kilómetros de la entrada al club Barclay.

Mason se volvió hacia Drake.

—Paul, haz que tu agente y su esposa tengan hoy la mejor cena de esta ciudad... ¿Casado, Fulton?

—Aún no —sonrió el aludido—. Lo estuve, pero no cuajó. He jugado a estar soltero una temporada y ahora estoy a punto de volver a engancharme. Pero esta vez creo que todo será diferente.

—Llame a su prometida y llévela al mejor restaurante de la ciudad —continuó Mason—. No se priven de nada, tomen una botella de champaña y ponga la cuenta a cargo de sus gastos.

—Esta es mucha amabilidad por su parte, señor Mason —Fulton estaba alborozado.

—Siempre reconozco cuando una labor está bien hecha.

Fulton miró a Drake.

—¿Algo más?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Bien —agregó Fulton—. Me largo ahora. Iré a la oficina y redactaré el informe como de costumbre.

—Sí —aprobó Drake—. Coja una máquina y escríbalo.

—¿Debo poner que Dutton también se detuvo en la carretera?

—Seguro —le advirtió Mason—. No oculte, nada. Recuerde que éstas son mis órdenes. No oculte ni una sola prueba a la policía.

Fulton firmó el boleto de la gasolina y se alejó con su coche.

—Bueno —suspiró Drake—, ahora creo adivinar...

—Vayamos a aquella alcantarilla —le interrumpió Mason—, y veremos qué hay allí.

—¿Alcantarilla? —se extrañó Drake.

—Seguro. Por esto paró Dutton el coche y volvió hacia atrás. Vamos a ver qué hay en la alcantarilla.

—¿Y luego qué?

—Luego —sonrió Mason— no tocaremos nada. Llamaremos al teniente Tragg y le contaremos que Fulton nos ha comunicado que Dutton detuvo el coche a dos kilómetros del club; que nosotros hemos estado investigando por allí, para descubrir la causa de su detención. Que, ante nuestra gran sorpresa, hemos descubierto una alcantarilla. Que hemos mirado y que como nos ha parecido que había algo dentro, llamamos a la policía.

—Tragg se volverá loco —comentó Drake.

—De acuerdo.

—¿Y si no hay ninguna alcantarilla? ¿Si se trata de alguna otra cosa en la carretera?

—Te apuesto diez a uno a que es una alcantarilla —le desafió Mason.

—¿Y si la policía ya lo ha investigado?

—Sí, es posible —reconoció Mason—. Siempre que un tipo tiene que desprenderse de algo, busca la primera alcantarilla que hay en su camino, y si el teniente Tragg es tan listo como yo creo, probablemente ya les habrá dado órdenes a sus hombres para que investiguen en todas las alcantarillas existentes en un radio de varios kilómetros en torno al club Barclay.

—En cuyo caso, nos habrá ganado por la mano.

—Pero por muy poco, Paul —sonrió Mason—. Si no te importa, conduciré yo. No tenemos mucho tiempo.

Mason condujo hasta el club de golf, comprobó el cuentakilómetros, dio media vuelta y condujo durante dos kilómetros.

—Vaya, tenías razón —reconoció Drake—. Hay una alcantarilla.

—Incluso se ven las señales del coche al frenar súbitamente —observó Mason—. Voy a echar una ojeada, Paul.

El abogado detuvo el auto, levantó el capó, cogió una linterna del compartimiento de los guantes y se dirigió a la zanja. Una vez allí, miró arriba y abajo de la carretera.

—Avísame cuando no se vea a nadie, Paul.

—Perry —exclamó el detective, después de haber pasado dos vehículos—, ya no hay moros en la costa.

Mason se dejó caer de rodillas y escudriñó atentamente a la alcantarilla.

—¿Ves algo? —preguntó Drake.

—Huellas de pasos, nada más.

—Viene un coche, Perry.

El abogado se levantó apresuradamente y pasó al otro lado del camino.

Un motorista se detuvo a su altura.

—¿Les ocurre algo? —inquirió al observar la capota del motor levantada.

—Un poco de humo, gracias —le respondió Mason sonriendo—. Creo que lo mejor es dejar que se enfríe un poco.

El motorista agitó la mano.

—¡Buena suerte! —y volvió a arrancar, perdiéndose a lo lejos.

Mason, pensativamente, bajó la capota, se metió en el coche y accionó el arranque.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Drake.

—Ahora trataré de ver a mi cliente... y le preguntaré qué escondió dentro de esta alcantarilla.

Capítulo 12

Mason se sentó al otro lado de la reja divisoria, contemplando el inquieto rostro de su cliente.

—¿Qué es lo que les ha contado?

—Nada —repuso Dutton—. Me mostré muy enojado por la forma como me habían arrestado en Ensenada, como si la policía me hubiese secuestrado; dije que como ciudadano norteamericano me hallaba muy indignado y pretendí estar demasiado alborotado para querer ayudarles en lo más mínimo.

—De acuerdo, no está mal —concedió Mason—. Lo malo es que no ha engañado a nadie. ¿Sabe qué tienen contra usted?

—No.

—Tienen algo. Bien, supongamos que ahora me cuenta usted a mí toda la verdad.

—Quería contársela a ellos —le explicó Dutton—, pero me atuve a sus instrucciones porque es usted mi abogado. De haberlo contado todo, a estas horas ya estaría en libertad.

—¿Lo cree así? —se maravilló Mason.

—Seguro. No tienen nada contra mí.

—Bien, cuénteme su historia —insistió Mason—, y según como yo lo vea le permitiré que la repita a la policía y al fiscal.

—No hay mucho que contar.

—¿Conocía al muerto?

—Hablé con él por teléfono. Si se trata de Rodger Palmer.

—¿Qué sabe de él?

—Poca cosa, pero me tenía en una posición muy... peculiar.

—¿Extorsión?

—No exactamente. Palmer estaba metido en un tortuoso ataque a la dirección de la *Steer Ridge Oil and Refining Company*. Quería

echar a la junta actual y formar una nueva.

—¿Usted estaba enterado de este proyecto?

—Sí... él me lo contó.

—Adelante —le animó Mason—. ¿Cómo fue todo?

—Bueno... Palmer sabía que Desere Ellis poseía una gran cantidad de acciones de dicha compañía. Al menos, creía que la joven las tenía. Estaba enterado de que Templeton Ellis las había adquirido y que formaban parte del fideicomiso.

—¿Y bien?

—Fue a ver a la señorita Ellis y trató de que la muchacha le otorgase un poder. Pero Desere se negó a ello alegando que las acciones estaban bajo mi tutela como fideicomisario. Por tanto, Palmer le rogó que escribiese una carta, dándome orden de otorgarle a él un poder.

—¿Qué hizo ella?

—Me escribió.

—¿Y luego? —los ojos de Perry Mason mostraban su interés.

—Luego, naturalmente, me vi perdido —reconoció Dutton—. No tenía las acciones. Ni quería que ella lo supiera. Esto la habría impulsado a pedirme un estado de cuentas. Por lo tanto, no quería decirle a Palmer que las acciones estaban vendidas.

—Esto fue en la época en que las acciones de esa compañía estaban de baja, ¿verdad?

—Sí. Poco antes de descubrir el nuevo pozo. Palmer, con el poder de un accionista, hubiese podido hacerse con el mando de esta compañía.

—¿Y usted qué hizo?

—Le comuniqué que necesitaba saber algo más de sus planes antes de poder honrar la carta de Desere. Insistió en verme y yo me negué a concederle una entrevista. Entonces, jugó su as de corazones. Me dijo que tenía que contarme algo respecto a Fred Hedley, y que ello eliminaría a éste del cuadro en lo que respectaba a Desere Ellis. Añadió que necesitaba dinero para sufragar su campaña contra la dirección de la compañía y que si yo le entregaba cinco mil dólares en billetes de cincuenta, él me contaría ciertos hechos que pondrían a Hedley fuera de la circulación.

Mason contempló a su cliente con escepticismo.

—¿Y además del dinero quería el poder?

—Sí.

—¿Era, pues, una extorsión?

—Tal vez esa palabra sea un poco fuerte. Sin embargo, yo habría hecho «cualquier cosa» por impedir que Desere se casara con Hedley.

—¿Y respecto al poder?

—Esto es lo más extraño e increíble —admitió Dutton—. Cuando me hizo la oferta, decidí hacerle caso. Conque compré veinte mil acciones de la *Steer Ridge Oil* a mi nombre. Las conseguí entre diez y quince centavos cada una. Y pensé dejarle creer a Palmer que se trataba de las primitivas acciones del fideicomiso. Luego, al cabo de un par de días se descubrió el nuevo pozo y las acciones comenzaron a ponerse por las nubes.

—¿Y las acciones están a su nombre, no al del depósito?

—Exacto.

—¿No posee usted cartas de Palmer, nada que apoye esta historia?

—No.

Mason sacudió apenadamente la cabeza.

—Cuéntelo todo esto a un jurado, añadalo a su manejo de los fondos del depósito y le crucificarán.

—¡Pero yo hice lo que juzgué más acertado!

—¿Para quién, para usted o para Desere?

—Para todos.

Mason volvió a repetir el mismo gesto de pesar.

—Un jurado opinará que usted vendió las acciones de la *Steer Ridge Oil* del depósito; que luego alguien le avisó respecto al hallazgo del nuevo yacimiento y que usted se aprovechó de este aviso en beneficio suyo, que Palmer lo averiguó y que se dedicó a extorsionarle a usted.

—No se me había ocurrido esto —admitió Dutton, alicaído.

—Pues empiece a pensar en ello desde ahora.

—¡Dios del cielo! Todo lo que hice puede prestarse a una mala interpretación —exclamó el financiero.

—Exactamente.

—Ni siquiera usted me cree —se dolió el joven.

—Lo intento —afirmó Mason, añadiendo acto seguido—: Al menos, esto forma parte de mi deber. Un jurado no tiene por qué intentarlo.

Se produjo un silencio, que al final rompió Mason.

—De forma que usted concertó una cita con Palmer en aquel lugar, que no era particularmente conveniente para pagarle una cantidad a un extorsionista, tal vez, pero sí para cometer un crimen.

—Él fue quien eligió el sitio —se defendió Dutton.

—Lástima que no viva ahora para poder convencer al jurado —se burló Mason. Luego exclamó—: ¿Por qué demonios consintió usted en ir a verle allí?

—Insistió en ello.

—¿Por qué?

—No me lo dijo, pero supuse que deseaba rodearse del mayor secreto. No quería que nadie se enterase de sus intentos por conseguir un poder para controlar la compañía petrolera. Deseaba estar firmemente montado sobre el caballo antes de dejarse ver al descubierto. Y parecía temer que alguien supiese que iba a proporcionarme aquella información.

—De acuerdo, usted accedió a verle allí —puntualizó Mason.

—Sí.

—Ah, para su información —le explicó el abogado—, la policía tiene una cinta con la conversación de usted en la cabina telefónica. La que sostuvo usted con Palmer. Usted...

El abogado calló ante la estupefacción demostrada por su interlocutor al otro lado de la divisoria.

—¿Cómo diablos pudo nadie grabar una cinta de aquella conversación?

Mason contempló a su cliente con los ojos entornados.

—Esto parece desagradarle un poco, ¿eh?

—Claro que sí. Enormemente. Elegí aquella cabina al azar y... Espere un poco. Había un tipo merodeando por allí. Pretendió que quería telefonear...

—Eso es —le atajó Mason—. Plantó un magnetófono fuera de la cabina. Creí que usted ya lo sabía.

Dutton cerró los párpados y volvió a abrirlos al cabo de un instante.

—Grabó la conversación en la cabina pero no derivó la línea, ¿eh? —preguntó.

—No. Una derivación es algo ilegal.

—Ya, de manera que sólo grabó mi parte de conversación.

—Exacto.

—Conque sólo lo que yo dije, ¿verdad?

—Sí, pero lo que usted dijo resulta bastante comprometedor. Accedió a ir al club Barclay y encontrarse con alguien en el séptimo hoyo.

—Sí, es cierto —recordó Dutton, lentamente—, y ahora la policía posee la cinta, ¿no?

—Efectivamente.

Dutton se encogió de hombros, desvalidamente.

—Bueno, Dutton, ya ha tenido usted tiempo de meditar en todos los ángulos del caso —observó Mason—. Y para urdir un bonito cuento. Supongo que también sospecha lo que la policía tiene contra usted. Por tanto, ¿por qué no me da todos los hechos? Los verdaderos.

—Bien, ese tipo estaba muerto cuando llegué allí —confesó Dutton.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en el club?

—¡Demasiado!

—¿Por qué?

—Yo poseía una llave de entrada. Todos los miembros tenemos una. Palmer lo sabía. Él le pidió una prestada a un amigo, porque no era miembro del club. Bien, entré, crucé el edificio y salí al prado, dirigiéndome al séptimo hoyo. Éste se halla a unos cien metros de la casa. Mientras iba andando no dejé de pensar que estaba cometiendo una tontería. Que aquélla no era forma de ir al encuentro de un individuo y llevar a cabo una charla de negocios o una transacción bursátil.

—Esto tendrá que repetirlo —observó Mason con sequedad.

—¿Qué quiere decir?

—Si contármelo a mí le azara, imagínese lo que sentirá cuando tenga que declararlo ante doce jurados más estirados que un palo, completamente escépticos respecto a sus palabras, y ser luego contrainterrogado por un sarcástico fiscal, sumamente despiadado.

Hubo un largo silencio.

—Bueno, siga —le instó el abogado.

—Me quedé cerca del séptimo hoyo —continuó Dutton—, esperando que Palmer se dejase ver. Naturalmente, yo miraba al cielo, creyendo que le vería siluetado contra la difusa claridad procedente de las luces de la ciudad. Pero al cabo de unos diez minutos empecé a dar una vuelta hasta que distinguí algo oscuro en el suelo. Al principio, lo tomé por una sombra. Me acerqué y mi pie tropezó con algo sólido.

Dutton calló en seco.

—¿El cuerpo de Palmer? —le sugirió Mason.

—El cuerpo de Palmer.

—¿Qué hizo usted?

—Me asusté. Estuve a punto de echar a correr hacia la calle, meterme en el coche y huir de allí.

—¿No llevaba ninguna linterna? —le preguntó Mason.

Dutton titubeó un par de segundos antes de contestar:

—No.

—¿Anduvo usted por entre los hoyos a oscuras?

—Sí. Una linterna podía haber atraído la atención del vigilante nocturno. Su obligación es vigilar las taquillas y no el prado, pero una linterna le habría extrañado.

—¿Entonces, es ésta su historia?

—Sí.

—¿Y se aferrará a ella?

—Absolutamente, porque es la verdad.

Mason contempló al prisionero pensativamente.

—¿Bien...? —preguntó al cabo Dutton, con cierta vacilación.

—¿Y la pistola? —inquirió Mason.

—¿Qué pistola?

—La de la alcantarilla, la que usted escondió.

Dutton abrió desmesuradamente los ojos.

—Vamos —insistió Mason—. ¿Qué hay de la pistola que usted escondió allí?

—¡Está usted loco!

—Mire, será mejor que dejemos de querer engañarnos mutuamente... o usted a mí —le espetó Mason, encolerizado—. La

policía la encontró. Y tienen bastantes pruebas contra usted como para conseguir una sentencia por asesinato. Por esto sé que poseen la pistola... y que ésta lleva hasta usted. Los criminales siempre consideran una alcantarilla como el lugar ideal para arrojar los objetos que pueden acusarles. Y los arrojan a tales sitios con increíble regularidad. Por tanto, cuando la policía se enfrenta a un asesinato, lo primero que hace es investigar en todas las alcantarillas que hay cerca del escenario del crimen. Y ahora estoy completamente seguro de que usted detuvo el coche junto a una alcantarilla y arrojó dentro el arma del crimen y algunas otras pruebas comprometedoras para usted.

—¿Y... y la policía tiene la pistola? —preguntó Dutton, con la voz y el rostro demudados.

—Sí.

—Entonces, usted ya no puede hacer nada —confesó Dutton, completamente abatido—, excepto dejar que yo me declare culpable y me ponga a merced del tribunal.

—¿Le mató usted?

—¡No, no le maté! —gritó Dutton—. Pero... —añadió, más débilmente— hallé una pistola al lado del cadáver. La recogí y cuando llegué al coche la examiné a la luz de la linterna. Entonces vi que se trataba de «mi» pistola.

—¿Llevaba usted una linterna en el coche?

—Bueno, quise decir a la luz del tablero.

—Se está usted metiendo en el mayor lío en que puede meterse un ser humano —observó Mason.

—¿Cuál? ¿Ser procesado por asesinato?

—No, mentirle a su abogado.

—¡Yo no miento!

—No sea tonto —refunfuñó el abogado—. Un detective le estaba vigilando a usted cuando salió del club. Usted saltó a su coche y se alejó de allí a toda velocidad. Recorrió unos dos kilómetros, pasó por delante de una alcantarilla, frenó de tal modo que todavía se ven allí las señales de los neumáticos, descendió del coche y arrojó la pistola a la alcantarilla, volvió a subir al auto y continuó la carrera desenfrenada hasta la frontera.

Y usted no encendió la luz del tablero del coche, ni utilizó

ninguna linterna.

—¿Un detective me espiaba?

—Sí.

—¿Entonces por qué no me arrestó?

—Era un detective privado y no sabía que en el club acababa usted de encontrar un cadáver... si ésta es la verdad...

—Está bien —observó Dutton—, usted ya me ha condenado en su interior y...

—¡Yo no le he condenado a usted! —tronó Mason—. Sólo le sugiero que es mejor que le diga toda la verdad a su abogado. ¿Cómo supo que era su pistola?

—La examiné en el prado.

—Entonces debió tener alguna luz. ¿Qué hizo, encendió una cerilla?

—Llevaba una linterna muy pequeña en la chaqueta. Una linterna de pilas muy pequeña. Da muy poca luz.

—¿Entonces tenía usted un medio de ver a su alrededor cuando llegó al séptimo hoyo?

—Sí, pero no la encendí entonces.

—¿Por qué?

—No tenía por qué encenderla.

—¿Y cuando descubrió el cadáver?

—Entonces, sí.

—Me extrañaba la manera cómo había identificado usted a Palmer y la pistola —confesó Mason.

—Bueno, fue así: llevaba una linterna.

—Y tan pronto como reconoció usted la pistola como suya, se la metió en el bolsillo y echó a correr hacia su coche.

—Sí.

—No creo que sea usted un maldito idiota, Dutton —le esperó Mason con sarcasmo—. Creo que está protegiendo a alguien.

—¿Protegiendo a alguien? —repitió Dutton.

—Eso mismo.

—Estoy tratando de protegerme a mí mismo.

—Con esta historia es imposible.

—Pues es la única que tengo.

Mason consultó su reloj.

—Tengo varias cosas que hacer. Pero le diré algo: si cuenta usted esta historia en el estrado de los testigos, obtendrá una sentencia por asesinato.

—¿Por qué? ¡Es la verdad!

—Tal vez lo sea —le concedió Mason—, pero de todos modos «no es toda la verdad». Usted está ocultando algunos incidentes que podrían hacer más convincente lo que cuenta. Oculta cosas que piensa podrían perjudicarlo. Diantre, ignoro lo que está haciendo, pero mi instinto de abogado me dice que cuando sufra el contrainterrogatorio por parte del fiscal, se verá en un buen apuro.

—Ningún fiscal que me interroge podrá confundirme si digo la verdad —replicó Dutton.

—Exactamente. Por esto creo que se verá usted confundido.

—Bien, pruébelo —le invitó Dutton—. Interrógueme usted.

—Muy bien —Mason aceptó el reto con sarcasmo—. Ahora yo soy el fiscal. Conteste a mis preguntas. Se supone que usted está en la silla de los testigos.

—Adelante.

—¿Tenía usted la linterna en su bolsillo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... Bien, porque pensé que tal vez tendría que usarla.

—¿Con qué propósito?

—Para identificar al individuo que me esperaba allí.

—¿Le conocía usted?

—Yo... Bueno, había hablado con él por teléfono.

—Oh... —se mofó el abogado—, de manera que quería usar la linterna para identificar una voz, ¿verdad?

—Yo... preferí llevar una linterna conmigo. Tal vez podría hacerme falta.

—Y le hizo falta, ¿no es cierto? —replicó Mason, sarcásticamente—. Le ayudó a identificar el cadáver, para asegurarse de que estaba completamente muerto. Le ayudó a registrarlo, a cortarle todas las etiquetas de sus ropas, y a no dejar nada que pudiera permitir su identificación.

—Yo no dije que me cerciorase de su muerte.

—¿Entonces no le tomó el pulso?

—No.

—En otras palabras, aquel hombre podía haber estado simplemente herido o desmayado, y usted se marchó como ciego a Ensenada, dejando detrás a un probable moribundo en el campo de golf.

—Estaba seguro de que había muerto.

—¿Cómo?

—Pues... le habían disparado un tiro.

—¿Cómo lo sabía?

—Allí estaba la pistola.

—¿La encontró usted con ayuda de la linterna?

—Sí.

—¿Y comprendió que era su pistola tan pronto la vio?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Comprobó la numeración?

—No... La reconocí.

—¿Por qué la reconoció?

—Por el tamaño, por la forma...

—¿Era un revólver *Smith and Wesson*, del calibre treinta y ocho, de cañón corto?

—Sí.

—¿Con alguna marca distintiva?

—Pues... Comprendí que era mi pistola, esto es todo.

—Ciertamente —añadió Mason—, comprendió usted que era su pistola porque la llevaba usted en el bolsillo cuando salió al campo de golf. Sabía que era su pistola porque la cargó e intentaba matar con ella al individuo que le estaba haciendo objeto de una extorsión. Sabía que era su pistola y sabía que podían cogerle con ella en su poder. Por tanto, detuvo el coche delante de la primera alcantarilla que divisó y la arrojó allí esperando que jamás la descubriesen.

Dutton gimió ante aquella andanada del abogado. Éste se puso de pie.

—Está bien. Aquí tiene una débil muestra de lo que tendrá usted que soportar. Hamilton Burger puede ser un demonio cuando efectúa un contrainterrogatorio. Medítelo, Dutton. Y si decide cambiar su historia, avíseme.

—¿Por qué? ¿Qué piensa hacer? —se aturdió Dutton—. ¿Abandonar el caso? ¿Quiere que me declare culpable?

—¿Lo es usted?

—¡No!

—Jamás he permitido que un cliente se declare culpable, si no lo es —le confirmó Mason—. No creo en ello. Prefiero procurar averiguar la verdad.

—¿Piensa que se la he dicho?

—No —Mason se mostró muy preciso—, pero sigo sin creer que sea usted un asesino. Creo, eso sí, que es usted un maldito embustero. Y espero que haya mejorado mucho cuando suba al estrado a declarar... o que su historia sea bastante diferente.

Y tras estas palabras, Mason le hizo una seña al carcelero que se hallaba cerca de la puerta.

El abogado salió, y la enrejada puerta se cerró a sus espaldas.

Capítulo 13

—Oh, señor Mason —exclamó Desere Ellis—, me alegra tanto verle... ¿No es esto demasiado terrible?

—Estos asuntos siempre parecen más oscuros al principio —la consoló Mason—; después van saliendo diversos hechos a la luz y todo parece mejor. ¿Quería hablar conmigo?

—Oh, sí... No sabía cómo ponerme en contacto con usted —repuso la muchacha—. Dígame, ¿cómo va el caso contra Kerry? ¿Está muy mal la cosa? Lo único que sé es que lo han arrestado.

—Esto es algo que no puedo decirle —contestó Mason—. Yo soy el abogado de Kerry, quiero que me entienda. Estoy aquí sólo en calidad de representante suyo, y de nadie más. Dutton, compréndame, puede ser su representante, señorita Ellis, o su tutor, si lo prefiere, pero esto no significa que yo la represente a usted. Todo mi interés en este caso es proteger a Kerry Dutton de las acusaciones proferidas contra él y conseguir una absolución, si es posible. ¿Lo entiende?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces, hablemos.

—¿No quiere sentarse? —le preguntó la joven, indicando un cómodo sillón.

—Gracias —Mason se dejó caer en el mullido asiento.

—¿Quiere beber algo?

—No —sonrió Mason—. Estoy cumpliendo con mi deber y en tales momentos prefiero no beber. Y ahora... hábleme de la pistola de Dutton.

—¡La pistola de Dutton!

—Exacto.

Había pánico en las pupilas de Desere Ellis cuando preguntó:

—¿Qué quiere saber?

—¿Se la prestó a usted?

—Pues... pues sí.

—¿Dónde está?

—En un cajón de mi dormitorio.

—Vayamos a buscarla.

—Ahora mismo se la traeré.

—Si le es igual, prefiero ir con usted —insistió Mason.

—¿Por qué?

—Digamos que para ver qué tal actriz es usted.

—¿A qué se refiere? —se encolerizó ella, encendidas las mejillas.

—Si me está diciendo la verdad creo que podré descubrirlo —le explicó el abogado—, de lo contrario, también. Y ello puede suponer una gran diferencia.

—¿En qué sentido?

—Primero busquemos la pistola y luego se lo diré.

—Está bien —se conformó ella—, venga conmigo.

Recorrieron un pasillo y la joven abrió la puerta de un dormitorio típicamente femenino. Fue hacia el tocador, abrió el cajón superior y de pronto retrocedió con una mano sobre el pecho.

—¡No... no está aquí!

—Me lo figuraba —observó Mason con sequedad—. La pistola se empleó para matar a Rodger Palmer. Y ahora, tal vez se sirva decirme qué ocurrió.

—No... no lo sé —tartamudeó ella—. Yo... yo... No puedo imaginármelo. Habría jurado que la pistola estaba aquí.

—Esto es exactamente lo que quería oírle decir —Mason estrechó mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Jurar que la pistola está ahí.

—¿Pero... pero qué ha sido de ella?

—Alguien la cogió —razonó Mason—. A menos que fuese usted quien la usó.

—¿Qué quiere decir?

—¿Estuvo usted, por alguna casualidad, en el club Barclay la noche del crimen? —le preguntó el abogado.

—No, ¿por qué?

—¿Es usted miembro del club?

—Sí.

—Y como tal posee una llave, ¿verdad?

—Caramba, claro que sí. Tiene que estar por alguna parte. Espere un momento, estaba en el cajón, junto con la pistola.

—¿Ha dicho «estaba»? —el cuerpo de Mason se puso en tensión.

—Si desea más tecnicismo en mis expresiones, está en el cajón.

—Compruébelo, por favor.

La joven rebuscó por el cajón y al final, triunfante, exhibió una llave.

—De acuerdo —suspiró Mason—. Y ahora dígame la verdad: ¿existe la menor posibilidad de que la noche pasada, usted cogiese esta llave y la pistola, se marchase al club de golf Barclay, se reuniera con Rodger Palmer junto al séptimo hoyo, sostuviera con él una discusión respecto a una extorsión y le disparase un tiro?

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—No lo creo. Sólo pregunto si fue esto lo que sucedió.

—¡No!

—Existe la posibilidad, en realidad, casi la certeza —le explicó Mason—, de que quien asesinó a Palmer se sirviera de la pistola de Dutton. Bien, a juzgar por lo que usted sabe, la pistola estuvo en este cajón hasta el día del crimen, ¿verdad?

La joven estaba mirando al abogado con el rostro pálido por la emoción.

—Claro que sí... Sólo... sólo que alguien debió cogerla, porque ha desaparecido.

—¿Y no sabe quién la cogió?

La frente de la muchacha se frunció en un esfuerzo de concentración mental.

—Hace dos días la vi en el cajón... tal vez hace tres días. Estaba limpiando uno de los otros cajones y quise colocar unas cosas en éste. Pero no me gustaba guardar muchos objetos al lado de una pistola. Recuerdo que abrí el cajón y allí estaba el arma.

—¿Y no volvió a abrir después el cajón?

—Caramba, señor Mason, no lo sé. Déjeme pensar. Entro aquí muchas veces al día. Es mi dormitorio, ¿entiende? Y guardo muchas cosas en los cajones. Los abro... los cierro... Bien, le digo lo que voy

recordando.

—Está bien —la calmó Mason—. Usted recuerda que la pistola estaba ahí hace dos días. O tres. Recuerde que usted «pensó» que seguía ahí cuando le pregunté por ella. Esto tendrá que jurarlo.

—¿Y es seguro que a Palmer lo mataron con la pistola de Kerry?

—Aparentemente, sí. Lo mataron durante la noche del veintiuno.

—¿No pueden... no pueden fijar la hora con más certidumbre?

—Tal vez un poco más —repuso Mason—, pero la policía afirma que el hecho se produjo entre las nueve y media y las dos y media, porque fue durante este plazo de tiempo que Kerry Dutton estuvo en el club.

—¿Estuvo allí?

—Sí.

La muchacha guardó un pensativo silencio.

—Bien —continuó Mason—, existe la posibilidad de que Kerry Dutton estuviera aquí. ¿Pudo haber penetrado en este dormitorio y apoderarse de nuevo de su pistola?

Desere Ellis movió la cabeza enfáticamente.

—Reflexione. ¿Ve usted a Kerry Dutton de cuando en cuando?

—La mayoría de las veces hablamos por teléfono... Parece evitar un poco mi presencia.

—¿No estuvo aquí durante los dos últimos días, en cualquier momento, antes de la noche en que sostuvo su pelea con Fred Hedley?

—No.

—¿Está segura?

—Completamente. Él... bueno, jamás viene a verme. Se siente terriblemente humillado.

—Vayamos ahora a la noche de la pelea, o sea la del crimen. ¿Estuvo en este dormitorio en algún momento antes de la pelea?

—No antes de que empezara, pero después los dos estuvieron por todas partes.

—¿Qué sucedió?

—Fred vino a verme. Estaba exaltado. Quería casarse conmigo y emplear todas las acciones de la *Steer Ridge Oil* en llevar a cabo su proyecto.

—¿Y usted qué le contestó?

—Que tenía que meditarlo.

—¿Y entonces...?

—Entonces se marchó, y muy poco después llegó Kerry.

—¿Qué quería?

—Hablar conmigo en privado.

—¿Le dejó entrar?

—Naturalmente.

—¿Cuál era la situación entre ustedes? ¿Cordial o había cierta tirantez?

—Yo trataba de mostrarme cordial, pero Kerry estaba profundamente resentido conmigo. Bien, le pregunté de qué se trataba y por qué había intentado esquivarme durante las últimas semanas. Rehuyó mi pregunta y en cambio repitió que tenía que comunicarme algo muy importante, y que le resultaba muy difícil decírmelo. Pensé que deseaba repetirme cuánto me amaba y pedirme que me casara con él.

—Y usted se adelantó y le manifestó que este tema le desagradaba sobremanera, que se consideraba su hermana menor, y que si él se conformaba con esto podían seguir siendo buenos amigos, ¿verdad? —la interrumpió Mason.

La joven elevó su mirada hasta los ojos del abogado y volvió a desviarla.

—Me hubiese mordido la lengua antes de contestarle esto.

—¿Por qué? ¿Había cambiado de manera de pensar?

—Sinceramente, señor Mason, no lo sé. Pero ahora noto cierta diferencia en Kerry.

—Está bien, volvamos a la noche que interesa, la del veintiuno —insistió Mason—. ¿Qué sucedió? ¿Le preguntó a Kerry Dutton por qué estaba tan distanciado de usted?

—Bueno, yo... me alegré de verle pero tuve la impresión de que había estado aguardando en la calle a que saliera Fred de aquí, cosa que, no sé por qué, no me gustó.

—¿Y después?

—O Fred se olvidó algo o sabía que Kerry acababa de subir, no lo sé. Pero en el mismo momento en que Kerry iba a contarme aquello tan importante según él, y que no quería que se lo repitiese

ni a Fred ni a su madre, entonces...

—¿Entonces...? —la apremió Mason, al ver que la muchacha vacilaba.

—Entonces, de repente, oí la voz de Fred. Acababa de entrar sin llamar. Simplemente, abrió la puerta, que debía haber quedado entornada.

—¿Así que oyó usted su voz?

—Sí, y comenzó a proferir maldiciones contra Kerry, que eran los seres mezquinos como él los que dirigían el mundo, que los auténticos pensadores no tenían la menor oportunidad...

—¿Qué más?

—Entonces Kerry se levantó, le ordenó que se callara y se largase porque tenía que hablar conmigo y que lo que tenía que decirme era completamente en privado.

—Continúe —la animó el abogado.

—Fred pareció a punto de estallar. Usualmente se muestra frío y esconde sus emociones bajo una falsa calma despreciativa. Pero esta vez pareció volverse loco. Gritó: «¡Maldito granuja!», y atacó a Kerry.

—¿Le pegó?

—No puedo decirle qué sucedió, exactamente. En mi vida había visto a un hombre tan veloz como Kerry. Parecía estar en todas partes, dentro y fuera, esquivando los puñetazos de Fred y golpeándole con todas sus fuerzas. Entonces, Fred corrió hacia mi dormitorio, y Kerry le siguió. Fred chillaba, y una mujer del apartamento contiguo comenzó a llamar a voces a la policía. En conjunto, el alboroto era espantoso, y en el dormitorio rompieron un mueble.

—¿Cuál?

—La mesita de noche, supongo que al caer uno de los dos contra ella; alguien, asimismo, abrió un cajón... no aquél en que estaba la pistola, sino uno de más abajo, donde yo guardo mi ropa interior.

—¿Y después?

—Después, Kerry lo puso fuera de combate. Fred cayó al suelo, y Kerry corrió hacia mí. Me dijo: «Lo siento mucho, Desere. Te veré más tarde». Mientras ellos estaban luchando en el dormitorio, yo telefoneé a la policía, y sólo unos instantes después de marcharse

Kerry, y mientras Fred estaba volviendo en sí, llegaron los agentes y me hicieron un montón de preguntas sobre lo ocurrido. Fred les contó un cuento. Una sarta de mentiras, señor Mason. Sí, mintió en bastantes cosas. Y cuando le oí mentir con tanto descaro mi opinión de él descendió notablemente, se lo aseguro.

—¿Le creyeron?

—Al principio, creo que sí. Pero después le pidieron que describiese a Kerry, y al oírle mencionar la estatura, el peso y la edad de aquél, y ver a Fred con su metro ochenta y sus poderosas espaldas, uno de los agentes le espetó: «¡Amiguito, no le hubiera ocurrido nada de haber acertado el primer golpe!». Fred, entonces cayó en la trampa, y contestó: «Tiene razón. Pero ese canalla esquivó mi gancho y me golpeó en el estómago con tanta fuerza que me cortó la respiración. Después, comenzó a golpearme mientras ya estaba como paralizado por su puñetazo al plexo solar». El agente se echó a reír y exclamó: «¿De manera que usted inició la pelea, eh? Acaba usted de decir que lanzó usted el primer puñetazo».

—¿Qué más?

—Los agentes le dijeron que se marchase y se negaron a extender una orden de arresto contra Kerry.

—Bien —dijo Mason, tras una pausa—, ahora hableme un poco más de lo que quería Hedley de usted.

—Pues quería una dotación para su centro del arte, su fundación, como él la llama.

—¿Es una galería de arte, una escuela, o qué? —quiso precisar el abogado.

—Oh, varía de tiempo en tiempo. Es más bien una idea nebulosa. Y sin embargo, en cierto sentido, no lo es tanto. Lo que desea es animar a los artistas jóvenes a crear una nueva escuela.

—¿Una nueva escuela?

—Sí, algo semejante a un arte más moderno. Un arte que linde en la encrucijada de la escuela modernista y la escuela primitiva, una especie de arte interpretativo.

—¿Es muy definido en la idea de lo que desea?

—Sí, respecto a lo que desea, pero no en la forma de conseguirlo. Principalmente, opina que el arte está en decadencia; que la fotografía en color ha hecho que el arte pictórico, en su

sentido convencional, sea una cosa anticuada; que la escuela modernista, a veces, carece de asuntos adecuados. Y lo que quiere es formar artistas que pinten las cosas tal como él las ve, estilo retratos.

—¿Pinta él?

—Sólo algunos bocetos para ilustrar su técnica.

—¿Tiene usted algunos de sus bocetos?

—Aquí no... Bueno, le gustan los retratos. Anima a los estudiantes para que los hagan con exageración en los rasgos faciales. Si usted va a un pintor de retratos convencional, le suavizará algunas líneas, favoreciéndole... Bien, a Hedley esto no le gusta. Quiere que se haga precisamente al revés. Que se pongan bien de manifiesto los rasgos predominantes. Sus cuadros tienen que ser algo semejantes a los dibujos animados. Según dice, hay que pintar el carácter y no la carne.

—¿Y quiere que usted aporte una dote a esta nueva escuela?

—Sí, a fin de estimular a los jóvenes artistas.

—¿Cree que podría vender muchos cuadros de esta especie?

—¿Quién sabe? Cuando se pusiesen de moda, seguramente sí. Por esto necesita dinero, para empezar. Bien, al principio, probablemente pocas personas querrían posar para esta clase de retratos... hasta que la cosa se pusiera de moda.

—Sí, entiendo —afirmó Perry Mason.

—Primero se dedicaría a personajes de importancia que sacaría de los periódicos —continuó explicando ella—. De las caricaturas, tal vez, pero lo suyo no serían caricaturas, sino algo más definido, más profundo.

—¿Posee mucha habilidad en su técnica?

—No mucha, pero espera superarse. Realmente, señor Mason, no sé por qué me interroga respecto a Fred.

—Porque estoy tratando de establecer algunos hechos de la manera más clara posible. Bien, cuando Hedley habla de conseguir una cantidad, se refiere a poder prestar ayuda financiera a algunos jóvenes artistas que no pueden dedicarse al arte por falta de medios, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Y es él, también, un artista de afición que no tiene medios de

subsistencia?

—Bueno, él sería el fundador de una nueva escuela de arte.

—¿E intentaría financiarse, naturalmente, a sí mismo?

—Dijo que sería infiel a su arte si no lo hiciera.

—¿Con el dinero de usted?

—Claro. ¿Con qué otro, si no?

—Esta es una buena pregunta —observó Mason.

—Claro que Fred desprecia a los que se aprovechan del dinero.

—Oh, claro, claro... Bien, la policía la interrogará a usted, señorita Ellis.

—¡Pero es que yo no entiendo cómo pudo ocurrir! Me refiero a la desaparición de la pistola de Kerry.

—Mi cliente tuvo muchas oportunidades de cogerla —replicó Mason—, pero si tenemos que salvarle, deberemos descubrir cómo sucedió. A menos, claro está, que fuese Dutton quien matase a Palmer.

—¿Lo cree usted posible, señor Mason? —preguntóle angustiada la joven.

—Es mi cliente —respondió el abogado con una sonrisa forzada. Y tras una pausa añadió—: Muchas gracias por su sinceridad, señorita Ellis.

Capítulo 14

Paul Drake se acomodó en el despacho de Mason con un cuaderno sobre las rodillas.

—Nuestros hombres han realizado una buena labor, pero no hay nada que pueda ayudarnos.

—Adelante —asintió Mason—, dame todos los hechos.

—Rodger Palmer era un ferviente adicto de la *Steer Ridge Oil*, pero odiaba a Jarvis Reader, el director de la compañía. No sé si lo habrás observado o no, Perry, pero hay muchas semejanzas en el aspecto de ambos hombres. Reader tal vez sea unos años más joven, pero los dos están locos por el petróleo, han trabajado rudamente, y tienen creencias en direcciones opuestas, aunque ambos están en favor de la acción directa. Palmer creía en el desarrollo de una compañía que poseyera una firme base, y Jarvis Reader es más bien un iluso. Quiere dar el gran golpe, subir como la espuma. Su dinero lo consiguió, no operando con yacimientos de petróleo, sino vendiendo acciones, y pagándose a sí mismo un fantástico sueldo. Siempre estaba adquiriendo nuevos terrenos. Naturalmente, con esta norma la compañía comenzó a bajar, pero por fin Jarvis Reader parece haberse salido con la suya con el nuevo pozo. Reader, en fin, gasta mucho, viste muy bien y se considera a sí mismo como un poderoso propietario, posee un bimotor y aparenta ser un gran personaje. Cuando Rodger Palmer abandonó la compañía, vivió como pudo, a veces en la más completa penuria. Estuvo en diversos hoteles de poca categoría. A veces, incluso en pensiones de mala nota. Una vez fue interrogado por la policía en relación con unos asesinatos cometidos mediante unas medias. Las víctimas eran prostitutas. Esto te dará idea de la clase de sitios donde vivía. Por fortuna, poseía una coartada para todas aquellas ocasiones... creo

que fueron dos. Precisamente, mientras se cometía uno de estos crímenes en una de las pensiones, él estaba hablando con el conserje. Bueno, no vestía muy bien y estaba bastante desacreditado entre los magnates del petróleo. Después comenzó a visitar a los accionistas de la *Steer Ridge Oil*, diciéndoles que estaban siendo estafados, y creo que esgrimió un par de argumentos bastante convincentes. Tengo entendido que un grupo de accionistas bastante poderoso le entregó dinero y un poder para que Palmer pudiera actuar. Bien, tú me preguntaste que averiguase si Fred Hedley pudo estar en las inmediaciones del club Barclay, o dentro del mismo, a la hora del crimen. No existe la menor posibilidad. Cuando estaba teniendo lugar el asesinato, Hedley se hallaba en una farmacia, donde la atendían las contusiones de la cara. Después del combate con Dutton tuvo que ponerse fuera de circulación unas horas. Encontró una farmacia de servicio nocturno y allí le curaron con desinfectantes y vendas.

—Está bien —suspiró Mason—. Mañana iremos al juicio y hasta ahora todo lo que hemos descubierto, no sólo no nos ayuda, sino que es munición que el fiscal podrá emplear contra nosotros.

—Y puedes estar rematadamente seguro de que la usará —convino Drake—. Tiene más probabilidades de ganar éste que otro cualquiera de los anteriores. Supongo que debe ya frotarse las manos por anticipado.

—Sí, Paul, por desdicha es así —asintió Mason—, pero te aseguro que defenderé el terreno palmo a palmo.

Capítulo 15

El juez Eduardo Alvarado inició la segunda sesión, diciendo:

—Caballeros, espero que hoy se pongan de acuerdo con la elección del jurado.

—No hay motivo en contra —afirmó Perry Mason.

—Las dudas residen del lado de la acusación —comentó el juez.

—La acusación está conforme.

Mason se puso de pie, sonrió y se inclinó:

—Que preste juramento el jurado. La defensa no tiene nada que objetar y está satisfecha con este jurado.

—Bien, no esperaba tanta amabilidad por su parte, caballeros —el juez sonrió, satisfecho—. Muchas gracias. Ahora, el secretario tomará juramento a los componentes del jurado y este tribunal efectuará un descanso de diez minutos.

Al final del mismo, el juez Alvarado hizo una señal hacia la mesa de la acusación, donde se hallaban Stevenson Bailey, ayudante del fiscal, y éste mismo, Hamilton Burger.

—Puede efectuar su presentación de los hechos, señor fiscal —le sugirió el juez.

Bailey se puso de pie.

—Diré ante todo a este tribunal, y a los señores miembros del jurado, que mi discurso será tal vez la declaración fiscal más breve que se haya hecho nunca en una sala. En su mayor parte, pienso dejar que los hechos hablen por sí mismos, pero como resultan un poco complicados, los reseñaré. El acusado, Kerry Dutton, era albacea de un fideicomiso creado por Templeton Ellis en favor de su hija, Desere Ellis. Según las cláusulas del testamento, el acusado, Dutton, tenía derecho a vender acciones si lo creía conveniente, a comprar otras, así como toda clase de valores, y a pasarle a la

beneficiaría una cantidad adecuada a sus necesidades. Bien, damas y caballeros, esta acusación espera poder demostrar que en los tres años y cuatro meses, casi cuatro años, que ha durado el fideicomiso —Bailey levantó cuatro dedos delante del jurado—, durante esos cuatro años, el acusado de este caso «no le entregó a la beneficiaría del fideicomiso ni un solo estado de cuentas».

Bailey efectuó una pausa dramática en beneficio del jurado.

—Además, damas y caballeros del jurado, nos proponemos demostrar que el acusado, Dutton, ha estado aprovechándose sistemáticamente del depósito, empleándolo para aumentar sus propios beneficios y amasando una fortuna independiente a su nombre, mediante inversiones y manipulaciones diversas... ¡pero que «jamás... jamás presentó un detallado estado de cuentas a la beneficiaría»!

Reinó un instante de silencio en la sala.

—Como parte de los valores del fideicomiso, había una gran cantidad de acciones de la *Steer Ridge Oil and Refining Company*. Estas acciones eran altamente especulativas. Primero, estaban en alza; después su valor bajó hasta sólo el nominal. Pero de repente fue descubierto un nuevo yacimiento petrolífero, y otra vez volvieron a subir asombrosamente. Bien, la acusación espera demostrar que Rodger Palmer, el difunto, tenía relaciones con los accionistas de la *Steer Ridge Oil and Refining Company*, y que había sido amigo de Templeton Ellis, padre de la beneficiaría. Esperamos asimismo probar que Rodger Palmer quería que el acusado le facilitase un poder capacitándole para tener voto en la *Steer Ridge Oil*. El acusado se negó a ello, ya que no podía hacer otra cosa puesto que había vendido las acciones de dicha compañía petrolífera. El difunto nada sabía de esta venta, pero podremos demostrar, al menos por deducción, que sí estaba enterado de la adquisición de una gran cantidad de acciones que el acusado hizo en nombre propio. El difunto, Rodger Palmer, amenazó al acusado con el escándalo a menos que le proporcionase un poder y la suma de cinco mil dólares con los que llevar adelante su plan contra la dirección actual de la compañía. Esperamos demostrar todo esto y también que Rodger Palmer tuvo una última cita con el acusado, aproximadamente, a las diez de la noche del veintiuno de

septiembre. He dicho una última cita porque el acusado acudió a la misma y entonces asesinó a Rodger Palmer. Este le había pedido cinco mil dólares como precio de su silencio. Y el acusado estaba dispuesto a pagar esta suma, por lo que retiró cinco mil dólares de su banco y los llevaba encima de su persona cuando fue arrestado. Pero el acusado comprendió que una extorsión no acaba nunca. Que la actitud de un extorsionista es cada vez más ambiciosa, más voraz, y por tanto, y tras cuidadosa reflexión, Kerry Dutton decidió que el asesino era su única salida. El asesinato, damas y caballeros, tuvo lugar en el séptimo hoyo del club de golf Barclay, y el cadáver no fue descubierto hasta la mañana siguiente. Por aquel entonces, el acusado había huido a Méjico, inscribiéndose en un motel bajo el nombre de Frank Kerry. Jamás conoceremos cuál era toda la extensión de la amenaza que Rodger Palmer mantenía suspendida sobre la cabeza del acusado, pero podemos suponerlo. La evidencia circunstancial proclama que el difunto le estaba extorsionando. Nos proponemos demostrar, además, que durante su huida a Méjico, el acusado se detuvo para arrojar el arma del crimen a una alcantarilla. Y ante la fuerza de estas pruebas, damas y caballeros del jurado, esperamos que ustedes pronuncien un veredicto de asesinato en primer grado. Muchas gracias.

Bailey saludó cortésmente y con majestuosa dignidad retrocedió hasta su mesa.

—¿Desea usted contestar a la acusación, señor defensor? —le preguntó el juez Alvarado a Perry Mason.

—La defensa prefiere diferir su contestación hasta más adelante —repuso Mason.

—Muy bien —decidió el juez—. Puede llamar a su primer testigo, señor fiscal.

La vista prosiguió.

Bailey citó al cirujano que efectuó la autopsia del cadáver de Rodger Palmer. La muerte había sido causada por un disparo de arma de fuego, en la frente, contra la sien derecha, estando el arma a no más de doce centímetros de distancia en el momento de la salida de la bala.

Preguntado sobre la hora de la muerte, fijó el tiempo de la misma entre las nueve y media y las dos y media de la noche, del

veintiuno al veintidós de septiembre.

—Contrainterrogatorio —le brindó Bailey a Mason.

—¿Pudo la muerte ocurrir a las nueve en punto, doctor? —preguntóle Mason al testigo, como al azar.

—Lo dudo.

—¿A las ocho y media?

—No lo creo.

—¿Pero pudo haber sido a las ocho y media?

—Es posible, pero no probable. La hora más temprana debo fijarla a las nueve y media.

—¿Pero es posible que la muerte ocurriese a las ocho y media?

—Sí, pero no probable. No se puede fijar la hora de una muerte con un cronómetro.

—Nada más, doctor, muchas gracias.

En rápida sucesión, Bailey llamó a varios testigos que declararon respecto al interés que Palmer sentía por la *Steer Ridge Oil Company*, a su amistad con Templeton Ellis, y al hecho de que, poco antes de su muerte, estuvo enfrascado en una campaña sorda a fin de conseguir poderes a su nombre para tener voto en la junta de accionistas de dicha compañía.

Mason se desembarazó de todos estos testigos con un «sin preguntas», cuando le llegó su turno de contrainterrogarlos.

El juez Alvarado contemplaba al abogado defensor con curiosidad, ya que resultaba evidente que Mason no deseaba emplear un contrainterrogatorio rutinario.

—¡Que se presente la señorita Desere Ellis al estrado! gritó Bailey, de manera casi melodramática.

La joven avanzó un poco cohibida, evitando posar sus ojos en Kerry Dutton.

Prestó juramento, se acomodó en el sillón de los testigos y se enfrentó con el fiscal como una mujer valerosa que sabe va a pasar un mal rato y desea no flaquear.

Bajo el hábil interrogatorio de Bailey relató la muerte de su padre, la lectura del testamento y las primeras conversaciones suyas con el acusado respecto al fideicomiso.

—¿Cuándo le entregó el primer estado de cuentas el acusado? —quiso saber Bailey.

—Nunca me entregó ninguno.

—¿Nunca... le entregó... un estado de cuentas? —repitió un asombrado Bailey.

—No, señor, ningún estado de cuentas formal.

—¿Entonces le entregó otros... «informales»?

—De cuando en cuando hablábamos de las acciones o valores que él había vendido, a fin de poder pasarme la mensualidad.

—¿Y se refirió alguna vez al depósito en sí?

—Una vez me dijo que había vendido casi todos los valores que mi padre me había dejado.

—Con lo cual, a usted le dio la impresión de que casi no quedarían fondos a la terminación del fideicomiso, ¿verdad?

—Sí, ésta fue la impresión que saqué.

—¿Le dijo alguna vez el acusado que había una gran suma de dinero en el depósito que él tendría que entregarle a usted, o a la que usted tendría derecho a la conclusión de la tutela?

La joven se movió, inquieta, en su asiento, comenzó a mirar a Kerry Dutton, y luego se arrepintió, desviando la mirada.

—No.

—¿Le explicó que había vendido las acciones de la *Steer Ridge Oil*, existentes en el depósito, a un dólar cada una, y que más tarde, había comprado otra cantidad de acciones de la misma compañía, «a su nombre», a diez y quince centavos cada una?

—No.

—¿Le dijo que efectuó esta compra sólo unos días antes de que las acciones de la *Steer Ridge Oil* subieran hasta las nubes?

—No.

—¿Le dijo que había obtenido ciertos informes, según los cuales, era fácil que se descubriese un nuevo yacimiento más rico que los demás?

—No.

—¿Tenía usted motivos para pensar que sus acciones de la tan mencionada *Steer Ridge Oil Company* habían sido vendidas?

—No.

—¿No se lo comunicó jamás el acusado?

—No.

Bailey se volvió hacia Perry Mason.

—Contrainterrogatorio.

Mason se levantó pausadamente y se acercó al estrado, cortésmente, deteniéndose a cinco pasos de la testigo y esperando hasta que ella levantó la mirada hacia él.

—¿Tenía usted la impresión de que el depósito estaría agotado—inquirió con voz suave— a la terminación de la tutela?

—Sí.

—¿Era ésa una impresión grabada en su mente?

—Sí.

—Bien —Mason levantó el índice izquierdo—, ahora, por favor, escuche y considere atentamente mi pregunta. ¿Está preparada?

—Sí, señor —la joven parecía hipnotizada por aquel índice.

Mason lo fue moviendo a medida que pronunciaba cada una de sus palabras.

—¿Sacó usted esta impresión por sí misma... «o le dijo el acusado claramente que el depósito estaría agotado al terminarse la tutela»?

—Yo... yo saqué esta impresión por mí misma.

—Ya lo sé —repuso Mason—, y es muy posible que el acusado también lo supiera, pero ¿lo que le estoy preguntando es «si el acusado le dijo con sus propias palabras» definitivamente, positivamente, que el depósito estaría agotado a la terminación de la tutela?

—No recuerdo que me dijese tal cosa.

—Nada más —concluyó Mason.

—Otra cuestión, como repregunta —salto Bailey—. ¿Le dijo positivamente alguna vez el acusado, señorita Ellis, que quedaría una gran suma de dinero a la terminación de la tutela?

—No.

—Nada más —terminó Bailey.

—Otra pregunta, por favor —pidió Mason—. Señorita Ellis, ¿le preguntó usted esto alguna vez al acusado?

—No, no recuerdo haberlo hecho.

—O sea, que usted dio la situación por sentada.

—Sí.

—Gracias, nada más.

Pero Bailey volvía a estar de pie.

—Otra pregunta más. ¿No es cierto que el acusado estaba enterado de su impresión respecto al agotamiento del depósito al final de la tutela?

—¡Protesto por ser una pregunta orientada para la testigo! —objetó Mason.

—Bien, bien, la formularé de otro modo —exclamó Bailey, exasperado—. ¿No es cierto que el acusado le dio a entender con sus palabras que él estaba enterado de que usted tenía la impresión de que a la terminación del fideicomiso a usted no le quedaría apenas nada?

—¡Protesto por ser también una pregunta orientadora para la testigo, conducente, capciosa y sugerente!

—Es un interrogatorio en repregunta —objetó Bailey.

—¡No me importa! —repuso Mason—. Un abogado no tiene derecho a orientar a su testigo ni en directo ni en las repreguntas. Además, esta pregunta exige una conclusión de la testigo respecto a lo que pensaba o dijo el acusado. La señorita Ellis sólo puede declarar las palabras exactas del acusado.

Bailey agitó las manos en un gesto de impotencia.

—Creo que el jurado comprende la situación. No quiero discutir con el señor defensor. Nada más, señorita Ellis.

—Nada más —sonrió Mason.

—¡Que se presente la señora Rosanna Hedley al estrado! —pidió Bailey.

La señora Hedley se presentó al estrado con una viga en la espalda, tanto era su arrogancia y envaramiento. No quería ser confundida por ningún abogado.

—¿Oyó usted una conversación entre Desere Ellis y el acusado en la que ella le preguntó cuál era la situación del depósito? —la interrogó Bailey.

—Sí, señor.

—¿Recuerda cuándo tuvo lugar dicha conversación?

—Lo recuerdo con toda exactitud. Fue el día cuatro de julio, mejor aún, la noche del cuatro de julio.

—¿Quiénes estaban presentes?

—Mi hijo; mejor dicho, lo había estado.

—¿Por su hijo se refiere usted a Fred Hedley?

—Exactamente —respondió ella—. Fred Hedley, el artista.

Bailey sonrió casi imperceptiblemente.

—Bien. ¿No estaba Fred presente en el momento de dicha conversación?

—No, había salido de la habitación.

—¿Entonces, quiénes eran los presentes?

—Sólo la señorita Ellis, el acusado y yo misma.

—¿Y qué dijo la señorita Ellis?

—Le preguntó al acusado en qué situación se hallaba el depósito y con qué podría contar.

—¿Y qué contestó el acusado respecto a esta pregunta?

—Que pensaba que el depósito duraría hasta la terminación de la tutela, y que podría seguir pasándole hasta entonces la asignación mensual de costumbre.

—¡Me opongo a la respuesta —Mason se puso de pie al instante—, ya que no responde a la pregunta, sino que es una conclusión de la testigo! La testigo debe repetir las exactas palabras empleadas por el acusado, al menos en cuanto logre recordarlas.

—Se admite la protesta. Se borrará esta respuesta. La testigo contestará a la pregunta con la máxima exactitud.

—¿Quiere decir con las mismas palabras, su señoría? —inquirió la señora Hedley.

—En cuanto le sea posible —le explicó el juez, con cierta amabilidad—. Cuando con sus palabras da usted la impresión de lo que se dijo, usted llega sin quererlo a una conclusión obtenida por usted de la conversación. ¿No puede recordar exactamente lo que dijo el acusado?

—Bueno, juraría que dijo con una de sus untuosas sonrisas: «No te preocupes, Desere, hay dinero suficiente en el depósito para que puedas seguir cobrando tu asignación hasta que se acabe mi tutela».

—Contrainterrogatorio —gritó Bailey.

Mason se acercó a la declarante.

—¿Era untuosa la sonrisa del acusado, señora Hedley?

—Untuosa.

—¿Qué quiere decir por una sonrisa untuosa?

—Ya sabe qué quiero decir, una sonrisa antipática, felina, traidora.

—¿Perversa? —apuntóle Mason.

—¡Untuosa!

—Lo cual da a entender cuáles son sus sentimientos hacia el acusado, ¿verdad, señora Hedley? —concluyó Mason.

—Unos sentimientos que los acontecimientos están justificando —arguyó ella, con soberbia.

—¿Entonces —insistió Mason—, el acusado le dijo a la señorita Ellis que había bastante dinero en el depósito para llegar a la terminación de la tutela?

—Sí.

—O sea que el acusado estaba prediciendo el porvenir. Porque podía haberse producido otra catástrofe en el mercado de valores, y producirse una baja general.

—Sí —replicó la mujer, con dureza—, y también podría haber llegado el fin del mundo.

—¿Pero de todos modos habría habido dinero suficiente en el depósito como para que Desere Ellis siguiera percibiendo sus mensualidades a pesar de todo, no es cierto? —insistió Mason con suavidad.

—Sí, y casi doscientos cincuenta mil dólares más.

—¿Entonces, el acusado no le mintió a la señorita Ellis, no es así?

—La engañó.

—Pero no le mintió.

—¡Protesto por ser una sugerencia argumentativa, que conduce a una conclusión por parte de la testigo! —objetó Bailey—. Si la defensa desea mostrarse técnica, nosotros también lo seremos.

Mason sonrió blandamente.

—Retiro la pregunta —se apresuró a manifestar—. Pero creo que el jurado ya lo ha comprendido.

Acto seguido volvió a su sitio.

Bailey, a continuación, llamó a un experto en balística, el cual identificó el revólver *Smith and Wesson*, como prueba y arma del crimen. Después llamó a un comerciante armero, que identificó el revólver por habérselo vendido él al acusado, presentando como prueba el certificado de venta con la firma de Kerry Dutton.

Bailey presentó después planos del escenario del crimen;

fotografías del campo de golf, del cadáver y de las ropas que llevaba la víctima. Exhibió la chaqueta que llevaba Palmer cuando fue hallado el cuerpo y llamó la atención del jurado hacia la falta de etiquetas, que habían sido cortadas previamente.

—El coroner declaró que en los bolsillos del difunto no se habían encontrado llaves ni dinero o pañuelo, cuchillo u objeto de ninguna clase.

Bailey más adelante llamó a declarar al teniente Tragg. El testigo dijo que tras haber sido advertido del crimen se personó en el campo de golf, examinando el cadáver y el terreno, y que luego ordenó registrar todas las alcantarillas existentes en un radio de varios kilómetros del lugar del suceso.

—¿Por qué dio esta orden? —le interrogó el ayudante del fiscal.

—Es un procedimiento rutinario.

—¿Encontraron algo?

—Hallaron el revólver que ahora está señalado como la prueba fiscal A-G, en una alcantarilla, a unos dos kilómetros de club de golf.

—¿Y qué hizo usted con el arma?

—Indagué a quién pertenecía.

—¿Tardó mucho en averiguarlo?

—Sólo unos minutos después de ser hallada. Investigamos el número de serie.

—¿Qué más hizo?

—Cuando relacionamos el número de serie con el acusado, buscamos la matrícula de su coche y el número de su licencia, y expedimos los correspondientes boletines de captura.

—¿Hasta algunas ciudades de Méjico?

—Hay un concierto con Méjico, según el cual la policía de Ensenada, Tijuana y Mexicali coopera con la nuestra en los casos de homicidio.

—¿Y qué hallaron ustedes?

—Hallamos al acusado inscrito en Ensenada...

—Un momento —interrumpió Mason—. ¿Está el testigo declarando lo que encontró él o lo que encontró la policía de Ensenada? En este último caso, es declaración de oídas.

—De acuerdo —se conformó Bailey—. No declare nada que sólo

haya oído, teniente Tragg.

—Bien, entonces no puedo declarar lo que iba a decir porque no estuve en Méjico —sonrió el teniente.

—¿Dónde encontró usted, personalmente, al acusado?

—En la frontera internacional, en Tecate.

—¿Y cómo fue que le encontró allí?

—La policía mejicana lo envió al otro lado de la barrera.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me lo llevé en custodia.

—¿Conversó usted con el acusado?

—Sí.

—¿Le comunicó que estaba acusado de asesinato?

—Le comuniqué que lo requeríamos para ser interrogado en relación con el asesinato de Rodger Palmer.

—¿Le preguntó dónde había estado a la hora del crimen, o aproximadamente?

—Le hice muchas preguntas, y su respuesta fue siempre la misma.

—¿Cuál?

—«Me niego a efectuar ninguna declaración hasta que haya consultado con mi abogado».

—¿Fue ésta su respuesta a todas las preguntas?

—Bueno, le pregunté por qué, si no tenía nada que ocultar, se había inscrito con el nombre de Frank Kerry en Méjico, y me contestó que Kerry era su segundo nombre, y que Frank era el primero, y que su nombre completo era, por tanto, Frank Kerry Dutton^[3].

—Comprendido. Contrainterrogatorio.

—La defensa no tiene ninguna pregunta que formular —declaró Mason, con displicencia.

Cuando Bailey llamó a su testigo siguiente había una nota de triunfo en su voz.

—¡Que llamen a Thomas Densmore Fulton al estrado!

Fulton avanzó y prestó juramento.

—¿Cuál es su profesión?

—Detective privado.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—Principalmente, para la agencia de detectives Drake.

—El día veintiuno de septiembre próximo pasado, ¿por cuenta de quién trabajó?

—Por cuenta de Paul Drake.

—¿Cuáles eran sus instrucciones?

—Seguir a un sujeto.

—¿Quién era el sujeto?

—El acusado, Kerry Dutton.

—Y en relación con sus deberes, ¿le siguió a todas partes?

—Sí.

—¿Adónde?

—Pues... por una parte, le seguí hasta una cabina de teléfono.

—¿Dónde está situada?

—En una estación de servicio de la esquina de Figueroa con el Bulevar Way.

—¿Estaba la estación abierta o cerrada?

—Cerrada. Es una estación muy amplia, con bastante espacio para aparcar, y la cabina telefónica estaba abierta.

—¿Qué hizo usted?

—Vi cómo el acusado penetraba en la cabina, por lo que conduje mi coche un poco más adelante, aparcándolo en el espacio libre existente detrás de la cabina. Vi cómo el acusado marcaba un número, colgaba y volvía a marcar otro tras una corta pausa. Entonces corrí a la cabina, como si tuviese prisa para usar el aparato.

—¿Qué hizo el acusado?

—Me hizo señas para que me marchara.

—¿Y usted?

—Sin que él se diese cuenta pegué un magnetófono muy sensible con cinta adhesiva a la pared trasera de la cabina, cerca del aparato.

—¿Y después?

—Volví a mi coche.

—¿Y qué pasó luego?

—El acusado abandonó la cabina, se metió en su coche y arrancó.

—¿Qué hizo usted?

—Intenté seguirle.

—¿Lo consiguió?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el acusado conducía como un loco. Cruzó por delante de tres o cuatro semáforos en rojo y en un alto en un cruce, estuvo a punto de chocar con otro vehículo, y a mí me dejó embotellado en medio del tráfico.

—¿Cuál fue entonces su primer movimiento?

—Volví a la cabina telefónica, recogí el magnetófono y puse en marcha la cinta.

—¿Y qué oyó?

—¡Protesto! —Mason se irguió en toda su estatura.

—De acuerdo —continuó Bailey, sonriendo—. Creo que la misma cinta será la mejor evidencia, si el tribunal no se opone. No es tan clara como yo desearía, pero se entienden todas las palabras. La acusación ha dispuesto un amplificador, por lo que desearía que el jurado pudiera escuchar la grabación.

—Sin objeción —dijo Mason.

De manera un tanto dramática, Bailey puso en marcha el magnetófono, en conexión con el altavoz. Al instante, un zumbido llenó la sala, y poco después se oyó una voz masculina:

—¿Qué hay de nuevo? Ya sabe quién habla.

Se produjo una pausa y después la misma voz continuó:

—He llamado al otro número y me dijeron que lo llamase a usted aquí... Bien, pagaré más de cinco mil si actúa usted de buena fe.

Otro silencio.

—Repítamelo —sonó la misma voz—. ¿El séptimo hoyo del club de golf Barclay?... ¿Por qué allí?... Sí, casi es la hora... Sí, tengo una llave.

Se produjo un brusco chasquido al ser cerrado el magnetófono.

—Y éste es el final de la conversación, señores del jurado —anunció Bailey. Acto seguido se volvió al testigo—. ¿Qué hizo usted después de escuchar esta misma conversación?

—Me marché al instante al club Barclay.

—¿Qué vio allí?

—El automóvil del acusado, aparcado delante.

—¿Cuánto tiempo tardó usted en llegar allí desde el momento en que escuchó la conversación en la cinta?

—Unos quince minutos.

—¿Qué más hizo usted?

—Probé la puerta del club, pero estaba cerrada. Entonces, decidí aguardar a que saliera el acusado.

—¿Fue muy larga la espera?

—Yo llegué allí a las diez y diez, y el acusado salió a las diez veintidós.

—Bien, dejemos bien claro el elemento tiempo —pidió Bailey—. Usted trató de seguir al acusado.

—Sí.

—Y él, según ha declarado usted, conducía como un loco. No hizo caso de los semáforos ni de las demás señales de parada.

—Pasó por tres semáforos rojos y el alto de un bulevar.

—¿Y le perdió usted?

—Exacto.

—¿Regresó a la cabina telefónica?

—Sí.

—Y despegó el magnetófono y entonces escuchó la conversación.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo, en su opinión, transcurrió desde el momento en que dejó la cabina para ir en seguimiento del acusado?

—Unos cinco minutos.

—¿Se dirigió usted directamente al club Barclay?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo esperó fuera del club?

—Once minutos... casi doce.

—¿Y entonces salió el acusado?

—Sí.

—¿Y qué hizo?

—Se metió en el coche y lo condujo durante unos dos kilómetros.

—¿Y después?

—Detuvo el coche bruscamente y comenzó a retroceder.

—¿Y usted...?

—Yo continué casi medio kilómetro por la carretera, salté del auto, y fingí estar arreglando un neumático.

—¿Qué pasó luego?

—Al cabo de unos instantes, el coche del acusado volvió a adelantarme, a toda velocidad.

—¿Qué más hizo usted entonces?

—Apresuradamente salté dentro de mi auto y emprendí la marcha.

—¿Pudo seguir al acusado?

—Sí.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Ensenada.

—¿A qué sitio de Ensenada?

—Al motel «La siesta de la tarde».

—¿Y una vez allí...?

—Telefoné a mi principal, Paul Drake, informándole de la presencia del acusado en el motel, donde se había inscrito con el nombre de Frank Kerry.

—¿Y luego?

—Perry Mason y su secretaria, la señorita Della Street, se personaron allí y yo les comuniqué dónde estaba el acusado, tras lo cual ambos se dirigieron a su unidad.

—¿Qué más?

—Después llegó la policía mexicana.

Bailey sonrió ampliamente.

—Contrainterrogatorio —le anunció a Mason.

El abogado se puso de pie.

—¿En la cinta sólo está recogida una parte de la conversación, verdad? —inquirió.

—Sí.

—¿No sabe usted con quién habló el acusado?

—No.

—¿Ni conoce las palabras que fueron pronunciadas al otro lado de la línea?

—No.

—Nada más, gracias.

En aquel instante intervino el juez Alvarado.

—Ha llegado el momento de la suspensión de esta tarde. Debo agradecer a las partes por la rapidez con que progresa la vista del juicio. Gracias. Durante la noche, los señores jurados no conversarán entre sí ni con nadie más respecto a este caso, ni leerán en los periódicos o escucharán por radio o televisión ningún artículo relacionado con el mismo. Asimismo, evitarán formular o expresar cualquier opinión hasta que el caso llegue finalmente a una decisión. Si alguien se acerca a un miembro del jurado para discutir el caso, es deber suyo comunicarlo a este tribunal. Señores, la vista de este juicio queda suspendida hasta mañana por la mañana, a las diez.

Capítulo 16

Mason se sentó en la sala de visitas de la cárcel y pareció querer taladrar con los ojos a su cliente.

—Ésta es su última oportunidad —le dijo.

—He dicho toda la verdad.

—A partir de ahora ya no podrá modificar su historia —le recordó Mason—. Si sube al estrado de los testigos, cuente su historia, pero si después, en el contrainterrogatorio, se ve obligado a modificarla un ápice, es usted hombre al agua.

Dutton asintió.

—Y no desdeñe la habilidad de Hamilton Burger como contrainterrogador.

—¿Cree que tendré que declarar como testigo?

—Efectivamente —asintió Mason—. Poseen un caso completamente perfecto contra usted. Y usted no sólo subirá al estrado, sino que tendrá que persuadir al jurado de que está diciendo la verdad. Ahora bien, si le atrapan en alguna mentira... por pequeña que sea, en una leve contradicción respecto a la hora que se levanta por las mañanas, cuántos terrones de azúcar echa usted en su café, en cualquier traspies... ¡que Dios se apiade de su alma!

—Le he dicho a usted toda la verdad —repitió Dutton.

—¿No intenta proteger a alguien? ¿No está ocultando datos en favor de Desere Ellis?

Dutton movió la cabeza, negativamente.

—¿Y no intenta protegerse a sí mismo?

—No, le he dicho toda la verdad.

—¿Palmer le había dado un número para que le llamase a las nueve cuarenta y cinco?

Dutton asintió con el gesto.

—Bien, usted fue a la cabina telefónica, llamó a ese número y entonces le dieron otro, los dos pertenecientes a cabinas de pago, y en el segundo número una voz le dijo que fuese a reunirse con Palmer en el séptimo hoyo del club Barclay, del que usted es miembro, ¿es así?

—Sí.

—¿La última voz era una voz de mujer?

—No lo sé. Por un instante, me pareció que era un hombre que hablaba en un tono muy alto, para disfrazar su voz... pero meditándolo bien... no lo sé. Lo que sí puedo decirle es que era demasiado estridente para ser una voz de hombre, y demasiado bronca para ser de mujer.

—¿Cuál era el número a que usted llamó?

—Lo he olvidado. Pertenecía a una cabina. Palmer me informó que allí habría alguien esperando mi llamada para comunicarme dónde estaría él; que, naturalmente, sería una cabina, por lo que yo no debía intentar ninguna treta.

—Pero antes había llamado a otro número.

—Sí.

—¿Pertenecía también a una cabina?

—Sí.

—¿Y qué sucedió cuando llamó a ese primer número?

—Contestó una voz que me dijo: «Coja un bolígrafo, anote este número y llame ahí exactamente dentro de diez segundos... ni más ni menos». Estoy seguro de que era una voz masculina... bueno, no absolutamente seguro. Sonaba como si su dueño quisiera disimularla.

—¿Y anotó usted el número?

—Sí.

—¿Por qué dos números?

—Por lo visto, para que yo no pudiera localizarlos y avisar con tiempo a la policía o a detectives privados del lugar donde tenía que encontrarme con Palmer, o con tiempo para instalar magnetófonos, a fin de que pudieran atraparle.

—Pero si usted ya sabía que era con Palmer con quien iba a reunirse...

—Sabía que era con Palmer. Y también sabía que iba a entregarme pruebas que desacreditarían a Fred Hedley.

—¿Por qué quería usted poseer esas pruebas?

—Usted ya lo sabe.

—Se lo pregunto porque deseo oír de qué manera se lo dirá usted al jurado.

—Quería proteger a Desere Ellis.

—¿Por qué?

—Pues... porque era mi obligación, de acuerdo con el testamento.

—¿De quién deseaba protegerla usted?

—Principalmente, de sí misma, y también de un sujeto que trataba aprovecharse de ella.

Mason estudió pensativamente a su cliente y, bruscamente, se puso de pie.

—Está bien, Dutton. No quiero que piense que esto ha sido un ensayo. No quiero que ensaye a solas. No quiero que suba al estrado y actúe como si se tratase de una lección aprendida. Quiero que cuente toda la verdad y que tenga el aspecto de estar contándola.

—Haré todo cuanto pueda, señor Mason.

Mason asintió.

—Procure dormir un poco. Será una prueba para usted, no lo dude.

Capítulo 17

Cuando Perry Mason regresó a su oficina, Della Street le comunicó:

—Paul Drake tiene un testigo, jefe.

—¿Dónde está?

—En la oficina de Paul.

—¿Quién es?

—Un individuo que vive a unos cien metros del campo del golf Barclay. Su casa no está lejos del hoyo número siete. Oyó un disparo la noche del veintiuno, mucho antes de la hora que la acusación señala como la del crimen.

El rostro del abogado se animó con una sonrisa.

—He estado aguardando que ocurriese algo parecido, Della. Bien, podría ser esto. Que pase este testigo.

Della marcó en el aparato telefónico y no tardó en anunciar:

—Ya está en camino.

—Ahora —añadió Mason—, coja una citación en blanco, en favor de la defensa. Y tan pronto como yo le pregunte a ese tipo su nombre, anótelos, pase al otro despacho, rellene la citación con su nombre y vuelva aquí. Pase lo que pase, no le permitiré que salga de este despacho sin tener una citación como testigo de la defensa.

Della Street asintió con el gesto, fue hacia un archivador, sacó el expediente marcado como «El Pueblo del Estado de California contra Kerry Dutton», y sacó una citación con copia; luego fue a dejarlo todo en el despacho contiguo.

—Todo a punto —le avisó al abogado.

En aquel momento se oyó la llamada en clave de Paul Drake a la puerta falsa.

Mason le hizo un gesto a su secretaria, la cual abrió dicha

puerta.

Paul Drake cedió el paso a un individuo alto, de unos cincuenta y cinco años. Tenía unos ojos prominentes, cejas muy pobladas, orejas salientes y un cuello muy largo y delgado.

—Le presento a Perry Mason —dijo Drake—. Mason, éste es George Holbrook. El señor Holbrook vive muy cerca del club Barclay.

—¿George Holbrook? —repitió el abogado, estrechándole la mano—. ¿Con alguna inicial en medio?

—Seguro —sonrió Holbrook—. Una inicial muy convencional. George W. Holbrook. La W es de «Washington»^[4]. Della Street, silenciosamente, salió del despacho.

—Bien, tome asiento, señor Holbrook —le invitó Mason—. Tengo entendido que sabe usted algo relacionado con este caso, ¿verdad?

—Tal vez sí, tal vez no —repuso Holbrook, sentándose y cruzando sus nudosas manos sobre la rodilla derecha—. Señor Mason, lo malo es, que en estos días uno nunca sabe lo que oye. Hay tanto ruido, tantos rumores, con los escapes de los autos, las bocinas... que uno nunca sabe lo que oye, repito.

—Bueno, cuénteme usted qué oyó —le rogó Mason.

—Pues leí en el diario lo referente a este crimen y de pronto sentí como un sobresalto. Le dije a mi esposa: «¿No fue la noche en que yo oí el tiro?».

—¿No está seguro de la fecha? —preguntóle Mason, con voz en la que vibraba el desaliento.

—Un momento —continuó Holbrook—. Creo que puedo fijar la fecha con toda seguridad. Le estaba repitiendo lo que le dije a mi mujer.

—Adelante.

—Precisamente, tuvimos un telegrama de la hermana de mi mujer, anunciándonos que llegaba aquel día con el avión de las diez cincuenta, y mi mujer y yo estuvimos hablando de su hermana. Después, mi mujer se largó a la cocina y yo salí al porche a tomar un poco el aire... y a fumar un cigarrillo —el visitante sonrió como disculpándose—. A mi mujer no le gusta que fume dentro de casa. Es muy sensitiva a los olores y el aroma del tabaco no le agrada, por

lo que siempre procuro salir fuera a fumar... En realidad, le gustaría dominarme y piensa haberlo conseguido. Lo cierto es que para tenerla contenta, siempre salgo fuera a fumar.

—Continúe —le alentó Mason.

—Entonces oí el disparo. Estoy completamente seguro de que lo era. En mis tiempos fui cazador y sé distinguir un disparo cuando lo oigo.

—¿Y qué sucedió?

—Me quedé fuera, intentando averiguar dónde había sonado el tiro.

—¿No pudo localizarlo por el sonido?

—Me pareció que había sido disparado en el campo de golf. Pero no estuve seguro.

—¿Y pudo verificar la fecha gracias a la llegada de su cuñada?

—De la hermana de mi mujer, sí, señor Mason. Llegó el veintiuno.

—¿Y cómo fue que a la mañana siguiente —objetó el abogado—, con todos los periódicos hablando del crimen y del cadáver hallado en el campo de golf, usted no pudo relacionar el tiro con el asesinato?

—Muy sencillo —explicó Holbrook—. La hermana de mi esposa deseó que fuésemos a dar una excursión en coche. Bien, ella llegó a las diez cincuenta de la noche. La fuimos a recoger al aeropuerto y, naturalmente, llevaba todo su equipaje en sus maletas, por lo que mi esposa sugirió que, puesto que ya todo lo tenía ella a punto, lo mejor sería complacerla y salir de viaje al día siguiente. Supongo que ambas mujeres lo tenían ya todo planeado. Se habían estado llamando por conferencia varias veces. Vaya, no es posible dárselas uno de listo con las mujeres. Bien, nos pusimos en marcha a las seis de la mañana siguiente, nos desayunamos en ruta y nos dirigimos hacia el norte de California, rodeando el Redwood Highway, para regresar por el parque nacional de Yosemite. Además, con la novedad de la llegada de la hermana de mi esposa, la ida al aeropuerto y el viaje, lo cierto es que me olvidé por completo del disparo. Y no volví a recordarlo hasta que leí lo referente al caso en los periódicos.

—¿No había oído hablar antes del asesinato? —inquirió el

abogado.

—¡Seguro que sí! Y hasta hablé yo mismo del caso. Escuché la noticia por radio cuando nos hallábamos entre Modesto y Sacramento, pero no le presté mucha atención, enterándome sólo de que se había descubierto un cadáver en un campo de golf. Después, la segunda vez, mi esposa exclamó: «¡Vaya, George, se trata del campo de golf que está tan cerca de casa!». Y yo reflexioné y al final exclamé: «¡Vaya, tienes razón!». Después llegamos a Sacramento y nos quedamos allí a pasar la noche. Seguimos hasta Redding y allí compré un periódico de San Francisco y... Bueno, a mí me gustan mucho las historietas cómicas, ¿sabe? —Holbrook le dirigió a Mason una sonrisa algo infantil—. Mi esposa dice que no soy más que un niño grande; tal vez sí, lo cierto es que me gustan las historias cómicas.

Mason asintió muy solemne.

—Pero en el periódico había una crónica respecto al cadáver hallado en el séptimo hoyo. Tampoco entonces le presté mucha atención al caso porque hasta hace unos días no supe dónde estaba ese hoyo. La verdad es que soy un funcionario retirado y que mi paga no me permite jugar al golf. Después de haber empezado la vista del proceso, un periódico publicó un plano de ese dichoso campo de golf. Oh, es muy grande... Y tiene bastantes hoyos, en distintas direcciones...

—¿Y el plano señalaba la posición del cadáver?

—Sí. Con referencia al séptimo hoyo y éste con referencia a las calles... las calles que cruzan por el campo. En realidad —Holbrook se rebulló en su silla para cambiar de postura—, cuando inauguraron el campo de golf, por allí no había calles todavía, pero luego comenzaron a construir edificios y por fin calles enteras, ¿comprende? Nosotros adquirimos nuestra casa precisamente inmediatamente después de la gran deflación, de lo cual hace ya quince años. Yo entonces todavía trabajaba. Y desde entonces vivimos allí.

—¿Ha jugado usted alguna vez al golf?

—Pues no. No me gusta mucho. Por lo que a mí respecta, se trata sólo de empujar una pelota con un palo hasta meterla en un agujero.

—¿Puede fijar la hora exacta a que oyó el disparo? —le interrumpió Mason.

—Vaya, a eso iba a referirme. Estoy casi seguro de que fue muy poco después de las nueve.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque siempre escucho el noticiario de la «tele» a las nueve, y estoy completamente seguro de que acababa de empezar.

—¿Cuánto tiempo después de las nueve?

—Bueno... yo estaba en el porche fumando un cigarrillo...

—¿Era ya de noche?

—Pues claro.

—¿Una noche oscura?

—Sí, bastante oscura. Recuerdo que la punta del cigarrillo relucía en la oscuridad y que trazó una línea luminosa cuando arrojé la colilla al suelo... También recuerdo que me pregunté si mi esposa la habría visto cuando la tiré... No, no la vio. Lo cual significa que no sospechó por qué salí al porche, lo que se explica si se tiene en cuenta que estaba muy excitada con la próxima llegada de su hermana... Bien, de repente me di cuenta de que era la hora del noticiario de las nueve. Y empezaba a levantarme para entrar en casa cuando sonó el disparo.

—¿Puso en marcha la televisión?

—Seguro. Creo que perdí los dos primeros minutos de noticiario. Recuerdo que me enojé porque estaban ya dando los anuncios del primer descanso.

—Su testimonio podría ser muy valioso, señor Holbrook —ponderó Mason—. ¿Hubo un solo disparo?

—Sólo uno. Por esto pensé que no se trataba de un petardo. Usualmente, cuando tiran un petardo, al cabo de dos o tres segundos tiran otro y otro. No, fue una sola detonación.

—Señor Holbrook —le indicó Masón—, voy a rogarle que se presente en el tribunal como testigo. ¿Tiene alguna objeción que formular?

—Bueno... no me gusta mucho verme mezclado en estos asuntos, pero tampoco quiero que por mi culpa se cometa una injusticia.

Mason miró en dirección a Paul Drake.

—¿Le molestaría mucho a su cuñada ver el retrato de usted en los periódicos?

—No —sonrió Holbrook—. La hermana de mi esposa es bastante simpática. Si pensara que se ha cometido un asesinato cerca de casa y que se ha perdido lo mejor... Entonces, tal vez sí se enfadaría —la sonrisa de Holbrook se borró de su cara—. No estoy tan seguro respecto a Doris.

—¿Su esposa?

—Mi esposa para lo bueno y para lo malo.

Holbrook pensó unos momentos y prosiguió:

—También es buena mujer. Una excelente ama de casa, muy aseada y considerada... No, no me quejo de ella, pero no es como Edith.

—¿Edith es su cuñada? —inquirió Mason.

—Sí, la hermana de mi esposa.

—¿Y ustedes dos fueron con el auto al aeropuerto a recogerla, verdad?

—Exacto.

—¿Vive usted muy lejos del aeropuerto?

—Tardamos unos veinticinco minutos en llegar allá.

—¿Y ella vino en el avión de las diez cincuenta?

—Sí.

—Entonces, apenas tuvo tiempo de escuchar el noticiario de las diez —observó Mason.

Una súbita arruga ahondó la frente de Holbrook.

—¡Un momento, un momento! —gritó—. Oh, sí, el avión llegó con retraso. Recuerdo que llamamos al aeropuerto a las diez y nos dijeron que el avión llegaría con quince minutos de retraso. Estoy completamente seguro de haber contemplado los dos noticiarios, el de las nueve y el de las diez.

—¿Está seguro de haber visto el de las nueve?

—Seguro. Me enfadé por haber perdido los dos primeros minutos de emisión, por lo que volví a poner la «tele» a la diez.

—Creo que tendremos que confiar en el señor Holbrook como testigo, Della —díjole Mason a su secretaria.

La joven asintió y le entregó la citación al abogado.

—Sólo para que sea una cosa formal, señor Holbrook —le

manifestó Perry Mason—, le entrego esta citación. Es para las diez de mañana por la mañana. Si llega al tribunal a esa hora, no perderá mucho tiempo, porque la acusación está a punto de dar por terminado su caso, o sea terminar de presentar más pruebas y testigos.

—Bueno, lo que es de razón es de razón —opinó Holbrook—. Creí preferible contar lo que sabía. Llamé a esta oficina y me contestaron que estaba usted informando en el tribunal, pero que la agencia de detectives Drake estaba relacionada con el caso, por lo que fui a contarle mi historia a este señor. ¿Nada más?

—Nada más —replicó Mason.

—Entonces, encantado de haberles conocido. A propósito, creo que no sé su nombre, jovencita.

—Della Street —se presentó ella—, la secretaria confidencial del señor Mason desde hace varios años.

—Eso me figuré —repuso Holbrook, alargando una huesuda zarpa—. Aunque se la ve muy joven, parece ser muy eficiente. Encantado de conocerla, señorita Street.

Holbrook, a continuación, le dio la mano con toda solemnidad y prosopopeya a Perry Mason y a Paul Drake, Della abrió la puerta, y el funcionario retirado salió con paso grave.

Mason esperó hasta que la puerta se hubo vuelto a cerrar, luego ejecutó una pirueta, enlazó a Della Street por la cintura, dio con ella unos pasos de baile y la soltó para ir a estrecharle calurosamente la mano a Paul Drake.

—¡Salvados por la campana! —exclamó.

—¿Lo crees de veras? —preguntóle el detective.

—De veras. Esto creará una duda razonable.

—¿Y si la acusación presenta a alguien que oyó el tiro más tarde?

—Entonces yo afirmaré que hubo «dos tiros» —sonrió Mason—, y la acusación no podrá demostrar que el «suyo» fue el fatal, desde el punto de vista de la hora.

—¿Y ello creará una duda razonable?

—Más aún —le corrigió Mason—. Probablemente dará como resultado un veredicto de inocencia, sobre la base de que Dutton dice la verdad y Palmer ya estaba muerto cuando él llegó allí. Me

basaré en que Dutton sólo se metió en una trampa.

—Pero todo habría ido mucho mejor de no haber cogido la pistola, escondiéndola luego —murmuró Della Street.

Mason dejó de sonreír.

—¿A mí me lo dice? Por culpa de esto tendré que argumentar un poco, pero intentaré demostrar que cuando divisó el arma pensó que en el asunto andaba mezclada una mujer. La mujer a la que ama.

—¿Desere Ellis?

Mason inclinó afirmativamente la cabeza.

—¿Permitirás que proclame su amor por Desere desde el sillón de los testigos? —inquirió Drake.

Mason sacudió la cabeza.

—No, caramba, esto no. Precisamente intentaré que no lo diga, y entonces el fiscal, en su contrainterrogatorio insistirá en el asunto, con lo cual todo saldrá a relucir de una manera más romántica.

—Ya lo que entiendo —observó Drake—, ningún abogado defensor consigue un veredicto injusto cuando se produce en un tribunal una escena romántica, ¿verdad?

—No, cuando en la misma hay corazones que laten al unísono —dijo en son de burla el abogado—, y esta vez procuraré que los haya, junto con ramos de azahar, campanas de boda y todo lo demás. Y ahora larguémonos de aquí, que os invito a comer al mejor restaurante de Los Ángeles... una cena completa, incluido un buen champaña.

Capítulo 18

A la mañana siguiente, el juez Alvarado tomó asiento en su sitial y contempló la sala. En un rincón, los acusadores públicos estaban discutiendo un asunto que al parecer consideraban de suma importancia.

Bailey y Hamilton Burger tenían muy juntas las cabezas, en una conferencia susurrada, pero las separaron tan pronto como el alguacil golpeó la mesa con la maza y el juez se sentó.

—El caso del Pueblo contra Kerry Dutton —anunció el juez Alvarado—. El acusado está en la sala; los jurados están presentes. ¿Todo correcto, caballeros?

—Todo correcto, su señoría —dijo Perry Mason.

—Sí, su señoría —contestó a su vez Hamilton Burger—. Ah... ¿podría permitirnos un momento?

Y de nuevo sostuvo unas palabras en voz baja con su ayudante; luego, por lo visto de mala gana, Burger asintió con el gesto.

Inmediatamente, Bailey se puso de pie.

—Con la venia de la sala, aquí termina la evidencia de la acusación. Por nuestra parte damos el caso por terminado.

Un murmullo de sorpresa recorrió toda la sala.

El juez Alvarado frunció el entrecejo.

—Tal vez habría sido más justo para la defensa que la acusación hubiese anunciado su decisión ayer, antes de finalizar la sesión.

—No lo teníamos decidido entonces, su señoría. Acabamos de adoptar esta determinación en este instante —se disculpó Bailey.

—Muy bien —concedió el juez—. Sin embargo, estoy dispuesto a concederle a la defensa un aplazamiento a fin de que pueda prepararse para hacer frente a este nuevo aspecto del caso.

—Con la venia de la sala —Perry Mason se puso de pie,

precipitadamente, sonriendo hacia el jurado—. La defensa prefiere proseguir esta vista inmediatamente.

—De acuerdo —se asombró el juez—. Adelante, pues.

—Y la defensa tampoco desea efectuar ningún discurso preliminar esta vez —añadió Mason—. Nuestro primer testigo será la señorita Desere Ellis.

—Que la señorita Ellis suba al estrado —ordenó el juez—. Como ya ha prestado juramento no es necesario que lo repita.

Desere Ellis volvió a recorrer el pasillo central hasta el estrado. Esta vez miró al acusado con la sombra de una sonrisa en sus profundas pupilas y luego volvió el rostro hacia el abogado defensor.

—Naturalmente, usted conoce al acusado desde hace mucho tiempo, ¿verdad? —le preguntó Mason, comenzando el interrogatorio.

—Sí.

—¿Le entregó alguna vez el acusado una pistola?

—Me prestó una, sí.

—Bien, le estoy enseñando a usted la prueba A-G del Pueblo, un revólver *Smith and Wesson*, de cañón corto, calibre treinta y ocho, número K524.967, y le pregunto si lo ha visto antes.

—Este es el revólver que me prestó.

—¿Le dijo algo cuando se lo entregó?

—Sí. Una persona que no dijo su nombre me había telefonado varias veces, de manera un tanto ofensiva, y yo estaba un poco asustada.

—¿Se produjo alguna conversación específica respecto a la propiedad de este revólver cuando el acusado se lo prestó?

—¡Protesto por incompetente, irrelevante e inmaterial! —objetó Bailey.

—Simplemente, estoy preguntando por una conversación que fue parte del *res gestae* de esta transacción particular —explicó Mason—, formó parte de la transacción y tuvo lugar antes del asesinato.

—Lo cual no la exime de ser una pregunta incompetente, irrelevante e inmaterial —repitió el ayudante del fiscal.

—Creo que no admitiré la objeción —intervino el juez Alvarado

—. Mi política es siempre concederle al acusado todas las oportunidades posibles. Conteste la pregunta, por favor.

—Sí —declaró Desere Ellis—, me dijo que éste era su revólver, que lo había comprado hacía bastante tiempo y que no tenía ninguna utilidad para él.

—¿Le enseñó la manera de usarlo?

—Sí, sacó los cartuchos y me enseñó cómo debía apretar el gatillo.

—¿Sabía usted que era un revólver de doble acción?

—Perdón, no le entiendo.

—En otras palabras, al apretar el gatillo hacia atrás, el arma queda amartillada y cuando el martillo ha pasado de cierto límite, cae sobre el percutor de forma que el cartucho estalla y el cilindro avanza —le explicó Mason—. El efecto de esta acción es que el gatillo puede ser apretado seis veces seguidas, efectuando otros tantos disparos.

—Sí.

—Lo que quiero decir —continuó Mason— es que este revólver que el acusado le entregó no es una automática sino un revólver. Dicho de otro modo, que el cilindro gira.

—Sí, entiendo.

—¿Y qué fue de este revólver? —inquirió Mason.

—Lo guardé dentro de un cajón de mi dormitorio, en un tocador.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Dos o tres días antes del veintiuno de septiembre.

—¿Dos o tres días antes de la fecha del crimen?

—Sí.

—¿Y cuándo volvió a buscar el revólver después de aquella ocasión?

—Creo que fue el veintitrés... o el veinticuatro del mismo mes.

—¿Por qué buscó el revólver entonces?

—Porque usted me lo pidió. Pasamos los dos a mi dormitorio y el revólver no estaba allí.

—Contrainterrogatorio —le ofreció Mason al fiscal.

Hamilton Burger, que casi nunca perdía ninguna oportunidad de contrainterrogar a los testigos de Mason, tanto más cuanto que el

abogado solía ganar sus casos antes de presentar sus propios testigos, sólo con el contrainterrogatorio de los del fiscal, asíó aquella ocasión por los pelos, con la avidez de un halcón al precipitarse sobre una paloma.

—¿De qué marca era el revólver que el acusado le entregó? — empezó a interrogar.

—¿De qué marca?

—Sí, quién la fabricó. ¿Era un *Colt*, un *Smith and Wesson*, un *Harrington and Richardson*, un...?

—No conozco la marca, señor Burger...

—¿No conoce el nombre del fabricante?

—No.

—¿Ni sabe el número de serie?

—No.

—Sin embargo, cuando Perry Mason le enseñó este revólver y le preguntó si había visto alguna vez este *Smith and Wesson*, con el número de serie K524.967, usted afirmó que era el arma que el acusado le entregó a usted, por lo que ha declarado un hecho del que nada sabe. ¿No es cierto?

—He confiado en el señor Mason. Este revólver es exactamente igual al que me prestó el señor Dutton.

—Se le parece —sonrió Hamilton Burger, burlón—. ¿Cuántos revólveres ha tenido usted en su posesión?

—Sólo uno. Éste.

—¿Y jamás miró su número de serie?

—No.

—¿Ni sabe siquiera dónde está marcado dicho número?

—No.

—Usted dijo que era igual que su revólver —continuó Hamilton Burger, blandiendo muy en alto el arma—, igual que la prueba A-G del Pueblo. ¿Es así?

—Sí.

—¿Era exactamente igual que este revólver?

—Hasta un punto razonable, sí.

—¿Sabe cómo se fabrican estos revólveres?

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe que se hacen mediante máquinas y luego se ensamblan

las distintas piezas?

—Lo... lo supongo.

—¿Y sabe que hay centenares... millares, tal vez centenares de millar de revólveres exactamente iguales a éste?

—Yo... yo sí... lo supongo.

—¿No observó usted ninguna señal, ningún arañazo en el revólver que le entregó el acusado?

—No.

—Por lo tanto, el acusado pudo haber tenido media docena de revólveres y haberle entregado uno a usted, decirle que era suyo, y llevar otro en el bolsillo, ¿no?

—Bueno, yo... No, no puedo identificar este revólver de una manera específica.

—Exactamente —concluyó Hamilton Burger—. Todo lo que usted sabe es que el acusado le entregó un revólver. Pero no sabe si le dio precisamente «el suyo».

—No podría jurarlo.

—Entonces, no puede prestar testimonio —le espetó Hamilton Burger—. Usted está aquí para declarar bajo juramento, no para adivinar.

Desere Ellis enrojeció súbitamente y miró al suelo, anonadada.

Hamilton Burger intentó otra línea de ataque.

—Antes de la desaparición del revólver, ¿la visitó a usted el acusado?

—Sí, estuvo en mi apartamento.

—Y mientras estaba allí, ¿buscó alguna cosa para ir al lugar donde usted guardaba el revólver? Medite con toda atención.

—Tuvo una pelea con Fred Hedley.

—¿Dónde tuvo lugar la pelea?

—En mi apartamento.

—¿En qué pieza de su apartamento?

—Por todas partes, también en mi dormitorio.

—¿En su dormitorio!

—Sí.

—¿No era allí donde guardaba el revólver?

—Sí.

—¿Y el acusado penetró allí?

—Sí.

—¿Cuándo tuvo lugar la pelea?

—El veintiuno de septiembre.

—¿La noche del asesinato?

—Sí.

—O sea, que la noche del asesinato, el acusado halló una excelente excusa para entrar en la habitación donde usted guardaba el revólver, creando para ello una diversión, salió del apartamento y cuando usted, después, buscó el arma, ésta había desaparecido. ¿Es así?

—Bueno, yo no...

—Por favor, sí o no.

—Yo... sí.

—¡Esto es todo! —anunció Hamilton Burger.

—Ahora una pregunta —Mason ya estaba junto al estrado—.

¿Quién inició la pelea?

—Fred Hedley.

—¿Quién corrió al dormitorio donde usted guardaba el revólver?

—Él.

—¿Fred Hedley?

—Sí.

—Esto es todo —sonrió Mason—, y nuestro próximo testigo será el acusado, Kerry Dutton.

A continuación se volvió hacia el aludido.

—Ahora le toca a usted —le susurró, por entre los murmullos del público congregado en la sala—. Si logra salir airoso, todo irá bien; de lo contrario, quedará convicto.

—Saldré airoso de la prueba —le aseguró el joven. Luego se levantó y pasó al sillón de los testigos donde alzó la mano y prestó juramento.

Mason comenzó el interrogatorio con las generales de la ley, nombre, ocupación, datos personales, para pasar después a la amistad de Dutton con el padre de Desere Ellis, la muerte de aquél, las cláusulas del testamento y la posición del acusado como tutor de la joven Desere en un fideicomiso.

—¿Cuál era el valor global de lo que usted recibió en depósito?

—Aproximadamente, unos cien mil dólares.

—¿Y el plazo del fideicomiso, según el testamento?

—Hasta que la beneficiaria, Desere Ellis, cumpliera los veintisiete años de edad.

—Y existe una cláusula en el testamento, según la cual el fideicomiso fue creado porque el padre de la beneficiaria creía que era una joven excesivamente impresionable, muy dada a favorecer causas perdidas, y que, por tanto, había que protegerla contra sí misma, ¿verdad?

—Sí.

—¿Discutió usted con la señorita Ellis la manera como usted se proponía administrar su fortuna?

—Sí.

—La primera conversación —prosiguió Perry Mason, levantando el índice de su mano izquierda—, ciéndonos a la primera conversación. ¿Qué le dijo usted?

—Que le pasaría una asignación mensual y fijé la cantidad; que no podría seguir llevando la vida de dispendios como hasta entonces; que indudablemente se casaría antes de la conclusión del fideicomiso, y que me proponía entregarle el dinero de manera que todas las mensualidades fuesen exactamente iguales hasta el final de mi tutela, o sea unos cuatro años. Esto la ayudaría a tener un buen surtido de vestidos, a viajar y a poder relacionarse con la buena sociedad.

—En otras palabras —le interrumpió Perry Mason—, a poder exhibirse favorablemente en el mercado matrimonial.

—No fue esto lo que le dije —Dutton había fruncido el ceño.

—¿Cuánto le entregó, por término medio, cada año de los que duró el fideicomiso?

—Aproximadamente, veinticuatro mil dólares.

—¿Cuál es el valor del depósito en el momento actual, el valor en el mercado de los valores y del dinero existente? —precisó Mason.

—Aproximadamente, doscientos cincuenta mil dólares.

El juez Alvarado se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo dijo?

—Dije aproximadamente doscientos cincuenta mil dólares —

repitió el acusado.

—¿Cómo es posible? —el juez estaba atónito—. Usted poseía un fideicomiso de cien mil dólares. ¿No le entregó a la beneficiaria unos noventa y seis mil?

—Sí, su señoría, pero según las condiciones del fideicomiso, yo estaba autorizado a realizar inversiones, a comprar y vender valores y a mantener el depósito en buenas condiciones, según mi parecer.

—¿Y ha realizado usted todo este beneficio?

—Sí, con impuestos deducidos —contestó Dutton.

—Vaya —observó el juez, regocijado—, veo que posee usted una gran habilidad financiera.

—¿Le comunicó usted a la beneficiaria —continuó Mason el interrogatorio— la cantidad existente en el depósito?

—No.

—¿Por qué?

—¡Protesto por incompetente, irrelevante e inmaterial! —saltó Hamilton Burger.

—Creo que admitiré la protesta —dijo el juez—. La respuesta es que no se lo dijo a la beneficiaria. Según usted sabe, ¿tenía ella alguna idea de la naturaleza y extensión del depósito?

—No.

—Entonces —reanudó Mason—, el fideicomiso sólo se creó para que usted pudiera protegerla de sí misma.

—Sí.

—Usted pensó que si ella conocía la verdad procuraría destruir los propósitos del fideicomiso; que extravagantemente se entregaría a alguna causa perdida y que...

—¡Su señoría! ¡Su señoría! —gritó Hamilton Burger, rojo por la cólera—. ¡Esta pregunta es orientadora y sugerente! ¡Protesto! ¡Protesto por incompetente, irrelevante e inmaterial!

—Admitida la protesta —sentenció el juez—. El defensor se abstendrá de formular esta clase de preguntas.

Sin embargo, los jurados estaban intercambiando miradas de extrañeza, mostrando hasta qué punto aquella declaración les causaba impresión.

—Bien —prosiguió Mason, infatigable—, ¿conocía y conoce usted Fred Hedley?

—Sí.

—¿Cuáles eran sus relaciones con Desere Ellis?

—Ella le describió una vez como su prometido.

—¿Aprobaba usted a dicho joven?

—No.

—¿Por qué?

—¡Protesto por incompetente, irrelevante e inmaterial! —tronó Burger.

El juez Alvarado vaciló.

—Creo —dijo— que empiezo a entender la norma de las preguntas del abogado defensor. Una norma que puede ser muy conveniente para la defensa del acusado. No admitiré la protesta, pero la respuesta quedará limitada a expresar el estado mental de este testigo. Además, quedará también limitada a las acciones del testigo en relación con el fideicomiso.

—Conteste mi pregunta —le instó Mason a Dutton.

—Pensaba que era un vulgar cazadotes.

—Y fue por el joven Hedley que usted no le comunicó a Desere Ellis... ¡Un momento! —se corrigió Mason, cuando vio el salto que dio Hamilton Burger—. Cambiaré la pregunta. ¿Esta idea suya tuvo algo que ver con sus actos relacionados con su falta de información a la beneficiaria respecto al depósito? Puede contestar sí o no.

—¡Protesto!

—No se admite la protesta.

—Sí.

—En relación con este depósito, ¿tenía usted acciones de una compañía conocida como la *Steer Ridge Oil and Refining*?

—Sí.

—¿Formaban parte de los primitivos valores entregados a usted como conjunto del fideicomiso?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con dichas acciones?

—Las vendí.

—¿Habló de esta venta con la beneficiaria?

—No.

—¿Qué le dijo ella respecto a las mismas acciones?

—Se mostró muy interesada por ellas. Esto fue porque le habían

enviado un folleto explicándole el valor de las propiedades que tenían en explotación. La joven sabía que su padre había sentido gran entusiasmo por dicha compañía.

—¿Y le hizo alguna petición con relación con estas acciones?

—Me pidió que no las vendiera.

—Pero usted no le hizo caso.

—Exactamente.

—Y luego...

—Vendí las acciones y... Bien, poco después invertí el dinero.

—¿En las mismas acciones?

—Sí, en un bloque de las mismas acciones.

—¿Por qué?

—Tuve una intuición... Vaya, tenía buenas razones para creer que pronto se produciría una batalla de poderes, y podía ser una buena inversión, si dos facciones diferentes iban a combatir por el control de la compañía.

—¿Cuántas acciones compró usted?

—Veinte mil.

—En relación con las mismas, ¿tuvo usted algún contacto con el difunto, Rodger Palmer?

—Sí, hablé con él por teléfono.

—¿De qué naturaleza fue la conversación?

—Palmer me explicó que se había puesto en contacto con Desere Ellis, que había intentado conseguir que la joven le otorgase un poder, como tenedora de acciones, para la *Steer Ridge Oil and Refining Company*; que ella le había enviado a mí; que si yo colaboraba con él, las acciones de la compañía, y por tanto las de la señorita Ellis, subirían como la espuma.

—¿Y qué quería Rodger Palmer concretamente?

—La concesión de un poder. Al final, añadió que era necesario que nos entrevistásemos en un lugar secreto.

—¿Y consintió usted en tal encuentro?

—Sí, cuando añadió que si yo le otorgaba el poder y le entregaba cinco mil dólares, él me contaría algo referente a Fred Hedley que haría imposible que éste se casara con Desere Ellis. Fue entonces cuando consentí en la entrevista.

—¿Qué más ocurrió?

—Me indicó que a cierta hora de la noche del veintiuno de septiembre, yo llamase a cierto número, que sería el número de una cabina telefónica; que la persona que contestaría a mi llamada me daría otro número, también de pago, y que si yo llamaba por fin a este último número, me dirían donde debería dirigirme para encontrarme con Rodger Palmer.

—¿Y efectuó usted la primera llamada?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Me dieron el número de otra cabina, a la que también llamé.

—¿Fue con el difunto Rodger Palmer con quien habló usted?

—Lo ignoro. La voz sonaba como disfrazada. Parecía una voz masculina muy estridente. Incluso podía pertenecer a una mujer. Pero entonces pensé que era de hombre. Ahora, después de haberlo meditado, no estoy tan seguro.

—¿Conque llamó al otro número?

—Sí.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Una voz me indicó que me dirigiese al séptimo hoyo del club de golf Barclay, lo antes posible; que se había producido cierta confusión en la hora de la cita, por lo que el caballero que me esperaba no podría aguardar ya mucho, por lo que yo debía apresurarme si quería verle.

—¿Se habló de dinero en esta conversación?

—Sí, tenía que llevar allí los cinco mil dólares. Y si la información que iba a recibir valía la pena, pagar dicha cantidad.

—Cuando estaba usted telefoneando ¿tuvo ocasión de ver al testigo, Tom Fulton, que declaró ya anteriormente?

—Sí, le vi, pero, naturalmente, entonces no sabía que estaba interesado en mí personalmente. Lo tomé simplemente por alguien que tenía prisa por telefonear y le hice una señal para que fuese en busca de otra cabina.

—Por lo tanto, usted, señor Dutton, ignoraba que le estaba siguiendo.

—Exactamente.

—¿Salió usted de la cabina y condujo como un loco, sin hacer caso de las señales de alto del tráfico?

—Temo que iba tan de prisa que violé algunos artículos del código de circulación.

—¿Y se dirigió al club Barclay?

—Sí.

—¿Es usted miembro del club?

—Sí.

—¿Sabía que lo habían seguido hasta el club, o al menos durante parte del trayecto?

—No, señor.

—¿Qué más hizo usted?

—Aparqué el auto, utilicé mi llave y entré. Miré en torno, buscando al vigilante de noche pero no le vi. Entonces, salí al campo.

—¿Estaba usted familiarizado con la posición del séptimo hoyo?

—Sí.

—¿Qué más ocurrió?

—Salí, como digo, en busca de Rodger Palmer, pero no vi a nadie. Por fin, observé como una sombra oscura en el suelo. Me incliné y allí estaba el cadáver de ese hombre, Rodger Palmer.

—¿Le conocía usted, entonces?

—No le había visto nunca. Sólo había hablado con él por teléfono. Nada más.

—¿Cuántas veces?

—Varias. Primero, después de haberle pedido él a Desere Ellis un poder sobre las acciones y haberle ella enviado a mí. Y después, sostuvimos distintas conversaciones telefónicas respecto al pago por la información que estaba dispuesto a darme.

—¿Qué hora era cuando llegó usted al club Barclay?

—Unos minutos antes de las diez.

—¿Qué hizo usted después de descubrir el cadáver?

—Miré a mi alrededor... Bueno, primero quise asegurarme de que el hombre había muerto.

—Y cuando estuvo seguro, ¿qué otra cosa hizo?

—Me incorporé. Y mi pie tropezó con un objeto duro. Volví a agacharme y vi que era un revólver.

—¿Y entonces...?

—Me di cuenta de que se trataba de mi propio revólver y, de

repente, me sentí presa del pánico.

—¿Qué más?

—Salí del club. Guié el coche por la carretera tal vez un par de kilómetros y arrojé el arma a una alcantarilla, pensando que jamás la encontrarían; tras lo cual continué hasta Ensenada, en Méjico, donde me inscribí en el motel «Siesta de la tarde», con el nombre de Frank Kerry.

—¿Frank es uno de sus nombres?

—Sí, mi nombre completo es Frank Kerry Dutton.

—¿Reconoció como suyo el revólver?

—Sí, me pareció el mío.

—¿Y sabía, claro, que se lo había prestado a Desere Ellis?

—Sí.

—¿Estaba, pues, tratando de proteger a Desere Ellis al...?

—¡Protesto! —saltó de nuevo Hamilton Burger, iracundo— ¡por incompetente, irrelevante, inmaterial, argumentativa, conducente y sugerente contra esta pregunta!

—Admitida la protesta.

—Contrainterrogatorio —declaró Mason.

Hamilton Burger, el fiscal del distrito, enmascaró sus verdaderos sentimientos tras una fachada de extrema cortesía, al levantarse para aproximarse al testigo.

—Sólo le formularé unas cuantas preguntas —empezó a decir—. Y simplemente con el propósito de aclarar un poco toda esta embarullada historia. No le molesta, ¿verdad, señor Dutton?

—En absoluto.

Era evidente que Hamilton Burger, tras haber sido escarmentado por el abogado varias veces, intentaría triturarle por completo, pero ante tanta cortesía el acusado se vio agradablemente sorprendido.

—Empezaremos con el hallazgo del cuerpo —anuncióle Hamilton Burger—. ¿A qué hora llegó usted al séptimo hoyo? ¿Dijo usted uno o dos minutos después de las diez?

—Sí.

—Bien, veamos si podemos precisar un poco más. ¿Iba usted muy de prisa?

—Sí.

—¿Hay, por casualidad, algún reloj en el tablero de mandos de

su automóvil?

—En efecto.

—¿Iba a la hora la noche en cuestión?

—Procuro que siempre funcione con puntualidad, sí.

—Muy bien —sonrió Burger—, según su declaración, supongo que suele usted ser un joven muy puntual en sus citas, y que siempre sabe qué hora es.

—Sí.

—Por lo que procura llevar el reloj siempre en hora.

—Lo intento, sí, señor.

—Y como aquella noche tenía usted una cita y además iba de prisa, es de esperar que consultó varias veces el reloj mientras conducía usted el coche desde la cabina telefónica hasta el campo de golf... ¿no?

—Estoy seguro de haberlo hecho —asintió Dutton, meditando sobre el alcance de la amabilidad del fiscal.

—Exactamente —corroboró Hamilton Burger con su voz baja y bien modulada—, por lo que será usted capaz de decirles a los señores del jurado qué entiende usted por uno o dos minutos después de las diez.

—Bien, yo diría que fue a las diez menos un minuto cuando llegué delante del club. Sí, creo que entré a las diez y un minuto.

—Entiendo. ¿Cuánto tardó en llegar al séptimo hoyo?

—Pues... unos tres minutos.

—O sea que llegó exactamente al séptimo hoyo a las diez y cuatro minutos.

—Con unos cuantos segundos de diferencia, sí, a las diez y cuatro minutos.

—Lo cual nos lleva a pensar que también tardó usted tres minutos en ir desde el séptimo hoyo al edificio del club.

—Sí.

—Bien, ya oyó usted al detective Tom Fulton, el cual declaró que usted salió del club de golf a las diez veintidós.

—Sí.

—¿Miró usted por casualidad el reloj de su automóvil al arrancar?

—Estaba demasiado excitado. No miré el reloj en aquel

momento. No, recuerdo que lo miré cuando detuve el coche junto a la alcantarilla.

—¿Y qué hora señalaba entonces?

Dutton sonrió e hizo una pausa.

—Sinceramente, lo he olvidado, señor Burger. Vi la hora pero no le concedí la menor importancia. Recuerdo, no obstante, haber mirado el reloj. Creo que eran las diez y veinticinco, o algo por el estilo. No estoy seguro.

—¿Por qué consultó el reloj?

—Supongo que por un reflejo mecánico.

—Ya —Hamilton Burger efectuó una pausa y de repente añadió—: Oh, a propósito... ¿fue entonces cuando se le ocurrió dirigirse a Ensenada?

—Pues sí... lo estuve pensando entonces.

—Claro —aprobó Hamilton Burger—, probablemente consultó la hora para calcular el tiempo que tardaría en llegar hasta allí.

—Sí, es muy posible.

—Esto parece razonable —convino el fiscal.

Dutton asintió con el gesto.

—Y ahora, veamos —continuó Burger—, usted llegó al séptimo hoyo a las diez y cuatro minutos. Esperaba encontrar allí a Palmer y, naturalmente encontrarlo con vida.

—Claro.

—¿Había algún resplandor en el cielo... procedente de las luces de la ciudad?

—Sí, cierto resplandor.

—O sea que había bastante claridad para que usted pudiera andar por el campo de golf, ¿verdad?

—Sí.

—No una claridad meridiana, digamos, sino una luz difusa tal como cabe esperar del resplandor procedente del cielo de una ciudad, lleno de impurezas, ¿no?

—Pues... sí.

—Y si Rodger Palmer hubiera estado allí, de pie, cuando usted llegó al séptimo hoyo, usted lo habría visto recortado contra el cielo del fondo, ¿cierto?

—Sí, indudablemente.

—Entonces, inmediatamente de llegar al séptimo hoyo debió sospechar usted que algo ocurría, al no verle, ¿no fue así?

—Creo que sí, efectivamente. Por esto empecé a mirar a mi alrededor.

—¿A mirar a su alrededor?

—Sí.

—¿Qué quiere decir con esta expresión?

—Pues que di unos cuantos pasos, mirando al suelo.

—¿Mirando «al suelo»? —se extrañó Hamilton Burger, cambiando de repente su tono de voz—. ¿De forma que empecé a buscar por el suelo a un nombre que debía esperarle a usted?

—Bueno, miré a mi alrededor. Rodger Palmer no estaba allí de pie, ¿verdad? Por tanto, podía estar, tal vez sentado.

—Ya, en el césped. Así que, a los pocos segundos de haber llegado usted al séptimo hoyo, comenzó usted a buscar a Rodger Palmer por el suelo.

—No dije a los pocos segundos.

—No, no lo dijo —reconoció Hamilton Burger—, pero se deduce necesariamente. Usted esperaba encontrarle allí. Luego miró a su alrededor; no le vio recortado contra la línea del horizonte. Y volvió a mirar a su alrededor. Por tanto, debió tardar dos o tres segundos al menos en comprender que no estaba de pie junto al séptimo hoyo, ¿verdad?

—Sí.

—E inmediatamente comenzó a mirar a su alrededor... Discúlpeme, señor Dutton, pero quiero ser justo con usted. Deseo que el jurado comprenda perfectamente su historia, nada más. Todo ocurrió en unos pocos segundos, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Así que usted estuvo inspeccionando el terreno hacia las diez y cinco minutos, ¿no es eso?

—Así debió de ser, sí.

—¿Y tan pronto como empezó a escudriñar el terreno descubrió el cadáver?

—Bueno, no inmediatamente.

—Pero a los pocos segundos... ¿ocho o diez?

—No sé si fueron ocho o diez segundos.

—Bueno, meditámoslo mejor —propuso Hamilton Burger—. Levántese, por favor, del sillón y empiece a andar en círculo. Yo consultaré mi reloj y cuando hayan transcurrido diez segundos le avisaré.

El testigo efectuó lo que el fiscal le ordenaba. Trazó un círculo y luego otro.

—¡Diez segundos! —anunció Hamilton Burger—. Y ahora, como si estuviese usted en el séptimo hoyo del club de golf Barclay, ¿habría estado el cadáver dentro de este círculo?

—Sí, pero tal vez el círculo fuese un poco más amplio.

—¿Entonces, tal vez transcurrieron veinte segundos desde que empezó usted a escudriñar el suelo?

—Tal vez. Incluso unos treinta segundos.

—¿Pero treinta segundos sería el extremo límite?

—Sí, yo diría que sí.

—Bien, entonces ¿dentro de este círculo que usted recorrió en esos treinta segundos, su pie tropezó con algo? ¿verdad?

—Bueno, divisé algo oscuro y lo toqué con el pie.

—¿Y halló que era un cuerpo?

—Sí.

—¿Y al momento se dejó caer de rodillas?

—Sí, así fue.

—Entonces fue dentro de los treinta segundos —concluyó Hamilton Burger—. Digamos que se dejó caer de rodillas... Oh, le concederé tiempo suficiente, señor Dutton. Digamos que a las diez y seis minutos usted se arrodilló junto al cuerpo.

—Sí.

—¿Le parece justo?

—Opino que es muy justo.

—¿Y al instante observó que el hombre había muerto?

—Bueno... a los pocos segundos.

—¿Otros diez segundos, señor Dutton?

—Pues tal vez, sí, otros diez segundos.

—Bien, usted vio que el hombre estaba muerto... ¿qué más?

—Pues, iba ya a echar a correr para llamar a la policía, cuando mi pie chocó contra un objeto duro; me agaché y vi que era este revólver.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Reconocí como mío el revólver.

—¿Estuvo seguro de que era suyo?

—Sí, así lo creí.

—¿Y después...?

—Reflexioné de pronto que me encontraba en una posición excesivamente peculiar.

—Verdaderamente, puede usted asegurarlo —asintió Hamilton Burger—. En realidad, ésta es la declaración de la semana: se hallaba usted en una posición muy... muy peculiar.

—Sí, señor.

—De manera que le pareció conveniente meditar un poco sobre la peculiaridad de su posición, ¿no?

—Sí.

—Y, eventualmente, llegó a una decisión y abandonó el club de golf sin informar a la policía su hallazgo del cadáver, ¿no es cierto?

—Exactamente, así fue.

—Y una vez llegó usted a tal decisión, huyó a toda velocidad.

—Sí.

—Entonces, ya hemos fijado el momento exacto —continuó Hamilton Burger—. Eran las diez veintidós. A las diez y seis minutos usted encontró el cadáver y la pistola, poniendo esta hora como límite máximo; lo cual le deja a usted un intervalo de más de «quince minutos», señor Dutton.

—No creí que fuese tanto.

—Las pruebas indiscutibles demuestran que «fue» tanto, señor Dutton. Un intervalo de quince minutos, durante cuyo tiempo estuvo junto al cadáver, con la pistola en la mano.

—No pudo ser tanto tiempo.

—¿Qué más hizo usted? —preguntó Hamilton Burger.

—Yo... nada.

—Quince minutos —repitió el fiscal—. Un cuarto de hora. ¿Qué estaba intentando hacer, señor Dutton?

—Trataba de aclarar la situación.

—¿No estaría, por casualidad, ocultando alguna prueba?

—Ciertamente, no. Yo no haría nunca tal cosa.

—Pero comprendió que la pistola era una prueba.

—Lo presumí.

—Y la escondió.

—Me la llevé conmigo.

—¿Y la escondió en una alcantarilla?

—Sí.

—¿Por tanto, escondió una prueba?

—Pues... sí.

—Entonces, no tiene por qué adoptar esta actitud de honradez delante del jurado —resumió Hamilton Burger—, afirmando que jamás ocultaría ninguna prueba. Bien, ahora voy a preguntarle de nuevo qué hizo usted durante estos quince minutos, este cuarto de hora largo en que estuvo en el campo de golf, junto al cadáver.

—No lo sé. Estuve reflexionando sobre mi situación.

—Usted veía el cielo. ¿Estaba bastante iluminado?

—Sí.

—Pero el suelo estaba a oscuras, ¿verdad?

—No demasiado.

—Pero sí lo bastante para que usted no pudiese ver el cadáver inmediatamente, ¿no es así?

—Divisé algo oscuro.

—Pero usted nos contó que tardó en divisarlo de veinte a treinta segundos. Según sus propias palabras, estuvo andando por el campo unos treinta segundos.

—Tal vez no fuese tanto tiempo. Prefiero volver a mi declaración original: fueron de ocho a diez segundos.

—¿Entonces desea cambiar su testimonio respecto a los treinta segundos?

—Creo que los treinta segundos fueron un cálculo suyo. Yo dije más de diez; añadí que pudieron ser veinte y usted, generosamente, me concedió treinta, para ser justo conmigo.

—Sí, sí —asintió Hamilton Burger, contrariado—. De modo, que según usted fueron veinte.

—Sí.

—Pero ahora piensa que fueron menos de diez.

—Lo cierto es que no llevaba un cronómetro encima.

—De acuerdo, no llevaba cronómetro, pero declaró al jurado que usted creía haber tardado más de diez segundos en encontrar el

cadáver; que incluso pudieron ser veinte.

—Pues... sí.

—Y ahora insiste en que fueron menos de diez.

—Creo que sí.

—¿Cuál es la verdad? —Hamilton Burger elevó algo su tono de voz—. ¿Fueron diez o veinte segundos?

—Diría que más bien diez.

—¿Cogió usted la pistola?

—Sí.

—¿Y pensó que era la suya?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues... vi una *Smith and Wesson*, del mismo tipo que el revólver que yo compré.

—¿«Vio» usted que era un revólver *Smith and Wesson*?

—Sí, señor.

—¿Cómo es posible, si estaba tan oscuro que no logró distinguir el cadáver hasta al cabo de diez o veinte segundos? ¿Cómo diablos pudo estar tan seguro respecto al revólver?

—Yo... tenía una linterna de bolsillo.

—¿Cómo? —exclamó Hamilton Burger, como si el acusado se hubiera proclamado ya culpable.

—Tenía una pequeña linterna.

—¿Y por qué no lo declaró antes?

—Nadie me lo preguntó.

—Oh, usted llevaba consigo una linterna y no nos lo dijo porque nadie se lo preguntó.

—Exacto.

—¿Tiene que declarar alguna cosa más incriminatoria para usted, a pesar de que nadie se la haya preguntado?

—No creo que ésta haya sido una admisión incriminatoria.

—No, ¿eh? —tronó el fiscal—. Admite que poseía una linterna. Entonces, ¿por qué no la usó para mirar a su alrededor?

—La llevaba en el bolsillo.

—¿Y se sintió demasiado perezoso para sacarla?

—No. No la necesitaba.

—¿Pero usted registró el terreno?

—Sí.

—¿Durante, al menos, diez segundos?

—Tal vez.

—¿Y no se le ocurrió sacar la linterna?

—No.

—¿Pero luego iluminó el cadáver con ella?

—No.

—¿Por qué no?

—Sólo quise asegurarme de que había muerto.

—Bien, bien, bien... —comentó el fiscal—, conque usted llevaba una linterna, pero no se sentía demasiado interesado en mirar las facciones del hombre muerto para ver si le conocía, ¿verdad?

—No conocía a Rodger Palmer. Sólo le había hablado por teléfono.

—¿Así que presumió que el cuerpo era el de Rodger Palmer?

—Sí.

—¿Fue ésta la única presunción por su parte?

—Sí.

—¿No podría tratarse de nadie más?

—Sí.

—¿Y no tuvo curiosidad para querer encender la linterna?

—No.

—Dicho de otra forma, usted conocía la identidad de aquel cadáver, ¿eh, señor Dutton?

—No. Sólo la presumí.

—Pero tan pronto como encontró la pistola la contempló a la luz de su linterna.

—Sí.

—Para asegurarse de que era un revólver *Smith and Wesson*.

—Sí.

—¿Comprobó el número de la pistola?

—Creo que sí.

—¿Y observó que habían disparado un cartucho?

—Sí.

—¿Y comprendió que estaba dejando sus huellas dactilares en el arma?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—Saqué el pañuelo y froté cuidadosamente la pistola.

—¡Oh! —volvió a exclamar Hamilton Burger—. Sacó el pañuelo y frotó concienzudamente la pistola, ¿eh?

—Sí.

—Con lo cual, no sólo borró sus propias huellas sino las de cualquier otra persona.

—Supongo que sí.

—Y sin embargo, usted nos ha asegurado que no hizo nada para ocultar pruebas... ¡claro que no! ¿Por qué frotó la pistola y borró sus huellas?

—Tenía que borrarlas.

—¿Por qué?

—Estaba... estaba asustado. Pensé que era mi pistola y que esto me relacionaría con el crimen.

—Por tanto, tuvo usted un sentimiento de culpabilidad en relación con el asesinato, digamos a las diez y seis o siete minutos de aquella noche, ¿verdad?

—¿Cómo se hubiese sentido usted de haber sido su pistola?

—¿Cómo me sentiría yo? —tronó Hamilton Burger, irguiéndose en toda su estatura—. Yo hubiera pensado que era un ciudadano deseoso de cumplir con la ley y habría recabado inmediatamente la presencia de la policía. Habría tomado todas las medidas posibles para preservar las huellas dactilares del asesino en la pistola. Habría volado como una flecha al teléfono más próximo. Habría llamado a la policía. Les habría dicho: «Creo que se trata de mi revólver. Mis huellas dactilares están en él, pero supongo que también las del asesino». Ciertamente, no habría sacado mi pañuelo y frotado el arma a fin de hacer desaparecer todas las huellas, ni me habría detenido junto a una alcantarilla para arrojar el revólver dentro... Vamos, vamos, estoy divagando, señor Dutton. Usted me formuló una pregunta y se la he contestado. No debí hacerlo. Aquí soy yo quien pregunta. Bien, después de haber borrado las huellas del revólver, ¿qué más hizo?

—Salí del campo de golf y subí a mi auto.

—No es cierto —replicó Hamilton Burger—. Su declaración demuestra que estuvo aguardando otros catorce minutos. ¿Qué hizo

durante los mismos?

—Por una parte, frotando el revólver.

—Posiblemente como un loco, ¿eh?

—Lo froté vigorosamente.

—Respiró sobre ella para que el vaho la humedeciese y luego eliminó todo rastro de huellas, ¿no fue así?

—Creo que sí.

—Bien, bien —repitió el fiscal—, y esto lo hizo un caballero que afirma no pretende jamás borrar ninguna prueba.

Hamilton Burger meneó la cabeza como asombrado ante la depravación de aquel ser humano y dio unos pasos hacia su mesa. Luego, como asaltado por una súbita idea, regresó junto al testigo.

—Ahora voy a formularle unas preguntas respecto al fideicomiso, señor Dutton. Usted afirmó que en el depósito habían unos cien mil dólares cuando lo recibió y que después de abonar más de cien mil quedan aproximadamente unos doscientos cincuenta mil.

—Sí, señor.

—¿Y vendió usted las acciones de la *Steer Ridge Oil*?

—Sí.

—Pero el motivo de su reunión con Rodger Palmer era para discutir un trato en relación con dicha compañía, ¿no?

—Sí.

—No lo entiendo —se admiró el fiscal—. Usted había vendido las acciones de la *Steer Ridge Oil*.

—Pero poseía otras acciones.

—¿Otras acciones?

—Sí.

—¿De la *Steer Ridge Oil*?

—Sí.

—Vaya, vaya, hablemos de esto.

—Poseía unas acciones que adquirí poco antes.

—¿Cuándo las adquirió?

—Las primeras unas semanas antes, y luego fui adquiriendo más hasta llegar a la suma original unos días antes del descubrimiento del nuevo pozo.

—Así que poseía muchas acciones.

—Sí.

—Pero usted había vendido las acciones de esta compañía pertenecientes al depósito de Templeton Ellis.

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que era una buena operación. No creí que las acciones favoreciesen al depósito.

—Pero asimismo resultó una buena operación comprarlas luego en su propio nombre, ¿verdad?

—Yo podía permitirme el lujo de correr algún riesgo.

—Ya. Y ahora, con referencia a la venta de las acciones del depósito, ¿las vendió usted?

—Sí, y compré luego otras, pagándolas al precio del mercado.

—¿Pero ya habían subido?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Un poco.

—¿Cuánto acreditó usted en el depósito de resultados de la venta de las acciones de la *Steer Ridge Oil*?

—Unos diez mil dólares.

—¿Y cuánto vale ahora aquel puñado de acciones de esa compañía?

—Doscientos mil.

—De manera que usted realizó un beneficio de ciento noventa mil dólares, traicionando los intereses de la beneficiaria.

—No, señor.

—¿No vendió usted las acciones originales del depósito y luego las adquirió en su propio nombre?

—Sí... cuando pensé que se produciría una lucha por el mando de la compañía.

—¿Y aquellas acciones valen ahora varias veces lo que usted pagó por ellas?

—Sí.

—¿Y cómo justifica esta acción en su calidad de fideicomisario, señor Dutton?

—Pensé que aquellas acciones eran altamente especulativas. No las compré porque sí, sino para proteger el depósito.

—¿Y creyó proteger el depósito adquiriendo nuevas acciones a su propio nombre?

—Sabía que podía reingresarlas en el depósito si las acciones subían.

—Oh, entiendo —sonrió el fiscal—. Así que compró las acciones. Y si éstas hubiesen bajado, usted habría sufrido las pérdidas. Pero de subir, las habría añadido al depósito, ¿verdad?

—Algo por el estilo.

—¡Algo por el estilo! —repitió Hamilton Burger con todo el sarcasmo de que era capaz—. Bien, ¿ha devuelto aquellas acciones al depósito?

—Sí.

—¿Y es por esto que ahora el depósito vale doscientos cincuenta mil dólares?

—Hay también otros beneficios.

—Ciertamente, esto parece magia financiera. Tal vez logre explicármelo un poco mejor porque yo no soy financiero, y tengo entendido que usted es un consejero bursátil profesional, ¿no, señor Dutton?

—Sí, represento a varios clientes.

—¿Y con estos otros clientes, también juega de la misma manera con sus acciones?

—Estos clientes los tengo sobre una base diferente.

—Ya. Una base según la cual, de cuando en cuando, le exigen cuentas. A propósito, ¿cuántas cuentas le ha presentado a la señorita Ellis?

—Ninguna.

—¿Cuándo le comunicó la venta de las acciones de la *Steer Ridge Oil*?

—No se lo comuniqué.

—¿No se lo comunicó?

—No.

—Y sin embargo, tengo entendido que ella le recomendó que no se desprendiese de aquellas acciones.

—Sí.

—¿Por esto no le dijo que las había vendido?

—Pues... tal vez.

—No se lo dijo, ¿eh?

—No.

—¿Ni que pensaba sacar un provecho propio comprando otras?

—No, y las acciones que adquirí no eran las mismas del depósito.

—¿Y ha devuelto usted estas acciones al depósito?

—Sí.

—Si no eran las mismas acciones, ¿por qué las ha reintegrado usted? ¿Le remordía la conciencia?

—No.

—Entonces, ¿por qué devolverlas? Y si se trataba de las mismas acciones del depósito, ¿por qué venderlas para volver a comprarlas a su nombre?

—No puedo responder a esta pregunta de otra forma.

—¿Cuándo transfirió usted las acciones al depósito en relación con la fecha del veintiuno de septiembre?

—Aproximadamente, por entonces.

—¿«Aproximadamente por entonces»? —repitió el fiscal—. ¡Qué interesante! Y también fue aproximadamente por entonces que Rodger Palmer comenzó a telefonearle a usted, ¿verdad?

—Sus llamadas telefónicas nada tuvieron que ver con mis acciones.

—Bien, ¿qué más sucedió aproximadamente por entonces? ¿No consultó, por casualidad, con un abogado?

El testigo vaciló.

—¿No? —el fiscal abandonó su sonrisa—. Sí o no. ¿No consultó por entonces con un abogado?

—Sí.

—¿Y no le contó que había desfalcado el depósito del fideicomiso?

—Le conté que había vendido algunas acciones del depósito, acciones que yo pensé estaban de baja.

—Pero luego compró esas mismas acciones.

—Sí, de la *Steer Ridge Oil*.

—¿Y acostumbra usted a comprar acciones que están en baja?

—A veces corro algún riesgo.

—¿Siempre compra acciones que están en baja?

—A veces adquiero algunas acciones para negociar.

—Pero cuando compra unas acciones, usted cree que pueden volver a subir, ¿no?

—Naturalmente.

—Por tanto, cuando adquirió las acciones de la *Steer Ridge Oil* pensó que tal vez subirían.

—Sabía que existía esa posibilidad.

—Sin embargo, en su calidad de albacea y sabiendo que aquellas acciones eran precisamente las que la beneficiaria deseaba que usted conservase, sabiendo que existía la posibilidad de que las mismas comenzasen a aumentar de valor, usted las vendió.

—Juzgué que era una buena inversión.

—¿Para quién? ¿Para la beneficiaria o para usted?

—Para la beneficiaria.

—Y más adelante compró una cantidad igual de acciones —prosiguió implacable el fiscal—, y luego las devolvió al depósito, muy poco antes del día del crimen, buscó el consejo de un abogado y no le dijo a la beneficiaria lo que había hecho ni le entregó jamás un estado de cuentas del depósito. Bien, bien... me alegro de haberle contrainterrogado, señor Dutton, porque de lo contrario estos hechos no habrían salido a relucir y entiendo que el jurado se sentirá muy interesado por los mismos. Porque usted no intentaba contarle todo esto al jurado, ¿verdad, señor Dutton?

—Nadie me lo preguntó.

—Quiere usted decir que en el interrogatorio directo, su abogado eludió cuidadosamente referirse a estas cuestiones.

—¡Protesto por argumentativo! —se opuso Perry Mason.

—Admitida la protesta —dictaminó rápidamente el juez Alvarado. Hamilton Burger les sonrió ampliamente a los jurados.

—Aquí termina mi contrainterrogatorio —anunció, y regresó triunfalmente a su mesa, como el hombre que acaba de conseguir la mayor ambición de su vida.

Capítulo 19

—¡Que se presente el señor Holbrook! —pidió Perry Mason.

George Holbrook, alto, algo encorvado, con el rostro enjuto, prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

—¿Recuerda usted la noche del veintiuno de septiembre de este año? —le preguntó Mason.

—Sí.

—¿Ocurrió algo aquella noche que le haga recordarla especialmente?

—Sí.

—¿Qué fue?

—La hermana de mi esposa llegó de su pueblo.

—¿A qué hora llegó?

—A las once y diez, al aeropuerto.

—¿Fue usted a recogerla al aeropuerto?

—Con mi esposa.

—Ahora, refiriéndonos concretamente a aquella noche un poco antes, hubo algo que despertó su atención, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué fue?

—A las nueve, mejor dicho, un minuto o dos después, oí un disparo.

Hamilton Burger se puso rápidamente de pie.

—¡Pido que se borre esta última parte de la declaración del nuevo testigo por ser una conclusión gratuita por su parte!

—Oh, juzgo que la expresión es bastante corriente —opinó el juez—. Podrá usted contrainterrogarle sobre este punto.

—¿Podría determinar la dirección del sonido? —continuó Perry Mason su interrogatorio.

—Procedía del campo de golf.

—¿Dónde se halla situada su casa con referencia al campo de golf del club Barclay?

—Vivimos en una calle paralela al mismo.

—¿Está familiarizado con la ubicación del hoyo número siete?

—Sí.

—A fin de que no exista ningún error —añadió Mason—, le enseñaré un plano introducido como evidencia y le pediré que observe la calle que cruza más cerca de su casa y que señale el hoyo número siete.

—Sí, señor. Está aquí.

—¿A qué distancia viven ustedes de dicho hoyo?

—A unos ciento cincuenta metros.

—Contrainterrogatorio —ofrecióle Mason al fiscal.

Hamilton Burger se levantó y consiguió expresar una gran perplejidad en su rostro.

—Con la venia de la sala, tengo que oponerme a la declaración de este testigo por incompetente, irrelevante e inmaterial.

El juez Alvarado se volvió hacia Perry Mason.

—¿Le importaría explicarnos el motivo de la presencia de este testigo, señor Mason?

—Me encantará, su señoría. El cirujano que realizó la autopsia ha declarado que la muerte ocurrió entre las nueve treinta a las dos treinta de aquella noche. En el contrainterrogatorio, dicho cirujano admitió que un doctor no puede fijar la hora de la muerte con la misma seguridad que si fuese un cronómetro. Por lo tanto y concebiblemente, la muerte pudo tener lugar a las nueve de aquella noche. El acusado ha declarado que Palmer estaba ya muerto cuando él llegó al escenario del crimen. Bien, la muerte pudo ocurrir una hora antes.

Hamilton Burger soltó una carcajada y, al parecer, intentó recobrar el dominio de sí mismo.

—Todo esto se basa en el hecho de que alguien oyó el escape de un coche o un neumático al estallar... y bajo la persuasiva influencia del abogado defensor, el testigo ha sido inducido a creer que fue un disparo. Y ahora, desea que el jurado crea, no sólo que hubo tal disparo, sino que fue el disparo fatal. Su señoría, declaro

que todo esto no son más que vaguedades excesivamente fantásticas para poder figurar en este proceso y permitir que influyan sobre el jurado.

El juez Alvarado movió la cabeza.

—Creo que su argumentación se funda más en el peso, que en la admisibilidad de la evidencia, señor fiscal. Este tribunal permitirá que continúe esta declaración. Naturalmente, usted podrá contrainterrogar a su vez al testigo.

Hamilton Burger exhaló un suspiro para indicarle al jurado las tribulaciones que debe de sufrir un fiscal de distrito, y luego se volvió al testigo.

—¿Cómo sabe que eran las nueve?

—Yo estaba en el porche fumando un cigarrillo y de repente me di cuenta que era la hora de mi programa favorito en la televisión.

—¿Qué programa?

—Un noticiario con su análisis.

—¿Es su programa favorito?

—Sí.

—¿Lo ve cada noche?

—Casi cada noche.

—¿Y es éste el único programa que atiende?

—Oh, no.

—¿Contempla otros?

—Ciertamente.

—¿De qué naturaleza son los demás programas que contempla?

—Bueno, tengo dos o tres noticiarios favoritos.

—¿Por ejemplo...?

—El de Carleton Kenny. Procuro verlo cada noche.

—Oh, sí —exclamó el fiscal—, es un programa de las once de la noche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué otros?

—Dos o tres más.

—¿Cuál era el programa que estaba viendo a las nueve de la noche cuando oyó la detonación que usted tomó por un disparo?

—Estaba viendo el programa de Ralph Woodley.

—¿Woodley? —repitió el fiscal.

—No, no —se corrigió el testigo—, quise decir George Tillman.

—¡Un momento; usted dijo antes que estaba viendo el programa de Woodley!

—Bueno, me confundí. De pronto me he dado cuenta...

—De pronto se ha dado usted cuenta —le interrumpió Hamilton Burger— de que este programa lo dan a las nueve y el otro a las diez. Usted dijo que atendía al programa de Woodley. Y éste normalmente tiene lugar a las diez, ¿no?

—Sí.

—Y cuando yo le pregunté qué programa estaba siguiendo, usted me lanzó el nombre de Woodley antes de poder meditarlo.

—Fue un desliz.

—Pero cuando se lo pregunté, contestó que había tenido tiempo de pensar que estaba usted asistiendo al programa de Woodley.

—Sí.

—Entonces, el disparo pudo oírlo a las diez.

—No, señor. El disparo tuvo lugar a las nueve. Fue antes de que yo sintonizase el programa de las nueve, bueno, los últimos trece minutos del mismo.

—Vaya, señor Holbrook —Hamilton Burger se mostraba magnánimo—, no quiero dejarle en mal lugar. Deseo que me escuche atentamente. Supongamos que yo le aseguro a usted, que es lo que estoy haciendo en realidad, que dos honorables ciudadanos que viven más cerca del séptimo hoyo que usted, están dispuestos a jurar que poco después de las diez, cuando el programa de Woodley estaba en el aire, oyeron un solo tiro de revólver, o una detonación que ellos interpretaron como tal, procedente de la dirección del hoyo número siete. ¿Cambiaría este testimonio sus recuerdos y declararían usted que el sonido que oyó, que usted tomó por un disparo, fue a las diez y no a las nueve?

George Holbrook permaneció unos instantes como petrificado.

Luego, meneó lentamente la cabeza.

—Pensé que eran las nueve.

—Naturalmente —Hamilton Burger deseaba expresarle su simpatía y compasión—. Pero pudo equivocarse. Aquella noche estaba usted muy excitado. ¿No tenía que ir al aeropuerto a recibir a la hermana de su esposa?

—Sí.

—¿Y por qué no le comunicó a la policía a la mañana siguiente lo que usted oyó, cuando se enteró del crimen?

—No me enteré del crimen —declaró Holbrook—. Decidimos salir de viaje, por lo que aquella noche hicimos las maletas, dormimos dos o tres horas y al amanecer emprendimos la marcha.

—Entendido. ¿Y a dónde fueron, señor Holbrook?

—Hacia Sacramento. Estuvimos fuera tres semanas.

—¿Y durante todo este tiempo estuvo ignorante del crimen cometido?

—No exactamente ignorante, pero no le concedí ninguna importancia, ni me di cuenta de que se trataba del campo de golf lindante con nuestra casa.

—O sea que no comprendió la importancia de aquella detonación hasta tres semanas más tarde.

—Sí, señor.

—¿Y entonces trató de reconstruir en su memoria la fecha exacta en que oyó la detonación?

—Sí.

—¿Y la hora a que la oyó?

—Sí.

—¿Después de un intervalo de tres semanas?

—Sí.

—¿Tres semanas completas?

—Sí.

—¿Y no pudo ser que oyese la detonación mientras escuchaba el programa de Woodley, como dijo al principio?

—Sí, yo pensé que... No, no, un momento. El programa de Woodley empieza a las diez. Y la detonación fue a las nueve.

Hamilton Burger sonrió con indulgencia.

—Si los otros testigos asegurasen que la detonación sonó cuando el programa de Woodley estaba en el aire, usted cambiaría su testimonio una vez más y declararía que fue a la hora del programa de Woodley, ¿verdad?

—Yo creo recordar que fue a las nueve.

—Cree recordar —repitió Hamilton Burger, con severidad e inclinándose adelante para taladrar las pupilas del testigo—. No

puede jurarlo, ¿verdad?

George Holbrook meditó un instante.

—No, no puedo jurarlo positivamente.

—Gracias —dijo Hamilton Burger con sequedad—. Nada más.

Hamilton Burger se alejó del estrado, miró al jurado un momento y permitió que una sonrisa iluminase sus facciones. Después, fingió tratar de enmascarar sus sentimientos y repitió:

—Bien, nada más.

—Tengo un asunto en mi agenda que no admite dilación —intervino ahora el juez—. Por tanto, continuaremos este caso mañana por la mañana a las diez. Durante la suspensión, los jurados recordarán la obligación de no hacer comentarios con nadie respecto al mismo, ni expresar su opinión sobre la culpabilidad o inocencia del acusado. Este tribunal aplaza la vista hasta las diez de la mañana.

Mientras los espectadores iban desfilando, Dutton se inclinó hacia Perry Mason.

—¿Qué tal estuve en el estrado?

—Tal como yo esperaba —le respondió el abogado, metiendo varios documentos en su carpeta.

—No parece usted muy entusiasmado.

—Procure dormir bien esta noche —le recomendó Mason—, y olvídense del caso. Nadie sabe jamás lo que hará un jurado.

El abogado le hizo una señal al alguacil y al oficial que se encargaba de la custodia del acusado, consiguió dirigirle una confortadora sonrisa a Della Street y salió de la sala con los hombros muy cuadrados, un aspecto de confianza absoluta, alta la barbilla... y un gran frío en el estómago.

Capítulo 20

De vuelta a su despacho, la confianza de Mason se desvaneció.

—¿Bien? —preguntóle Della Street.

—Busque a Paul Drake —le ordenó su jefe—. Tenemos que hacer algo, o nuestro cliente quedará convicto de asesinato en primer grado.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo que sea. Pero tenemos que hacer algo.

—¿Tal mal está la cosa?

—Tan mal. Los manejos de Dutton con el depósito de la Ellis no le han gustado en absoluto al jurado.

—Paul Drake vendrá al instante —le anunció Della Street, tras haber telefoneado.

Y en efecto, poco después se oyó en la puerta privada la llamada peculiar del detective. Della fue a franquearle el paso.

Drake levantó las cejas, inquisitivamente, y Della meneó negativamente la cabeza.

Mason, pensativo, medía el suelo con los pies.

Drake se arrastró hasta el sillón de los clientes y se dejó caer en él.

—Tenemos que sacar un conejo del sombrero, Paul —le espetó Mason de repente.

Drake asintió.

Mason continuó su paseo por el despacho.

—Algo dramático. Algo que nos favorezca.

—¿Qué tal está el asunto? —quiso saber el detective.

—Ya lo sabes —Mason no levantó la mirada del suelo—. Hamilton Burger ha eliminado cualquier simpatía que el jurado pudiera sentir por el acusado. Ha confundido al único testigo que

podía habernos ayudado a establecer una duda razonable.

—Tú también has conseguido fastidiarle tantas veces delante de un jurado —razonó Drake—, que creo que esta vez te muestras excesivamente pesimista.

Mason meneó la cabeza.

—Usualmente, Hamilton Burger no puede realizar ningún movimiento. Yo suelo apoderarme de sus testigos en el contrainterrogatorio y descubrir algún punto débil que me capacita para destruir la teoría del fiscal. Y antes de que él dé por finalizado el desfile de sus testigos, ya no queda caso. Pero esta vez tengo que ir adelante y llevar a mis testigos al estrado. Y Burger puede contrainterrogarlos. Los papeles se han trocado por completo. Ahora es él quien puede destruir mis testigos.

—¿Crees que es cierto que tiene dos testigos dispuestos a declarar que la detonación se oyó a las diez de la noche?

—Tiene que serlo. Naturalmente que tendré ocasión de contrainterrogar a ambos testigos y, créeme, Paul, algo raro hay en ello.

—¿Qué quieres decir?

—Si se han mostrado tan seguros como parece, el fiscal ya los habría llamado a declarar. Pero el hecho de que no lo haya hecho todavía indica que no intenta emplearlos, a menos que se vea obligado a ello.

—¿Crees que procurará apartarlos del estrado ahora que ya ha confundido a tu propio testigo? —inquirió el detective.

—No se lo permitiré. Insistiré en que ambos testigos presten declaración y los contrainterrogaré. Tal vez consiga algo, tal vez no. Lo único que sé es cómo está el caso en la actualidad, y que tenemos un cliente camino de la cámara de gas o una cadena perpetua.

—¿Alguna sugerencia?

—Estaba pensando una cosa...

—¿Qué?

—Paul —se decidió Mason de repente—, hay que empezar a apretar las clavijas. Quiero que consigas el mejor y más moderno detector de metales. Creo que ahora existen unos muy sensibles.

—¿Un detector de minas? —se admiró Paul Drake.

—Eso es.

—¿Para qué?

—Iremos al club Barclay y buscaremos por entre el césped, en la proximidad del séptimo hoyo.

—¿Buscaremos... qué?

—Un cartucho vacío.

—¡No seas estúpido, Perry! —estalló Drake—. El asesinato se cometió con un revólver. Y un revólver no deja caer los cartuchos vacíos.

—Pero una persona que dispara con un revólver sí puede dejar caer uno —objetó Mason.

—¿A qué te refieres?

—Si el asesinato se cometió a las nueve alguien ingenió el asunto para que Dutton estuviese en el club de golf a las diez, por lo que debió disparar otra vez al aire tan pronto como Dutton estuvo cerca del club. Después, debió arrojar el revólver al suelo, junto al cadáver, y retrocedió, por entre las sombras, logrando escapar y dejando que Dutton cargase con las consecuencias de su acto.

—¿Y qué?

—Iremos al campo de golf —repitió Mason— y exploraremos el terreno con un detector de minas.

—El campo de golf estará lleno esta tarde —se lamentó Drake—. El tribunal ha suspendido muy temprano la sesión, y si ahora vamos allí, nos encontraremos con gran cantidad de médicos, dentistas, banqueros y profesionales jugando al golf.

Mason asintió.

—Nos echarán a patadas.

—¿Sí? —preguntó el abogado.

Drake le miró con fijeza y sonrió.

—¿O sea que deseas llamar la atención?

—¿Por qué no?

—Con esto no demostrarás nada —gruñó el detective.

—Pero el hecho de que estemos allí buscando un cartucho vacío dará a entender que le concedemos una importancia extraordinaria a la declaración de Holbrook.

Drake meditó el asunto unos instantes y por fin soltó una sonrisa.

—Supongo que no te sabrá mal que haya por allí algún periodista y un fotógrafo.

—En absoluto —confesó Mason—. En realidad, esto podría resultar muy necesario.

—El juez le ha recordado al jurado que no debe leer periódicos —dijo Drake.

Mason le miró y sonrió y luego se volvió hacia Della Street.

—Della, esto es asunto suyo. Vaya a la mejor tienda de modas de la ciudad, al sitio más caro, y adquiera un modelo de deporte que haga abrir desmesuradamente todos los ojos masculinos. No importa el dinero, su vestido tiene que ser el sueño de un periodista. Ya procuraremos que figure en primera página.

Della Street se puso de pie y se dirigió a la puerta con mucha coquetería.

—Fíjense en cómo atravieso el umbral —dijo.

Capítulo 21

Un grupo muy digno de jugadores de golf contemplaba a Perry Mason, Paul Drake, Della Street, y un agente del detective, mientras caminaban por el césped del campo hacia el séptimo hoyo, acarreando el agente un detector de metales portátil.

Mason le sonrió afablemente al grupo que se hallaba en el hoyo número siete.

—Perdonen que les moleste en su juego, caballeros. Pero... en fin, esperaremos a que hayan terminado.

—¿Hasta que hayamos terminado? —se asombró uno de los jugadores.

Mason sonrió y señaló el agente de Drake con el detector.

—¿Qué pasa? —preguntó el mismo jugador.

—Bueno, ustedes ya estarán enterados de que aquí se cometió un crimen —le explicó Mason—. Estamos buscando pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—Pensamos que tal vez... Quizá no deba decir nada todavía. Pero creemos que aquí podremos encontrar cierta orientación.

Los jugadores se agruparon todos en torno a Perry Mason, olvidados ya de su distracción favorita.

—¡Usted es Perry Mason, el famoso abogado! —exclamó uno de ellos.

Mason se inclinó y sonrió.

—Paul Drake, mi detective privado, uno de sus agentes y... lo más importante de todo, la señorita Della Street, mi secretaria particular.

La joven se estiró la cortísima falda y les dirigió a los jugadores la más cautivadora de sus sonrisas.

Al instante, acudieron otros jugadores diseminados por los

demás hoyos.

—Ya podemos empezar —le dijo Mason al agente.

El aludido se colocó los auriculares, manejó el aparato a fin de sintonizarlo adecuadamente, y comenzó a caminar lentamente por entre el césped.

A los pocos momentos, cincuenta espectadores le iban siguiendo sumamente interesados.

—¿Pero y el juego? —se atrevió a preguntar uno de los reunidos.

—¡Al infierno con el juego! —replicó otro con acritud—. Esto es mucho más excitante. Veamos qué ocurre.

La noticia fue corriendo de boca en boca, por lo que el encargado del club no tardó en acudir corriendo para averiguar qué pasaba.

Al principio, frunció el ceño, pero cuando observó el interés de los miembros del club, pareció ablandarse y poco después regresó a las dependencias.

—Vas a tener toda la publicidad que deseabas, Perry —le confió el detective, al observar la marcha del encargado—. Estoy seguro que ese hombre ha ido a telefonar a la prensa.

—¡Estupendo! —le contestó Mason en el mismo tono—. De esta manera, nadie podrá decir que lo de llamar a la prensa fue idea mía.

—Además, los periodistas llegarán aquí treinta minutos más tarde que nosotros.

Mason le dirigió una mirada de reproche a su amigo.

—Eres excesivamente ético, querido.

—Bueno, si mi agente halla algo, tendremos que comunicárselo a la policía, aunque no hay nada en mi código que me impida informarle a la prensa del sitio donde estamos registrando.

—Como abogado —objetó Mason—, yo no puedo emplear ninguna clase de publicidad. No sería ético.

Drake sonrió.

—Ya sabía por qué quisiste que te acompañara.

El agente provisto del detector iba moviéndose lentamente, manejando el aparato atrás y adelante por encima de la superficie del césped, en dirección al sexto hoyo, siguiendo una especie de cinta arenosa; luego volvió sobre sus pasos.

—¡Eh, aquí hay algo! —gritó de repente.

—Veamos qué es —dijo Mason.

El agente sostuvo el aparato directamente sobre el lugar señalado.

Drake se dejó caer de rodillas y pasó una mano exploradora por entre el césped.

—Ya lo tengo —y se levantó con una cápsula de latón vacía.

—Que hinquen una estaquita aquí —ordenó Mason, con júbilo —, para señalar el sitio exacto del hallazgo, Paul. Y tú, marca ese casquillo.

Drake obedeció, colocando una estaquita de metal en el suelo, y después le ató un lazo colorado.

—¿La cámara? —le pidió Mason a su secretaria.

La joven le entregó una que llevaba.

El abogado rodeó el lugar, tomando una docena de fotografías desde diferentes ángulos y mostrando el sitio con respecto a todas las referencias posibles.

Después, cuidadosamente, metió el cartucho vacío dentro de una bolsita formada con su pañuelo. Drake arañó la superficie de metal y Mason examinó el arañazo con una lupa.

El grupo de interesados jugadores se acercó aún más, casi pegados al grupo de buscadores.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió uno.

—Significa que ahora tenemos la corroboración de... —empezó a decir Mason, pero se arrepintió—. Bien, es preferible no discutirlo aquí.

El abogado levantó la vista con una sonrisa angelical en su rostro.

—No me gustaría ser acusado de influir en la opinión pública —se disculpó—. Pueden ustedes leer los periódicos de mañana y sabrán mucho más de lo que ahora podría comunicarles. Drake tocó el codo del abogado.

—Vámonos donde podamos hablar —le urgió.

Mason asintió, se colgó del brazo del detective y sonrió amablemente al círculo de jugadores.

—Si nos permiten un instante, tenemos algo de que hablar en privado.

El círculo se abrió para cederles paso.

—¿Y bien? —preguntó Mason, cuando se hallaron lejos de oídos indiscretos.

—Mira, Perry, no es cosa mía aconsejarte sobre cómo tienes que llevar un caso, pero esta vez vas a conseguir una cantidad insólita de propaganda.

—¿Y qué?

—Habrá un castillo de fuegos artificiales —continuó el detective—. Si hubiésemos visto que este cartucho vacío había sido sacado de un revólver y arrojado al suelo, tendríamos algo positivo; pero se trata de una cápsula expulsada por una automática, una pistola de calibre treinta y dos, y el arma del crimen fue un revólver *Smith and Wesson*, de cañón corto, calibre treinta y ocho.

—¿Qué más?

—Que esta cápsula no constituye ninguna prueba.

—¿Por qué no? —arguyó el abogado—. Estaba aquí. Y es un cartucho vacío.

—Pero no hubo dos pistolas.

—¿Cómo lo sabes? —retrucó Mason.

—Claro que no lo sé, pero tenemos que admitirlo.

—Dejemos que lo admita el fiscal del distrito —replicó Mason—. Tú y yo acabamos de descubrir una importante pieza de la evidencia.

—Sí, tal vez consigas hacerla encajar en tu teoría —admitió el detective—, pero tendrás un trabajo de mil diablos para convencer a los del jurado.

—Al fin y al cabo —objetó Mason—, un abogado es, o debe ser, un tipo capaz de tomarse muchas molestias para convencer a un jurado. Vamos, completaremos el registro.

—¿Completaremos el registro?

—Sí, no podemos irnos sin haber acabado.

—¿Qué más intentas descubrir?

—Tal vez nada, tal vez mucho —respondió Mason—. Pero debemos asegurarnos de que no queda nada más.

—Ya entiendo. Deseas quedarte aquí hasta que lleguen los periodistas.

Mason abrió desmesuradamente los ojos.

—Paul Drake, eres un incrédulo. Yo no hago tal cosa. Simplemente, deseo terminar el registro.

—Perry —le espetó Drake, de repente—, ¿no dejaste caer tú este cartucho vacío para que mi agente lo encontrase, verdad?

—Claro que no.

—¿Ni Della?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—El fiscal proclamará que tú lo plantaste aquí, antes o durante nuestra búsqueda.

—¿Podrá probarlo?

—¡Espero que no!

—Yo también lo espero —repuso Mason—. Vamos, Paul, el trabajo nos aguarda.

El círculo de interesados espectadores volvió a abrirse ante el abogado y el detective.

—Bien, creo que ya hemos hallado lo que andábamos buscando —le dijo Mason al agente—, pero tenemos que asegurarnos de que no queda más. Terminemos el registro.

Lentamente, paso a paso, comenzaron a recorrer el campo de golf hasta que Drake le propinó un codazo a Mason.

El abogado levantó la mirada, divisando a un periodista y un fotógrafo con su cámara correspondiente que corrían hacia ellos.

—Continúe buscando —le ordenó Mason al agente—, aunque creo que ya hemos cubierto casi todo el campo. Opino que ya tenemos lo que necesitábamos.

El periodista se abrió paso por entre los espectadores.

—¿Qué ocurre, Mason? —preguntó.

El abogado frunció el ceño como si no le gustase aquella intromisión.

—Estamos buscando pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

Mason meditó un instante y luego gruñó:

—Bueno, se trata de una prueba metálica.

—¡Han hallado un cartucho vacío! —gritó alguien del gentío.

—¿Un cartucho vacío? —repitió el repórter.

Mason asintió.

—¿Podría verlo?

—Tenemos que conservarlo lo más intacto posible —le advirtió el abogado.

Sacó el pañuelo del bolsillo, lo desdobló con sumo tiento, y le enseñó al periodista la cápsula vacía.

—No la toque —le advirtió—. No creo que contenga ninguna huella dactilar, pero no queremos que se contamine esta prueba.

El periodista sacó un cuadernito del bolsillo y un bolígrafo y empezó a escribir febrilmente.

El fotógrafo insertó unos cuantos «flashes» en su cámara y sacó dos fotografías de la cápsula, luego se apartó y comenzó a disparar, fotografiando el terreno y el lugar del hallazgo, incluyendo en todas las fotografías a la graciosa y atrevida Della Street.

Mason dobló de nuevo el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Bien, creo que ya hemos terminado la búsqueda. No encontraremos nada más —hizo una larga pausa y añadió—: Ya tenemos lo que vinimos a buscar aquí.

—¿Por qué pensó que encontraría un cartucho vacío aquí, señor Mason? —le interrogó el periodista.

Mason meditó unos instantes antes de dar su respuesta.

—Hubo dos disparos. Uno a las nueve, y otro aproximadamente una hora más tarde. Dos disparos significan dos cartuchos. Pero sólo había un cartucho vacío en el revólver que la policía asegura ser el arma con que se cometió el crimen.

—¡Pero es que el arma es un revólver! —objetó el periodista—. ¡Y esta cápsula ha sido expulsada de una pistola automática!

—Exactamente —asintió Mason, con una sonrisa enigmática. Luego agregó—: No creo conveniente conceder ninguna entrevista en estos momentos. Vamos, amigos, es hora de irnos.

Capítulo 22

El juez Alvarado recorrió con su mirada la atestada sala y frunció levemente el entrecejo.

—Todos los jurados están presentes y el acusado se halla en la sala. Confío en que los señores jurados habrán tenido en cuenta mi admonición de ayer tarde, respecto a no discutir ni leer nada referente al caso. Sé que esto es muy duro para un jurado, pero la única alternativa sería mantenerles encerrados durante el curso de la vista, lo cual todavía resultaría más duro. El jurado recordará mis advertencias. Y ahora, caballeros, adelante, si están dispuestos.

—Estamos dispuestos por la acusación —dijo Hamilton Burger.

—Dispuestos para la defensa, su señoría —repitió Mason.

—Entonces, llame a su testigo siguiente.

—¡Llamo al detective Paul Drake que venga a declarar!

Drake avanzó, levantó la mano, prestó juramento y se instaló en el sillón de los testigos.

—¿Cuál es su profesión? —le preguntó Mason.

—Soy detective privado.

—¿Se halla familiarizado con el club de golf Barclay de esta ciudad?

—Sí.

—¿Se halla también familiarizado con la parte del club donde está situado el hoyo número siete?

—Sí.

—¿Cuándo estuvo allí por última vez?

—Ayer por la tarde, a las tres.

—¿Qué nacía en el campo de golf a aquella hora?

—Participé en un registro del terreno inmediatamente adyacente al séptimo hoyo.

—¿Utilizó su vista o tuvo asistencia mecánica?

—Teníamos un detector de metales.

—¿Y descubrieron algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Una cápsula vacía, del calibre treinta y dos.

—¿Qué hizo con ella?

—Se la entregué a usted.

Mason se acercó más al testigo.

—¿Trazó alguna señal de identificación en la cápsula?

—Sí, un leve arañazo con mi cuchillito.

—Le estoy enseñando una cápsula vacía y le pregunto si es la misma que encontraron.

—Sí, es la misma.

—Con la venia de la sala, solicito que se introduzca esta prueba como evidencia número uno del acusado —rogó Mason.

Hamilton Burger, puesto en pie, le sonrió al jurado.

—Creo, con la venia de la sala, que tengo derecho a examinar a este testigo en «voir dire».

—Ciertamente —le concedió el juez—. Proceda.

—¿Es usted detective privado, señor Paul Drake?

—Sí.

—Trabaja mucho para el señor Perry Mason, ¿verdad?

—En efecto.

—¿De dicho trabajo para él proceden todos sus ingresos?

—No, aunque sí en parte.

—¿Una parte muy sustancial?

—Sí.

—¿Digamos un noventa por ciento?

—No, mejor un setenta y cinco por ciento.

—Ya. ¿Qué es lo que suele usted cobrar por sus servicios?

—Cincuenta dólares diarios, gastos aparte.

—¿En un día figurado de ocho horas?

—Teóricamente, sí.

—O sea, un poco más de seis dólares por hora —calculó el fiscal —, más de diez centavos por minuto. Bien, también supongo que es usted un buen negociante y que, por tanto, le interesa servir al

señor Mason.

—Trato de que mis clientes siempre queden satisfechos, sí.

—¿Y trata de hallar lo que ellos quieren?

—Si puedo, sí.

—¿Sabía usted, cuando se trasladó con el señor Mason al campo de golf, que iban a buscar una cápsula vacía?

—Así lo di por sentado.

—Y esta cápsula que encontraron no tenía nada en ella que demostrarse en qué momento había sido disparada, ¿verdad?

—No.

—Ni tampoco que demostrase cuándo cayó al suelo.

—No.

—Por lo que pudo haber caído hace más de un año.

—Tal vez.

—O unos segundos antes de que ustedes la encontrasen tan...
fortuitamente.

—No hay nada en la cápsula —afirmó Drake—, que sirva para atestiguar si llevaba mucho tiempo o no en el suelo.

—¿Pudieron ser, pues, sólo unos segundos?

—Pudo caer en cualquier momento anterior a nuestra búsqueda.

—¿O durante la misma? —insistió el fiscal.

—No lo creo.

—Usted no lo cree. ¿Podría jurarlo?

—Yo también registraba.

—Usted registraba pero no contemplaba ni observaba a todas las personas del grupo, a la vez, ¿no es cierto? Usted contemplaba al auditorio reunido en torno a ustedes, que habían dejado de jugar al golf.

—Físicamente era imposible verles bien a todos.

—Por tanto, cualquiera del grupo pudo aprovecharse del momento en que usted estaba vuelto de espaldas, por ejemplo, y arrojar la cápsula vacía sobre el césped.

—Sí, tal vez sí.

—¿Tiene algún valor comercial esta cápsula vacía?

—No.

—Pero su valor en relación con su amistad con el señor Mason sí es muy grande. En otras palabras, su negocio significa un ingreso de

muchos miles de dólares anuales, ¿no?

—Así ha sido hasta ahora.

—¿Y espera que sea lo mismo en el futuro?

—Sí.

—Mientras usted continúe sirviéndole con toda diligencia.

—Sí.

—Y consiga encontrar los «artículos» que él desee que usted encuentre.

—Procuró cumplir con toda habilidad mis cometidos —arguyó Paul Drake.

—Nada más —terminó Hamilton Burger, volviendo a su mesa con marcado desprecio hacia el testigo.

Mason, observando aquel gesto, le susurró a Della Street:

—Este granuja posee toda la gama de la estrategia judicial.

—¿Ha concluido su «voir dire»? —preguntó el juez.

—Sí, señor —repuso el fiscal.

—La defensa ha ofrecido la cápsula como prueba. ¿Tiene que formular alguna objeción?

—Ciertamente, sí, su señoría. Objeto por ser incompetente, irrelevante e inmaterial. Es de imposibilidad física que esto fuese disparado con el arma del crimen. Por tanto, no posee ningún significado en sí mismo. La única significación podría radicar en el lugar donde fue hallado ese objeto, o el momento en que fue hallado; y ya se ha demostrado, gracias a la declaración del último testigo, que tan casualmente participó en el hallazgo de la cápsula, que es imposible adivinar en qué momento fue dejada caer al suelo.

—Sin embargo —reflexionó el juez—, creo que, puesto que su objeción se basa más en el peso que la admisibilidad de la evidencia, este tribunal recibirá esta cápsula como prueba. El fiscal tendrá plena oportunidad de discutir con el jurado respecto a su significado.

—En este caso —repuso Hamilton Burger—, a fin de estudiar esta nueva perspectiva, solicito del tribunal una suspensión hasta mañana por la mañana, a fin de averiguar algo más respecto a tan casual hallazgo.

El juez Alvarado frunció el ceño y empezó a mover negativamente la cabeza, pero Mason se le adelantó.

—La defensa no tiene nada que objetar. Si la acusación desea este aplazamiento, el acusado aprueba la moción, y puesto que los señores jurados no quedan confinados, no será ninguna grave molestia para ellos.

—Está bien —accedió el juez—. Sin embargo, debo hacer constar que la suspensión se concede contra mi propio criterio. Señores del jurado, este tribunal tiene poderes para mantenerlos a ustedes confinados hasta la terminación de la vista. Esto es siempre de una dureza extremada, y si a criterio del tribunal, no es necesario recurrir a esta medida, el tribunal puede permitir que regresen ustedes a sus hogares. Sin embargo, este tribunal se cree en la obligación de volver a recordarles que violarán su juramento ante la ley si contemplan la televisión, escuchan la radio, leen los periódicos o discuten con alguien respecto al caso que están juzgando, o permiten que alguien hable del mismo en su presencia. En tales circunstancias, y en vista de que ha sido solicitada por ambas partes esta suspensión, el tribunal acuerda suspender la vista hasta mañana por la mañana a las diez.

El juez Alvarado abandonó la sala.

Paul Drake, con una mueca dibujada en su anguloso rostro, se acercó a Mason, sin apartar empero la vista de Hamilton Burger.

El fiscal consiguió desviar su mirada.

—Calma, Paul —le aconsejó el abogado.

—Un día le meteré uno de mis puños en el estómago a ese bergante —refunfuñó el detective.

—Sólo cumple con su deber.

—Pues no me gusta como lo hace.

—Ni a mí tampoco —concedióle Mason—, pero tampoco le gusta a él a veces la forma como yo conduzco mis casos.

—Si levántase la mirada —gruñó Drake—, le daría las buenas tardes con mi más sarcástico tono de voz, tanto como él cuando ha dicho: «Nada más».

Mason se levantó y palmeó la espalda de su amigo.

—No harás nada semejante. No es ésta la clase de publicidad que necesitamos en este momento de la partida.

—¿Crees que los jurados se abstendrán de leer los periódicos? —quiso saber Drake.

Mason sonrió.

—Vamos, Paul, ya es hora de que empieces a dejar de ser ingenuo.

El abogado recogió su cartera y le sonrió a Della Street.

Capítulo 23

De vuelta a su despacho, Della le entregó a Mason los periódicos.

—Una buena foto —comentó.

—Usted es la protagonista —observó el abogado—. Vaya, me siento orgulloso de usted. Y opino que no habrían publicado esta foto de no haber sido por el ángulo femenino.

—¿El ángulo? —se extrañó ella.

—Las curvas —se corrigió Mason.

La joven sonrió.

Mason leyó la crónica del diario.

—No me extraña que Hamilton Burger me odie —dijo casi para sí—. Este artículo es magnífico... y apabullante.

Mason dobló el periódico y lo dejó a un lado, pero en aquel instante un titular atrajo su atención.

—Vaya —exclamó—, el difunto Rodger Palmer parece haber rehabilitado su buen nombre «post mortem».

—¿Qué ocurre?

—Ha habido otro de esos misteriosos asesinatos con una media en las pensiones baratas. ¿Recuerda que en el informe de Drake se decía que la policía consideró a Palmer como sospechoso de tales crímenes? Estuvo en dos pensiones donde se cometieron sendos asesinatos con una media. Y las dos veces, él estuvo en la pensión a la hora del crimen. Claro, para la policía era ésta una coincidencia un poco rara. Claro está, tomaron los nombres de todos los residentes en una pensión el día del crimen, y luego comprobaron los mismos con la lista de los residentes en las demás. Cuando vieron el nombre de Palmer en dos listas, cayeron sobre él como un alud de ladrillos.

—Ciertamente, era una singular coincidencia —observó Della Street.

Mason asintió.

—Cosas como ésta suelen ocurrir en la vida real, y sin embargo... Sí, es una coincidencia. Seguramente habríamos prestado más atención a todo este asunto, de no haber muerto Palmer cuando iniciamos la investigación. Busque el informe de Drake, Della.

La secretaria fue al archivador y volvió con un expediente en la mano.

Mason fue hojeando las diversas páginas mecanografiadas.

—Ese tipo debió ser una especie de lobo solitario —comentó—. No se casó, se dedicó sólo al petróleo... una especie de oso gruñón. Debió ser un profesional del chantaje y la extorsión. Sabía algo de la *Steer Ridge Oil* que valía dinero para alguien, o al menos así lo creía. Deseaba conseguir un poder, fuese como fuese... y debió estar enterado de algo degradante con respecto a Fred Hedley, seguramente un casamiento anterior que no llegó a disolverse por la ley.

Mason continuó pasando páginas. Luego, volvió a echarle otra ojeada.

De repente, Perry Mason se irguió en su butaca, empezó a decir algo, calló, miró a Della Street y otra vez estudió el informe.

—¿Pasa algo? —preguntó la joven en voz muy queda.

—No lo sé —fue la respuesta.

El abogado se levantó y comenzó a pasearse por el despacho. Della, que conocía todas sus costumbres y hábitos, procuró no interrumpir sus pensamientos. Más tarde, cuando el abogado hubiese ya aclarado todas las cuestiones en su cerebro, ella le preguntaría todo lo que quisiera, ayudándole con ello a disipar todas las dudas e interrogantes, pero por el momento sabía que el abogado necesitaba una completa concentración.

De pronto, Mason detuvo sus pasos.

Della, deseo que salga un anuncio en las ediciones nocturnas. Sí, sé que es casi imposible —la atajó antes de que la joven protestase—. Ya sé que las páginas de anuncios se imprimen por anticipado, pero quiero un recuadro donde sea, con el encabezamiento:

«Demasiado tarde para ser clasificado», o algo por el estilo. Dígales que es muy importante. No importa el dinero.

—¿Qué deberá decir el anuncio? —preguntó la secretaria con el cuaderno en la mano.

—Veamos... Ponga las iniciales P y M en mayúscula. Luego: «El objeto que era demasiado caliente para el césped del campo de golf, es ahora más valioso que nunca. Llame a este número a las nueve en punto y siga instrucciones».

—¿Y el número?

—Vaya a una estación de servicio de Hollywood. Busque una cabina y ponga el número. Tenemos que movernos a toda velocidad. Consiga la colaboración de los periódicos. Dígales que es un asunto que está al rojo vivo y que si insertan el anuncio y no dicen nada, más tarde obtendrán la recompensa. Después, mientras esté empuñando las riendas, yo buscaré a Paul Drake y a un agente en quien podamos confiar, el cual estará en la cabina de este número a las nueve en punto con instrucciones de actuar como cebo, por si alguien muerde el anzuelo.

—¿Y si no muerde nadie? —objetó la joven.

—Entonces —replicó Mason—, Hamilton Burger podrá demostrar que Paul Drake ha sentado otra partida de cincuenta dólares en su cuenta.

Della Street mecanografió el anuncio y al final dijo:

—Me largo, jefe. Hasta la vista.

Mason llamó a Paul Drake.

—Paul, quiero que un agente de toda confianza acuda esta noche, a las nueve, a una cabina telefónica, y si allí alguien se pone en contacto con él, que concierte una cita en algún lugar solitario, un lugar que tu hombre puede elegir a su gusto previamente, esta misma tarde. Tiene que ser un lugar sombrío. Con arboleda. Y a razonable distancia de una carretera. Muy poco iluminado.

—Por favor, Perry, un poco de compasión —rezongó Drake—. El único sitio que conozco sería un campo de golf, y ya tenemos bastante golf en este caso.

—Ningún campo de golf —le prohibió Mason—. Busca un vertedero.

—¿Y si nadie le llama a la cabina?

—Entonces le llamaremos nosotros y le daremos nuevas instrucciones. Muévete, Paul. Esto es de suma importancia. Puede ser el final.

—¿Tienes alguna pista? —quiso saber el detective.

—Sólo una corazonada. Una corazonada completamente fantástica, pero podría dar resultado.

Mason colgó. Luego cogió el otro teléfono y le dijo a Gertie, su telefonista:

—Póngame con el Departamento de Homicidios. Quiero hablar con el teniente Tragg.

—¿Si ha salido, con alguien más?

—Si ha salido —replicó Mason—, no quiero que nadie sepa siquiera que le he llamado.

Capítulo 24

Perry Mason, el teniente Tragg, Paul Drake, Della Street y uno de los agentes del detective estaban agazapados a la sombra de un grupo de árboles.

Por sus olfatos se colaba un nauseabundo olor a basura.

—Ciertamente, ha elegido usted un rosal florido —se quejó el teniente.

—Fue el único sitio que pudimos encontrar —se disculpó Drake —, de acuerdo con lo que necesitábamos.

—Bien, pongamos en claro una cosa —manifestó el teniente Tragg—. No habrá publicidad.

—No habrá publicidad —repitió Mason—, a menos que usted lo dé a la publicidad.

—Yo no pregonó tonterías como ésta —rezongó el teniente—. No quiero que el fiscal de distrito se entere de todo esto, porque me estoy jugando el pellejo por ayudarle a usted, Mason.

—Yo ya he puesto mis cartas sobre la mesa —replicó el abogado.

—Sí, y nunca vi una colección tan grande de comodines en toda mi vida.

Paul Drake, nerviosamente, sacó un paquete de cigarrillos y se lo volvió a guardar al recordar la prohibición de fumar.

Los insectos nocturnos rumoreaban por doquier. Un coro de ranas comenzó a croar, luego callaron y al fin reanudaron su desagradable sinfonía.

—¿Y si no llama nadie? —preguntó de pronto el teniente Tragg.

—A las nueve y cinco —le explicó Mason—, uno de los agentes de Drake llamará a la cabina, donde está esperando el otro. Y, claro está, este último agente cogerá el receptor como si se tratase de una llamada de buena fe.

—¿Y luego?

—Luego, vendrá hacia aquí.

—¿Y si llama alguien?

—Sabremos que nos hallamos en la buena pista —concluyó Mason.

—Esto es lo malo que tienen los aficionados —gruñó el teniente—. Siempre tienen ideas locas. Me apuesto diez a uno a que no llama nadie.

—Lo sabremos muy pronto —Mason consultó su reloj de pulsera, y luego enderezó la antena de un radio-transmisor.

—El agente no llevará otro chisme como éste, ¿verdad? —quiso saber Tragg.

—No. Pero tiene una banda transmisora en su coche. Yo empleo este aparato porque no me gustan los fuertes ruidos nocturnos.

De pronto, el radio-transmisor de Perry Mason comenzó a producir unos ruidos y al fin una voz estridente preguntó.

—¿Me oyen?

—Le oímos —contestó Mason—. ¿Qué hay?

—Estoy en camino.

—¿La llamada?

—Sólo llamó el otro agente, según lo convenido.

—Bien —la voz de Mason estaba teñida de un tinte de desilusión—, seguiremos el plan número dos. Cambio y cierro.

El abogado bajó la antena del aparato.

—Bien, usted ha ganado, al parecer, teniente —dijo con un tono de amargura.

El teniente lanzó un juramento.

—Debí apostar ciento a uno... mil a uno.

—Ahora, la única posibilidad —continuó Mason—, es que estuviese vigilando y siga al agente en otro coche.

—Esta apuesta puede elevarse a diez mil a uno —gruñó Tragg—. Le recuerdo su promesa, Mason, de no traicionarme en esto.

—Tiene mi palabra. Vamos, despleguémonos cerca de la carretera. El agente de Drake saldrá del coche, de acuerdo con las instrucciones, y se dirigirá directamente al vertedero, durante treinta y cinco pasos, luego se parará, se dejará ver claramente unos segundos, se adentrará en las sombras y se dejará caer al suelo.

—Está bien, ahora ya estamos metidos en este endiablado asunto hasta el cuello —masculló el teniente Tragg—. De acuerdo, juguemos con el plan número dos.

Todos se diseminaron según un plan previsto de antemano, escondiéndose por entre las densas sombras cercanas a la carretera.

—¿Cuánto tardará en llegar? —preguntó el teniente.

—Esta tarde lo hemos ensayado. Unos doce minutos declaró Mason.

—Está bien. Esperaré hasta entonces, pero no más.

Todos aguardaban emboscados. Por fin, aparecieron unos faros en la carretera, a veces iluminando los árboles y otras el terreno.

—Este camino está lleno de tachuelas y otros artículos nefastos para los neumáticos —dijo Drake—. Me apuesto a que uno de los dos coches sufrirá un accidente.

—No seas pesimista —le reprochó Mason—. El teniente Tragg te ha contagiado su mal humor.

El coche se detuvo. Los faros fueron apagados. Una figura oscura saltó del vehículo, anduvo con rapidez treinta y cinco pasos, luego estuvo inmóvil unos segundos, y al final se adentró en las sombras, dejándose caer al suelo.

—La función ha terminado —concluyó Tragg—. Ha sido una buena velada. Ya podemos regresar a casita, niños.

—Un momento —le pidió Mason—. Tenemos que darle una oportunidad a nuestra presa.

—¡Su presa! —murmuró Tragg, sarcástico.

—¡Silencio! Creo que oigo el motor de un coche.

Todos guardaron un profundo silencio, impresionados a pesar suyo.

—Tienes razón —susurró Drake—. ¡Un coche sin luces!

El pequeño grupo continuó en tensión, en tanto cada vez se hacía más audible el ruido del motor de un coche que avanzaba con los faros apagados.

De pronto, el auto frenó casi en seco.

—Si esto tiene éxito —gruñó el teniente—, es que yo soy el tío de un mono —y al cabo de un instante, añadió pensativo—: Y si sale mal, es que yo soy el mono en persona.

—¡Chist! —le hizo callar Perry Mason.

Continuaron inmóviles, observando y tendiendo el oído. Las sombras resultaban engañosas a sus ojos. Una vez, Della Street asió a Mason por un brazo.

—Se ha movido algo —le susurró.

Sin embargo, nadie más vio aquel movimiento.

Aguardaron cinco minutos. Tragg procuraba no hacer ruido al respirar, y ya empezaba a murmurar algo cuando, de repente, divisaron una silueta contra el cielo.

Mason apretó el botón de la poderosa linterna que tenía en la mano.

Una figura se llevó rápidamente el brazo a los ojos, para no quedar deslumbrada. Se produjo el destello de algo metálico, y acto seguido brilló una llamita anaranjada y el silbido de una bala sonó junto a la cabeza del abogado.

Éste apagó la linterna.

—¡Vamos! —exclamó.

Y todo el grupo corrió hacia delante.

La llamita anaranjada apareció dos veces más en la noche. Y otras tantas veces escucharon el silbido de una bala. Luego, no hubo más disparos.

—¡El plan número tres! —gritó Mason—. No debemos tirar a matar a menos que nos veamos obligados a ello, pero tampoco tenemos que quedarnos agazapados como patos mojados.

Pero se vieron obligados a permanecer quietos durante lo que les pareció una eternidad, y de pronto oyeron el motor de un coche que se ponía en marcha, y un instante después, la luz de unos faros. El coche, a un centenar de metros en la carretera, intentó tomar una curva, pero estalló un neumático, y dando corcovas, fue a estrellarse contra un árbol. Después, como por milagro, volvió a la carretera y emprendió veloz huida.

El grupo corrió hacia el coche-patrulla del teniente Tragg, que se hallaba escondido entre los árboles. Subieron al mismo apresuradamente. Tragg lo puso en marcha, encendió la luz roja e hizo funcionar la sirena, al tiempo que hablaba por radio, pidiendo que enviasen coches para detener a un vehículo lanzado a toda velocidad por el camino que salía del vertedero.

Las luces traseras del coche perseguido parecían rubíes en medio

de la noche.

Tragg, que conducía con su habitual pericia, iba ganando terreno a cada segundo.

Bruscamente, se apagaron las luces del coche perseguido.

—Está tratando de encontrar un camino lateral —gruñó el teniente, encendiendo al mismo tiempo un poderoso reflector.

Éste no sólo iluminó el coche perseguido sino que su reflejo en el parabrisas tenía que cegar a su conductor.

De nuevo, se encendieron las luces del coche de delante, y todos pudieron ver que durante aquellos instantes, había perdido considerable terreno.

El coche perseguido giró con gran rechinamiento de ruedas, y rápidamente brillaron las luces rojas del freno cuando el conductor pisó el pedal.

Obstaculizando la carretera se veía un coche-patrulla, con varios agentes provistos de revólveres.

—Bien, supongo que es el final —suspiró Tragg.

—Esperemos que no tenga suficiente presencia de ánimo como para arrojar su pistola —suplicó Mason—. Es nuestra mejor prueba.

El coche del fugitivo se paró. Y la señora Hedley, con sus facciones contraídas, quedó iluminada por la luz de las linternas policíacas, cuando salió del auto con las manos en alto.

Tragg detuvo su coche inmediatamente junto al de ella, y todo el grupo se apresuró a descender.

La señora Hedley les miró con fiero veneno en sus pupilas. Luego, sus ojos se concentraron en Perry Mason.

—¡Ojalá le hubiese matado! —le escupió.

Tragg registró el automóvil de la mujer y recogió una automática del asiento.

—¿Es su pistola? —le preguntó.

—He de ver a mi abogado.

—No es necesario formularle ninguna pregunta —se interpuso Mason. Luego añadió—: Lleven esta pistola a un experto. Comprueben la cápsula vacía que encontramos en el séptimo hoyo y descubrirán que fue disparada con esta automática.

Otro coche frenó detrás. Del mismo saltó el agente de Paul Drake.

—¡Diantre, son ustedes capaces de hacerle correr a uno todos los peligros del infierno!

Perry Mason le obsequió con una sonrisa.

—Cuando declare usted en el estrado —le espetó—, explíqueme a Hamilton Burger que estaba ganando los cincuenta dólares diarios por su trabajo, y que le dispararon tres veces... pero añada que esto sólo forma parte de su rutina diaria.

Capítulo 25

Paul Drake, Della Street y Kerry Dutton se hallaban en el despacho de Mason a la tarde siguiente. Dutton, todavía atónito y confuso por los rápidos sucesos del día, preguntó:

—¿Le importaría contarme cómo ocurrió todo?

Mason sonrió.

—Yo no hice nada —objetó—. Fue el teniente Tragg. Pregúntele a él.

—Bueno, los periódicos le han hecho una gran propaganda a Tragg. Sí, casi parece como si la idea hubiese sido suya.

—Un policía tiene que llevarse todo el mérito —le explicó Mason—. Esto forma parte del juego. Cuando Tragg consintió en secundarme, sabía que yo le concedería toda la publicidad si el plan salía bien... y que no hablaría de él si salía mal.

—¿Pero cómo adivinó usted lo ocurrido?

—Por simple deducción lógica —explicó Mason—. Sencillamente, habíamos pasado por alto un detalle. Palmer fue asesinado poco después de las nueve, pero la asesina necesitaba un palomino, de manera que le eligió a usted. Lo atrajo a la escena del crimen porque sabía que Palmer estaba en tratos con usted. Poco antes de llegar usted allí, la asesina disparó otra bala, para que si alguien estaba escuchando pudiese asegurar que el disparo había coincidido con la hora en que se suponía que el asesinato había tenido lugar. Luego, claro, usted, estúpidamente, secundó la jugada de la asesina, tal como ella esperaba, porque había colocado el revólver que usted le prestó a Desere Ellis junto al cadáver... revólver que ella cogió del cajón del dormitorio de la joven.

—¿Y el motivo? —quiso saber Drake.

—Muy distinto al que creíamos. Palmer estuvo en dos pensiones,

cuando ocurrieron los asesinatos de las medias, según los califica la prensa. Naturalmente, la policía le consideró sospechoso por la coincidencia, pero fueron lo bastante idiotas como para no considerarle testigo de los hechos. No le interrogaron a fondo respecto a las personas a quienes había visto en las dos pensiones, aunque probablemente hubiera callado de habérselo preguntado. Ahora sabemos que a quien vio en ambas ocasiones fue a Hedley, y éste era la misteriosa persona que se inscribía bajo nombre supuesto, para luego desvanecerse. La descripción que poseemos concuerda con él.

—¿Y la señora Hedley estaba al corriente de los crímenes de su hijo?

—Su hijo ha sido un demente desde pequeño. Ella posee un fiero instinto maternal... un instinto lo bastante fuerte como para impulsarla a matar a fin de proteger a su hijo. Pero Palmer sabía lo que Hedley había hecho, y necesitaba desesperadamente dinero a fin de poder llevar adelante su lucha por la dirección de la *Steer Ridge Oil*. Estaba seguro de poder ganar un millón si disponía del capital suficiente. Por tanto, Palmer se fijó en la señora Hedley. Empezó a extorsionarla en gran escala. O ella le entregaba dinero o él acudiría a la policía para contar cuanto sabía sobre la serie de asesinatos. Fue una jugada peligrosa. Palmer lo sabía, pero se jugaba todo su porvenir. Tenía que correr el riesgo. Pero perdió la partida.

—Pero Hedley...

—Hedley no sabía nada respecto al asesinato de Palmer —continuó el abogado—. Fue su madre quien mató a Palmer para proteger a su hijo; una madre que asesinó al hombre que podía enviar a su retoño a la cárcel... o a un manicomio. Cuando se piensa en ello, se ve que tuvo que ser la madre. Tuvo acceso al cajón del dormitorio de Desere. Fue la única que pudo apoderarse impunemente del revólver, y la única que poseía un motivo poderoso para cometer el crimen. Hedley, en realidad, se delató durante su pelea con usted, Dutton. Echó a correr al dormitorio. Lo que buscaba era una media de nylon. De haberla encontrado, usted habría podido comprobar su destreza como estrangulador. Tenía mucha práctica. Y fue cuando empecé a pensar en el motivo que le

impulsó a correr hacia aquel dormitorio, cuando la luz comenzó a brillar en mi cerebro.

Dutton meneó la cabeza.

—Todavía me parece hallarme en el umbral de la fatídica cámara de gas —se lamentó Dutton.

—Ciertamente, iba usted derecho a ella —repuso Mason—, con su manía de proteger a la joven que ama, y tratar de sorprenderla con el depósito de la herencia. Bueno, ahora fírmeme un cheque por cinco mil dólares para cubrir mi minuta y los gastos de Paul Drake. Lárguese, vaya a buscar a Desere Ellis, repítale que la ama y pídale que se case con usted.

—Este último —confeso Kerry Dutton— es probablemente el mejor consejo que he oído nunca.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Fideicomiso: Disposición testamentaria por la cual el testador deja su hacienda o parte de ella encomendada a la fe de un tutor para que, en caso y tiempo determinados, la transmita a otro sujeto o la invierta de modo que se le señale. El Derecho Romano lo reconoció y legisló con el mismo alcance de obligatoriedad que subsiste hoy día. Se originó por el deseo de sustraerse a la rigurosidad de las leyes y eludir las incapacidades. Se distinguen dos clases de fideicomisos: el «singular», semejante al legado, y el «universal», que recae sobre la totalidad o sobre una parte alícuota de la herencia. Augusto le reconoció validez y en España fue introducida esta institución en las Partidas. (N. del T.) < <

[2] En español en el original. (N. del T.) < <

[3] Hay que advertir que los norteamericanos llevan sólo el apellido del padre y no el de la madre (que al casarse pierde el suyo de familia), ostentando en cambio siempre dos nombres propios. (N. del T.) < <

[4] Sabido es que el presidente Washington se llamaba George. (N. del T.) < <